



Carsten
Henn

EL HOMBRE QUE PASEABA CON LIBROS



Lectulandia

A pesar de tener setenta y un años, todas las tardes después del trabajo, el librero Carl Kollhoff entrega personalmente los libros que le han encargado los clientes más especiales. Así, cada día da un agradable paseo por las pintorescas calles de la ciudad, ve cómo transcurre la vida fuera de la librería y visita a los lectores voraces que se han convertido en amigos para él. Incluso los compara con personajes de grandes clásicos de la literatura y les ha asignado un apodo muy novelesco. Por ejemplo, un cliente mayor que vive solo en una gran mansión es *mister* Darcy, y otro que solo lee ensayos históricos, el doctor Fausto. Cuando pierde su trabajo de forma inesperada, será necesario el poder de los libros y el de una niña de nueve años para que todos, incluido el propio Carl, encuentren el coraje para superar sus problemas y acercarse unos a otros.

Carsten Henn

El hombre que paseaba con libros

ePub r1.0
numpi 17.03.2022

Título original: *Der buchspazierer*
Carsten Henn, 2020
Traducción: Elena Abós Álvarez-Buiza

Editor digital: numpi
ePub base r2.1

1

Su propio jefe

HAY QUIEN DICE que los libros encuentran a sus lectores; sin embargo, a veces necesitan que alguien les muestre el camino. Así ocurrió aquel día a finales del verano en la librería A las puertas. A pesar de su nombre, el establecimiento se encontraba a más de tres manzanas de las puertas de la ciudad o, más bien, de lo que quedaba de ellas, pues los restos eran tan escasos que casi todo el mundo los tomaba por una excéntrica obra de arte moderno.

Se trataba de una librería muy antigua, edificada y ampliada a lo largo de distintas épocas, tal como reflejaba la combinación de mampostería y florituras de yeso con aburridos ángulos rectos. La mezcla de pomposidad y sobriedad que resultaba de la combinación de detalles antiguos con otros modernos caracterizaba tanto el exterior como el interior del edificio. Allí convivían expositores de plástico rojo llenos de DVD y cedés junto a estanterías de metal para los mangas, vitrinas relucientes que alojaban globos terrestres y elegantes baldas de madera pulida para los libros. La oferta de productos incluía juegos de mesa, papelería, té y, en los últimos tiempos, incluso chocolate. La sala, con sus muchos recovecos, estaba dominada por un mostrador macizo y oscuro, de estilo barroco, al que los empleados se referían como «el altar». En la parte frontal destacaba la talla de una escena de una cacería campestre: un grupo de cazadores a lomos de magníficas monturas y acompañados por una reala de perros vigorosos perseguía a una piara de jabalíes.

En aquella librería acababan de formular la pregunta que justifica la existencia de todas las librerías del mundo: «¿Podría usted recomendarme un buen libro?». Ursel Schäfer, la persona que acababa de pronunciar esas palabras, sabía perfectamente en qué consistía un buen libro. En primer lugar, un buen libro la entretenía de tal forma que se quedaba leyendo en la cama hasta que se le cerraban los ojos. En segundo lugar, la hacía llorar al menos en tres, no, mejor en cuatro pasajes. En tercer lugar, no tenía menos de

trescientas páginas, pero en ningún caso más de trescientas ochenta. Y, por último, la cubierta no podía ser de color verde. Una no podía fiarse de los libros que mostraban esa carta de presentación, como bien sabía después de varias experiencias amargas que le había tocado padecer.

—Con mucho gusto —respondió Sabine Gruber, encargada del negocio desde hacía tres años—. ¿Qué tipo de libros le gustan?

Ursel Schäfer no quería responder; lo que deseaba era que Sabine Gruber lo supiera sin preguntar, pues para algo era librera y, por tanto, debía venir equipada por naturaleza con una buena dosis de clarividencia.

—Si usted me nombra tres conceptos, le encontraré algo adecuado. ¿Amor? ¿Sur de Inglaterra? ¿Un buen novelón? ¿Qué me dice?

—¿No estará por ahí el señor Kollhoff? —preguntó la clienta con un deje de intranquilidad en la voz—. Él siempre sabe lo que me gusta. Bueno, siempre sabe lo que le gusta a cada cliente.

—Lo siento, hoy no está. Ya solo trabaja de vez en cuando en la librería.

—Qué lástima.

—A ver, aquí tengo algo para usted. Una saga familiar que transcurre en Cornualles. Mire, en la cubierta se puede ver la maravillosa residencia de la familia, rodeada de un parque enorme.

—Es verde —dijo la señora Schäfer con una mirada de reproche—. ¡Verde intenso!

—Bueno, porque gran parte de la novela transcurre en el hermoso parque del conde de Durnborough. ¡Las críticas han sido excelentes!

En ese momento se abrió la pesada puerta, que hizo sonar alegremente las campanillas de cobre que colgaban sobre ella. Carl Kollhoff cerró el paraguas, lo sacudió con un gesto automático y lo introdujo en el paragüero. Recorrió con la mirada la librería que consideraba su hogar en busca de los libros recién llegados, impacientes por llegar hasta sus lectores. Se veía a sí mismo como un coleccionista de conchas que paseaba por la playa y, de un solo vistazo, era capaz de descubrir unos cuantos hallazgos que estaban esperando que los recogiera y los liberara de los granos de arena. Pero en cuanto reconoció a Ursel, los libros pasaron a un segundo plano. Ella le sonrió calurosamente, como si Carl fuera una amalgama de todos los hombres encantadores de los que se había enamorado mientras leía las novelas que él le había recomendado a lo largo de los años. Sin embargo, el librero no se parecía a ninguno de ellos. La discreta barriga que tenía en el pasado había ido desapareciendo con los años, igual que el cabello, como si se hubieran puesto de acuerdo para abandonarlo a la vez. Hoy, con setenta y dos años,

estaba delgado, pero seguía llevando la misma ropa, que le quedaba grande. Su antiguo jefe decía que parecía que solo se alimentara de las palabras de sus libros, que tenían muy pocos hidratos de carbono. A lo que Carl replicaba que no tendrían hidratos, pero sí mucha sustancia.

Iba siempre calzado con unos zapatos pesados y recios, y llevaba un sombrero de pescador con ala muy estrecha para protegerse los ojos de la lluvia y de los deslumbrantes rayos del sol. Excepto para dormir, no se lo quitaba nunca, ni siquiera en el interior, pues sin él no se sentía vestido del todo. Igual de raro era verlo sin gafas, cuya montura había comprado décadas atrás en una tienda de antigüedades. Tras los cristales se asomaban unos ojos inteligentes, que siempre daban la impresión de haber pasado demasiado tiempo leyendo con poca luz.

—Señora Schäfer, cuánto me alegro de verla —dijo mientras daba un paso en su dirección. Ella hizo lo mismo y se alejó de Sabine Gruber—. ¿Me permite que le recomiende un libro que quedaría precioso en su mesilla de noche?

—El último me gustó mucho, sobre todo el final, cuando se miran a los ojos. Un beso habría sido aún más bonito, como ponerle un broche de oro. Pero me conformé con la mirada.

—Esa mirada era casi más intensa que un beso. Algunas lo son.

—¡Cuando beso yo, no! —dijo Ursel Schäfer, que en ese momento se sintió deliciosamente picarona, lo que ocurría muy pocas veces.

—Este libro —dijo Carl mientras tomaba un ejemplar de la pila del mostrador— la está esperando a usted desde que lo sacamos de la caja. La historia transcurre en la Provenza y cada una de sus palabras despide aroma a lavanda.

—¡Los libros de color burdeos son los mejores! ¿Termina con un beso?

—¿Acaso le he desvelado alguna vez el final de un libro?

—¡No! —Le lanzó una mirada de reproche y le quitó el libro de la mano.

Por supuesto, Carl nunca le había recomendado una novela que no tuviera un final feliz, pero no quería quitarle a Ursel el placer que le provocaba la curiosidad por saber si en esa ocasión sería distinto.

—¡Me alegro tanto de que existan los libros! —dijo ella—. ¡Espero que eso no cambie nunca! Las cosas cambian tanto, y tan deprisa. Ahora todos pagan con plástico. Cuando me pongo a rebuscar las monedas para abonar la cantidad exacta en la caja, ¡me miran raro!

—La palabra escrita permanecerá para siempre, señora Schäfer, porque hay cosas que no pueden expresarse mejor de ninguna otra manera. Y el libro

impreso es el mejor método de conservación para los pensamientos y las historias. Por eso ha perdurado durante siglos.

Carl se despidió de ella con una sonrisa amable y atravesó una puerta tapizada con carteles publicitarios para entrar en la sala que servía de almacén y oficina a la vez. Su escritorio estaba ocupado por columnas de libros; el marco de la vieja pantalla de ordenador, cubierto con notas adhesivas amarillas, y el calendario anual que colgaba en la pared, repleto de anotaciones en rojo.

Sus libros se encontraban, como siempre, dentro de una caja de plástico negro en el rincón más oscuro de la sala. Antes ocupaban un lugar sobre el escritorio, pero desde que Sabine había sustituido a su padre al frente de la librería, la caja se iba alejando cada vez más hacia el rincón de más difícil acceso. Al mismo tiempo, cada vez estaba más vacío. Ya no eran muchas las personas a quienes les llevaba libros. Cada año quedaban menos.

—¡Buenos días, señor Kollhof! ¿Qué me dice del partido de ayer? ¡Ni de broma fue penalti! Menudo árbitro, todavía estoy indignado.

Leon, el estudiante de instituto y nuevo empleado en prácticas, acababa de salir del pequeño aseo para los trabajadores acompañado por el humo de sus cigarrillos. Cualquiera otra persona sabía que no tenía ningún sentido hacerle aquella pregunta, porque Carl ni veía el telediario, ni oía la radio, ni leía el periódico. Según él mismo admitía en ocasiones, estaba un poco desconectado del mundo. Fue una decisión consciente, que tomó al darse cuenta de que los reportajes sobre líderes incompetentes, el deshielo de los casquetes polares y el sufrimiento de las personas desplazadas lo entristecían mucho más que el más trágico drama familiar en forma de libro. Había sido una medida de autoprotección, si bien es cierto que su mundo se había vuelto mucho más pequeño desde entonces. Ahora medía algo más de dos kilómetros de largo por dos de ancho, y Carl recorría sus fronteras a pie todos los días.

—¿Conoces el estupendo libro sobre fútbol de J. L. Carr? —preguntó Carl en lugar de opinar sobre el árbitro.

—¿Trata de nuestro equipo?

—No, del Steeple Sinderby Wanderers.

—No me suena. Pero, de todas formas, los libros no son lo mío. Solo los leo cuando no me queda más remedio. O sea, en el cole. Y si puedo ver la película en vez de leer el libro, mejor. —Esbozó una sonrisa pícaro, como si de aquella forma lograra engañar al profesor, en lugar de a sí mismo.

—¿Y entonces por qué estás haciendo las prácticas aquí?

—Porque mi hermana ya las hizo hace tres años, y además vivo a la vuelta de la esquina. —Lo que no dijo fue que los que no encontraban un puesto para las prácticas tenían que ayudar al conserje del instituto, quien utilizaba esas dos semanas para vengarse. Les encargaba a los estudiantes todo tipo de tareas humillantes a modo de resarcimiento por las paredes pintarrajeadas, los chicles pegados debajo de las mesas y los restos de bocadillo en los arriates.

—¿Y a tu hermana le gusta leer?

—Después de hacer las prácticas aquí, sí que le gusta. ¡Pero a mí no me va a pasar lo mismo!

Carl sonrió, sabía muy bien por qué la hermana de Leon había empezado a leer. Su antiguo jefe, Gustav Gruber, que ahora vivía en una residencia de la tercera edad, sabía a la perfección cómo tratar con casos de aversión a la lectura como el de Leon y su hermana: los obligaba a limpiar el polvo de las tarjetas de felicitación, que iban en fundas de plástico individuales, una a una. Se aburrían tanto que terminaban agarrando un libro que él había dejado estratégicamente cerca. El señor Gruber había conseguido convertirlos a todos. También se entendía muy bien con los niños, que a Carl, sin embargo, se le antojaban seres extraterrestres. Esa impresión ya la tenía desde que él mismo era un niño, pero ahora le parecían más extraños y peculiares todavía, una sensación que se acrecentaba a medida que su infancia quedaba más lejos.

El viejo Gruber había enganchado a la lectura a la hermana de Leon con una novela en la que una joven se enamoraba de un vampiro. A Leon, que obviamente se encontraba en plena pubertad, lo habría atrapado con alguna historia que contara con una bonita adolescente en la portada y páginas ligeras de texto. Como el antiguo propietario solía decir: «No es importante qué se lee, sino que se lea». Carl no estaba de acuerdo con aquella máxima en todos los casos, pues algunos pensamientos encontrados entre las tapas de un libro podían actuar como un veneno. Sin embargo, era más frecuente que las páginas tuvieran un efecto sanador; en ocasiones, incluso para dolencias que uno ni siquiera sabe que necesita curar.

Carl levantó con cuidado la caja de plástico del rincón. Solo contenía tres libros, que parecían bastante perdidos en su interior. Luego buscó papel de estraza y cordel para envolver cada uno individualmente, como si fueran un regalo. Para ahorrarse los gastos, Sabine Gruber le había dicho varias veces que no lo hiciera, pero él insistía porque eso era lo que esperaban sus clientes. Sin darse cuenta, Carl acariciaba cada libro antes de envolverlo con el grueso papel marrón.

Cuando acabó, cogió su mochila verde oliva del ejército alemán. Aunque se le notaban los años, se encontraba en muy buen estado gracias a los cuidados y al cariño con los que la trataba. Todavía estaba vacía, pero los pliegues mostraban que aquella no era su forma natural. Carl depositó con delicadeza los libros contra la robusta tela de la mochila, que había forrado con una suave manta de lana, como si los volúmenes fueran pequeños cachorros que iba a entregar a sus nuevos dueños. Dispuso los tres libros en la mochila de manera que el más grande quedara más cerca de la espalda y el más pequeño más alejado, para que así no se le clavara contra la columna.

Al salir, se paró y se volvió hacia Leon.

—Por favor, quita el polvo de las tarjetas de felicitación. La señora Gruber se pondrá muy contenta. Será mejor que las traigas aquí dentro, estarás más tranquilo. Yo siempre las limpiaba aquí, en mi escritorio.

Con un movimiento rápido dejó sobre la mesa *Fiebre en las gradas*, de Nick Hornby, que acababa de ver en un estante. En la portada aparecía un campo de fútbol de un verde seductor, por lo que Ursel seguramente ni se dignaría a mirarlo.

CARL LO LLAMABA la ronda, pero en realidad se asemejaba más bien a un polígono dibujado sobre el centro de la ciudad, sin ángulos rectos, sin simetría. Los restos de la muralla, que se veían desde lejos como los dientes arruinados de un anciano, marcaban las fronteras de su universo. Durante treinta y cuatro años no las había traspasado; ese mundo contenía todo lo que necesitaba para vivir.

Carl caminaba mucho y pensaba tanto como caminaba. A veces le parecía que solo podía razonar correctamente mientras paseaba, como si los pasos sobre los adoquines fueran los que ponían sus pensamientos en marcha.

Al deambular por las calles uno no se fijaba, pero las palomas torcaces y los gorriones sabían que el perímetro de la ciudad era circular. Las casas y callejuelas antiguas se orientaban hacia la catedral, que se alzaba imponente en el centro. Si la ciudad formara parte de una maqueta de trenes eléctricos, uno pensaría que al construirla se habían equivocado con la escala de la catedral. Aquello se debía a que su construcción se había iniciado en una breve época en la que la urbe había sido muy rica, pero aquel momento de prosperidad pasó antes de que las obras se pudieran terminar, con lo que una de las torres nunca llegó a completarse.

Las casas se levantaban reverentes alrededor del templo. Algunas de las más antiguas incluso inclinaban ligeramente la cabeza ante él. En la zona frente al pórtico principal mantenían una mayor distancia, dando forma a la plaza más grande y hermosa de la ciudad, la Münsterplatz. En cuanto puso un pie en ella, Carl volvió a tener la sensación de ser observado, como un ciervo en un claro del bosque a merced de la mirada del cazador y del cañón de su arma. Aquello lo hizo sonreír, pues por lo general no solía sentirse como uno de aquellos animales.

En la plaza, el olor de la ciudad era más intenso. En el siglo xvii había sido sitiada y, según la leyenda, un panadero había inventado la llamada rueda de polvo, un dulce con forma de neumático con radios relleno de crema de chocolate y espolvoreado con azúcar glas. El panadero se lo había ofrecido a los atacantes para transmitirles el deseo de los habitantes de la ciudad de que se marcharan. La realidad era que aquel dulce de alto contenido calórico no se inventó hasta doscientos años más tarde, lo cual estaba oficialmente documentado. A pesar de eso, la gente seguía difundiendo la vieja leyenda y los visitantes de la ciudad se la creían encantados.

Los pasos de Carl, lentos y uniformes, siempre recorrían y pisaban los mismos adoquines de la Münsterplatz. Si alguien se interponía en su camino, esperaba y luego aceleraba el paso para recuperar el tiempo perdido. Había dispuesto la ruta a través de la plaza de manera que se pudiera recorrer sin obstáculos, incluso en los días de mercado. Además, pasaba lo más lejos posible de las cuatro panaderías y sus ruedas azucaradas, pues ya no soportaba el olor de los pasteles grasientos y calientes.

Tomó la Beethovenstraße, que era más bien un callejón que no le hacía justicia al gran compositor. Un empleado de la Oficina de Planificación se había sentido realizado al bautizar a toda una barriada con nombres de compositores famosos, y había dedicado la calle más grande a Schubert, su favorito.

Carl no lo sabía, pero en ese momento se encontraba justo en el centro de su universo particular, que en dos de sus lados estaba delimitado por sendas líneas de tranvía, el 18 y el 57. Aunque la ciudad solo contaba con siete líneas, aquella numeración la hacía parecer una metrópolis en términos de transporte. Por el tercer lado transcurría la autovía que iba hacia el norte, y por el cuarto, el río, que durante la mayor parte del año se contentaba con chapotear de forma pintoresca. Solo durante algunos días de la primavera insistía en salirse de su cauce, como un joven león que ruga de vez en cuando, aunque todavía no le haya cambiado la voz.

Su primer desvío del día lo condujo a la Saliergasse, a casa de Christian von Hohenesch. Su mansión de piedra oscura estaba retraída a unos metros de la acera, de forma que el transeúnte casual no solía fijarse en lo majestuosa que era. Se acurrucaba como un cisne negro agazapado, listo para desplegar sus magníficas alas. En la parte de atrás había un parque rectangular flanqueado por robles enormes, y en sus tres bancos se podía disfrutar de los rayos del sol sobre las páginas de un libro a cualquier hora del día.

Carl sabía que Christian poseía un gran patrimonio, pero no que era el ciudadano más rico de la ciudad. Nadie lo sabía, ni siquiera el propio Christian, ya que no solía compararse con los demás. Procedía de una familia de curtidores que había labrado su fortuna hacía muchas generaciones y que había conseguido no perderla con la llegada de la industrialización. Christian von Hohenesch no tenía que trabajar: sus acciones y depósitos ya lo hacían por él. Se limitaba a dar instrucciones a los administradores de sus bienes. Una vez al día, el ama de llaves acudía a su casa a cocinar y limpiar las pocas habitaciones ocupadas; una vez a la semana, el jardinero se presentaba para que la luz del sol siguiera llegando a las páginas de los libros; y una vez al mes, el servicio de mantenimiento. Y, cada día, de lunes a viernes, aparecía Carl con un libro nuevo que Christian, por lo general, ya había terminado de leer al día siguiente. Hasta donde él sabía, aquel hombre no había cruzado las fronteras de su reino desde hacía una eternidad.

Carl llamó a la puerta tirando de una varilla de cobre que hizo sonar una grave campana en el interior de la mansión. Como siempre, pasó algún tiempo antes de que el dueño de la casa atravesara el largo y oscuro pasillo y entreabriera la pesada y chirriante puerta de madera. Christian von Hohenesch nunca salía. Era un hombre moreno, alto y apuesto, de pómulos nobles, mentón prominente... y una tristeza que lo cubría todo como un manto de polvo gris. Como de costumbre, vestía un traje azul oscuro de doble botonadura con una orquídea en la solapa, y los zapatos de cuero negro brillaban como si fuera a un baile en la ópera. Christian era mucho más joven de lo que la ropa que solía vestir sugería, solo tenía treinta y siete años. Pero había llevado trajes desde su más tierna juventud, le resultaban tan naturales como a otros los vaqueros.

—Señor Kollhoff, llega usted tarde. Habíamos acordado que vendría a las siete y cuarto —dijo Hohenesch a modo de saludo.

Carl inclinó la cabeza con naturalidad y sacó con mimo de su mochila el libro que le había encargado.

—Aquí tiene su nueva novela —dijo mientras recolocaba el lazo, que se había ladeado ligeramente durante el trayecto.

—Es una recomendación suya. Espero que haya acertado. —Hohenesch tomó el libro, pero no lo desarrolló. Era una novela sobre la educación que Alejandro Magno había recibido de Aristóteles. Hohenesch solo leía obras filosóficas. Después le entregó a Carl la propina, que establecía según el peso de los libros, el cual había averiguado de antemano—. La próxima vez, vuelva a llegar puntual. La puntualidad es la cortesía de los reyes. Le deseo una buena tarde. Adiós.

—Yo a usted también, por supuesto.

Christian von Hohenesch cerró la pesada puerta. Y en aquel preciso momento pareció que la mansión sí estuviera desierta.

Al propietario le hubiera gustado charlar largo y tendido sobre libros y autores con Carl, a quien tenía por un hombre culto y de buenos modales, un espíritu afín. Pero con el tiempo había olvidado las palabras para formular una invitación. Debía de haberlas perdido en algún lugar de las muchas habitaciones con las que contaba su gran mansión.

Carl dejó atrás al señor Von Hohenesch, aunque, en realidad, era a otra persona a quien dejaba en su residencia. El librero veía las novelas reflejadas en el mundo real. Para él, la ciudad estaba poblada por personajes salidos de los libros, a pesar de que estos vivieran en épocas completamente diferentes o en tierras lejanas. Desde el momento en que abrió por primera vez la pesada puerta de aquella casa, Christian von Hohenesch había salido de las páginas de la gran novela *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen. Carl, por tanto, se alejaba de la mansión Pemberley en la comarca de Derbyshire en el siglo XVIII, cuyo propietario era Fitzwilliam Darcy, un caballero adinerado e inteligente que, a pesar de sus impecables modales, a menudo parecía un poco arrogante y arisco.

La razón de aquella peculiaridad era que siempre se le había dado muy mal recordar nombres, a no ser que pertenecieran a personajes de novela. Ya desde la escuela, cuando muchos profesores tenían motes, en su mayoría poco favorecedores, como Escobilla, Príncipe Morfina o Spucki, Carl les ponía otros: Ulises, Tristán o Gulliver. Al acabar el instituto, a diferencia de sus compañeros, no abandonó la costumbre de asignar apodos. Y así, el joven *punk* de uniforme raído con el que siempre se topaba de camino a la librería durante su época de aprendiz, se convirtió en el buen soldado Švejk. La frutera a la que compraba las manzanas pasó a ser la reina de Blancanieves, aunque afortunadamente se abstuvo de envenenar la fruta.

En algún momento, se le ocurrió que su ciudad estaba poblada por figuras literarias; es más, que había un equivalente literario para cada habitante. En los años siguientes tuvo el privilegio de conocer a Sherlock Holmes, que dirigía la brigada de Homicidios de la ciudad, e incluso a *lady* Chatterley, que a menudo abría la puerta con un kimono finísimo y lo había tenido encandilado de joven. Ella no le correspondió: se fue de la ciudad con Adso de Melk. El capitán Ahab estaba obsesionado por un topo gigante que vivía en su jardín, al que no lograba dar caza. A Walter Faber, un ingeniero gravemente enfermo, Carl le llevó hasta su muerte libros sobre América del Sur. Y el conde de Montecristo vivía en una casa con ventanas enrejadas, que en su día había sido una cárcel que, de alguna extraña forma, mantenía a su nuevo dueño preso entre aquellas paredes.

Casi siempre se le ocurría un nombre literario adecuado antes de haber logrado retener el verdadero, como si su memoria tratara de protegerlo y evitara sobrecargarlo con asuntos profanos. Y desde el momento en que asignaba el nombre de un personaje, desaparecía el auténtico. En el camino de la retina al cerebro, las letras de Christian von Hohenesch, por ejemplo, se convertían milagrosamente en las de *mister* Darcy sin que Carl se diera cuenta. Solo en situaciones excepcionales, su cabeza se apiadaba de él y recordaba algún nombre mundano.

De todos modos, su cerebro ya no tenía que acordarse de muchas cosas.

El camino a través de los sinuosos callejones lo llevaba ahora a una figura literaria cuyo destino era mucho más siniestro que el del caballero británico que, al fin y al cabo, terminaría felizmente casado. Su clienta esperaba detrás de la puerta y miraba a través de la mirilla hacia un pasadizo poco transitado. Por allí no había paseantes, nadie admiraba los edificios, pues las construcciones hermosas se hallaban a varias calles de distancia. En esa parte de la ciudad antigua la gente caminaba con prisa, no soportaban la estrechez opresiva y les parecía que los frontones de las casas fueran a juntarse para evitar que entrara la luz del día.

La joven delicada que aguardaba detrás de la puerta sabía a qué hora llegaría Carl. También sabía que era una tontería observar por la mirilla durante largos minutos en lugar de esperar en el salón a que sonara el timbre, pero no podía evitarlo. Andrea Cremen se acomodó un mechón de pelo rubio detrás de la oreja y se alisó el vestido. Desde que iba a la guardería siempre había sido la más hermosa, un hecho que le había granjeado cariño, pero también mucha envidia, así como un matrimonio temprano con un hombre de éxito en el sector de los seguros. Su marido, Matthias, trabajaba

muchas horas por las noches y los fines de semana para que no les faltase de nada. Aunque ella era enfermera de profesión, en la actualidad trabajaba a tiempo parcial como recepcionista en la consulta de un médico de familia. Nada más verla en el mostrador de recepción, los pacientes se sentían felices y tranquilos. Nunca nadie había tenido que decirle que sonriera, Andrea lo hacía de forma automática. Era lo que se esperaba de las chicas guapas. Si eres hermosa y no sonríes, te consideran arrogante. Así que se pasaba el día entero sonriendo.

Nunca se había atrevido a no estar perfecta, porque ¿qué pasaría entonces? ¿Qué verían los demás en ella? ¿Habría algo que ver? Carl parecía un hombre ante el que podía mostrarse sin sonreír, porque él sabría elegir el mensaje adecuado para describir lo que aflorara a la superficie. A Andrea le parecía que escogía las palabras con el mismo cuidado con el que un perfumista selecciona los ingredientes de una fragancia exclusiva. Dejó de sonreír y volvió a liberar el mechón de pelo, se permitió unos pocos cabellos en desorden.

Sin embargo, cuando vio a Carl en el callejón, los volvió a acomodar con rapidez detrás de la oreja.

Carl tocó el timbre y esperó. Andrea solía tardar un poco en abrir y siempre parecía que le faltara el aliento. Sin embargo, le sonreía con alegría cada vez que lo veía.

El librero oyó que una llave giraba frenéticamente en la cerradura antes de que se abriera la puerta principal.

—¡Señor Kollhoff, hoy llega usted temprano! Me ha pillado por sorpresa. Seguro que tengo un aspecto terrible.

La joven deslizó la mano por su hermoso y brillante peinado, que combinaba a la perfección con el vestido estampado con rosas rojas. Carl la encontró encantadora. No obstante, Andrea siempre lo hacía sentir un poco triste, porque debajo de toda aquella belleza había algo que no terminaba de comprender, y que tenía que ver con lo que ahora sacaba de la mochila. Una de las novelas que tanto amaba Andrea Cremmen. El peso no tenía nada de malo. A Carl le gustaba que los libros tuvieran la consistencia adecuada: ni tan ligeros como una tableta de chocolate, ni tan pesados como un litro de leche. Lo que le preocupaba en ese caso era el peso del contenido.

—¿Es bueno? —le preguntó Andrea recolocando el lazo que ataba el paquete.

—Por lo que he oído, *La rosa de las sombras* es tan buena como los demás títulos de la serie.

—¿Muy dramática?

Ahora le tocó sonreír a Carl. Intercambiaron una mirada de complicidad. Todos los libros que le llevaba eran dramáticos y terminaban de manera trágica. En el pasado le había recomendado algún libro con final feliz, pero ninguno le había gustado. Los encontraba demasiado alejados de la realidad. A Andrea le encantaban las novelas en las que la protagonista femenina sufría y moría al final, o terminaba sola e infeliz. Aceptaba finales abiertos solo si permitían imaginar una de las dos opciones.

—No diré nada, como siempre —dijo Carl—. Por cierto, ¿qué le pareció la última novela?

La joven respiró hondo y sacudió la cabeza.

—¡Es tan triste! Al final se metió caminando en el mar... ¿Por qué no me avisó? —preguntó haciendo un mohín.

—Se supone que no debo hacerlo.

Antes solía envolver los libros de Andrea con un papel de regalo colorido y alegre, pero aquel tipo de envoltorio terminó por parecerle un engaño.

—¿Me traerá otro la semana que viene? He oído hablar de una novela que transcurre en una noche eterna, porque se desarrolla durante el invierno en Groenlandia. Y la protagonista acaba de perder a su hijo. ¿La conoce? Me pareció que tenía buena pinta.

Carl conocía el libro. Le habría gustado que Andrea Cremen no hubiera oído hablar de él.

—Se lo traeré. —No dijo que sería un placer traérselo, porque no sería verdad.

—¿Alguna otra cosa que pueda recomendarme?

—Acaba de salir una novela policíaca ambientada en nuestra ciudad. Todavía no la he leído, pero he oído que es bastante divertida.

Ella la rechazó con un gesto de la mano.

—¿Cree usted que me gustaría?

El hombre se había propuesto no mentir. Una vez que se decía una mentira, no había forma de enmendarla.

—No.

—Lo mismo pienso yo.

—Pero tal vez la haga reír. Y espero no ofenderla con mi comentario, pero tiene usted una risa realmente hermosa. ¿Sabe lo que dijo una vez Charlie Chaplin? «Un día sin risa es un día perdido. Y tenemos muy pocos días en este mundo para perder uno».

Carl nunca le había dicho algo así a la señorita Cremmen. Quizá aquel día su tristeza era mayor de lo habitual y él lo había percibido. No lo sabía. A veces su boca decía cosas sin contar con la cabeza.

Ella ya no sonreía, sino que su labio inferior temblaba ligeramente.

—Me acaba de salvar el día. Se lo agradezco.

Y cerró la puerta con un golpe seco.

Pero para Carl no era Andrea quien acababa de cerrar la puerta ante él, sino la Effi Briest de la novela del mismo nombre, triste, casada demasiado pronto, cuyo destino era tan trágico como el de tantas mujeres sobre las que leía la joven. Le habría gustado hacer por ella algo más que llevarle libros que le mostraban a otras mujeres que también sufrían, pero que no explicaban cómo acabar con el sufrimiento.

Detrás de la puerta, Andrea Cremmen reprimió las lágrimas. Hubiera querido contarle lo que había sucedido aquel día, pero para eso habría tenido que volver a revivirlo, y no quería hacerlo. Con manos temblorosas, desenvolvió el paquete y se puso a leer allí mismo, en el pasillo.

Ya en la primera página, alguien se quitaba la vida.

CARL HABÍA AVANZADO unos pocos pasos cuando oyó un gemido. Al bajar la vista se encontró con la mirada de un gato flaco de tres patas. Tenía el pelaje desgredado y las orejas desgarradas por todo tipo de peleas. No era fácil descifrar si era macho o hembra, ni dónde tenía su casa, si es que tenía una. Pero sabía que eran buenos amigos. Otros tenían un animal doméstico, él tenía un animal callejero.

—Hola, *Perro* —dijo con una sonrisa. Le había puesto aquel nombre porque se comportaba como tal. Caminaba a su lado, lo olfateaba todo y marcaba su territorio. *Perro* no maullaba: gruñía. Cuando Carl estaba con sus clientes, *Perro* no se sentaba, se echaba en el suelo. Era capaz de tumbarse en cualquier sitio, incluso en la barandilla más estrecha.

El animal se apretó contra la pernera del pantalón de Carl, luego se adelantó y miró hacia atrás con impaciencia. El inteligente animal parecía saber que en la tercera entrega del día habría algo para comer. A cuatro manzanas de distancia, junto a la fuente Elisenbrunnen, vivía una anciana que era todo lo contrario a Effi Briest. Rebosaba una alegría electrizante e iba siempre vestida de forma extravagante. A menudo llevaba dos calcetines o zapatos diferentes, o una de las tiras del peto le colgaba sobre el hombro. En su vivienda, las pertenencias se amontonaban en montañas, entre las cuales

corrían estrechos valles y barrancos. A Carl le recordaba a la protagonista de un libro infantil, una joven alocada que vivía a su manera y construía el mundo a su medida. Pero aquella anciana nunca pisaba la calle porque los espacios abiertos le daban miedo.

Ocurrió hacía poco más de siete años, en un hermoso día de verano que había pasado con su marido en el jardín, a la sombra del nogal. Entonces llegó una tempestad con lluvia, truenos y, sobre todo, una gran fuerza bruta. Ya estaban dentro de la casa cuando se dieron cuenta de que se habían dejado los cubos de la basura en la calle, algo sobre lo que los vecinos siempre se quejaban. Así que su marido salió en plena tormenta, a pesar de que ella trató de detenerlo. «Es un momento, ahora mismo vuelvo —le dijo—. ¿Qué me va a pasar, mujer?», añadió. Una teja se desprendió de su propio tejado y el viento la convirtió en un proyectil contra el que su cabeza no pudo hacer nada.

Desde entonces, a ella le daba igual lo que pensaran los vecinos. Y no había vuelto a poner un pie fuera de su casa.

Al abrir la puerta, nunca decía «Buenas tardes, señor Kollhoff», «Hola» o «Me alegro de verlo». En lugar de eso, decía *sinrisa*, *Vendía coches ahusados* o *tuicidio*. Cuando esa mañana tocó el timbre, ella le lanzó la palabra *autorrnanación*.

Ahora le tocaba a Carl improvisar una definición creíble.

—La *autorrnanación* es el don de sanar el alma y con ello el cuerpo, un poder que posee todo ser humano. Este concepto hace referencia al cuento *El rey rana*, que aparece en primer lugar en la colección de cuentos infantiles recopilados por los hermanos Grimm. El concepto de *autorrnanación* se basa en la hipótesis de que en el interior de cada uno de nosotros se encuentra una rana interior que, mediante el amor, en el cuento concretamente gracias a un beso, puede convertirnos en un hermoso príncipe. El término apareció por primera vez en 1923, en la obra de Sigmund Freud *El yo, el ego y la rana*.

La señora Pippi Calzaslargas le ofreció un caramelo de cereza como recompensa.

En las ocasiones en las que su explicación no resultaba tan adecuada, le daba un caramelo de limón. A cambio, Carl le entregó el libro que le había encargado. Siempre dibujaba una gran flor roja en el papel de estraza. Ella leía de todo, desde novelas clásicas de aventuras a ciencia ficción y humor, siempre que fuesen lecturas ligeras, nada que pudiera obligarla a poner los pies en la tierra.

—Pasado mañana tendré otra palabra para usted —dijo antes de cerrar la puerta—. Una complicadísima.

Luego se inclinó hacia *Perro* y le dio algo que sacó del bolsillo. El gato lo devoró de un solo bocado.

Aunque la mochila de Carl estaba vacía, aún le quedaba un cliente más. Siempre era un placer hacerle una visita, porque tenía la voz de barítono más cálida que él había escuchado nunca. Si se pudiera tapizar un sofá con el sonido de una voz, tendría que ser la de aquel hombre. Para él, era el Lector. Le había puesto aquel nombre por la novela de Bernhard Schlink sobre el adolescente Michael Berg, que se enamoraba de una mujer más de veinte años mayor que él, a la que le leía en voz alta. Su cliente, sin embargo, se dedicaba a leerles a los trabajadores de una fábrica de puros.

La fábrica se había fundado hacía pocos años y era la única del país. Decidieron contratar a alguien para que leyera en voz alta durante toda la jornada laboral, tal y como era habitual en Cuba. En realidad, se trataba de una estrategia de *marketing*, por lo que el Lector no ganaba mucho, pero le gustaba tanto su trabajo que siempre llevaba una bufanda al cuello para abrigar sus cuerdas vocales y, para conservar la voz, apenas hablaba fuera de la fábrica de puros. Por eso había sido una pequeña sorpresa que telefonara a Carl para pedirle que le llevara unas pastillas para la garganta que solo se vendían en una farmacia cercana a la librería. El Lector no quería salir a la calle, ya que sobre la ciudad se abatía una ola de gripe. Probablemente, esa fuera la razón por la que solo había entreabierto la puerta. Tras tomar el paquete y ofrecerle a Carl una sonrisa de agradecimiento y el dinero que habían costado, junto con una generosa propina (que él no quiso aceptar, pues sabía lo poco que ganaba el Lector), tomó una pastilla antes de cerrar la puerta de su piso de alquiler, situado en la buhardilla de un austero edificio de apartamentos. En su construcción se habían ahorrado cualquier detalle que pudiera aportar algo de belleza o amor. Era un edificio utilitario, como las jaulas de las gallinas.

CARL SIEMPRE SE quedaba triste al ver la mochila vacía, porque eso significaba que tenía que volver a casa. No es que no le gustase su casa, pero *Perro* nunca lo seguía hasta allí. Al otro lado de la puerta de su vivienda no había nadie que le diera un empujoncito con el lomo y lo mirara expectante para que lo acariciara.

El último tramo de su recorrido siempre lo hacía a través del cementerio central de la ciudad, cosa que lo tranquilizaba. El saber dónde terminaría su camino en algún momento lo hacía un poco menos terrorífico. Algo que también se debía a lo hermoso que era el cementerio, con más de doscientos años de antigüedad y una gran estatua de la Parca, de pie en el centro, con un cráneo huesudo que parecía sonreír con conocimiento de causa.

En el timbre de su puerta, Carl había escrito «E. T. A. Kollhoff». Era una mentira, pero solo a medias, porque el apellido era correcto. Siempre había admirado al escritor E. T. A. Hoffmann por sus iniciales. Al fin y al cabo, ¿quién tenía tres iniciales? J. R. R. Tolkien o, en música, C. P. E. Bach. Eso de las tres iniciales tenía algo muy especial, podían ocultarse muchas cosas tras ellas. Era como si albergaran un secreto, así como la respuesta a la pregunta de por qué el propietario no quería revelar ninguno de sus nombres de pila.

En ocasiones, algunas cartas eran devueltas porque un cartero nuevo no sabía que tras aquellas iniciales se ocultaba Carl. Pero no iba a cambiar el letrero ahora: tenía setenta y dos años y apenas recibía correo. Además, como las cartas que llegaban no solían ser motivo de alegría, bien podían dar un largo rodeo por la oficina de correos.

El piso de Carl tenía demasiadas habitaciones: cuatro, más una pequeña cocina, un cuarto de baño y un aseo, ambos sin ventanas. A veces le parecían como arriates en los que nunca había crecido nada. En su momento, pensó que dos dormitorios estarían destinados a sus hijos. Uno para la chica, con una ventana que daba al patio ajardinado, y el otro para su hijo, frente a la calle, donde podría ver pasar los coches. Pero nunca había encontrado una mujer con quien tener hijos. De todos modos, se había quedado en aquel piso. No le habían subido el alquiler durante décadas, probablemente se habrían olvidado de él.

Allí vivía con su familia de papel, a la que protegía de la luz y el polvo tras las vitrinas con cristales esmerilados. Los libros deseaban ser leídos por él una y otra vez. Al igual que a las perlas les gusta que las luzcan, porque así se ven más bellas, y los animales quieren que los acaricien para sentirse amados. A veces, Carl tenía la impresión de que todas las palabras que contenían estaban hechas de sus células, aunque sabía que lo que ocurría era que, a lo largo de los años, las había ido incorporando a su ser.

Entendía a la gente que coleccionaba libros como otros coleccionan sellos. A quienes les gustaba dejar que sus ojos acariciasen los lomos de los libros, porque en ellos había personas con las que se sentían conectados, porque allí

dentro había destinos que compartían. O que les gustaría compartir. Gente que reunía sus libros en torno a sí, como si fueran buenos amigos o compañeros de piso.

Colgó la chaqueta verde en el gancho detrás de la puerta, con la mochila al lado, y colocó ambas bien derechas. Luego fue a la pequeña cocina, comió una rebanada de pan negro con mantequilla y sal en la mesa de formica, bebió un vaso de jugo de chucrut y, de postre, una manzana verde cortada en cuartos.

Aunque en el anuncio del piso decía «con balcón», el susodicho no era más que una balastrada de hierro fundido delante de una puerta de cristal de doble hoja que iba del suelo al techo, junto a la cual se encontraba su viejo sillón orejero. Sobre él yacía un libro con un recibo de caja como marcapáginas. Desde allí se podía contemplar el barrio antiguo, y eso fue lo que hizo entonces para comprobar si alguno de sus clientes estaba de paseo o si *Perro* iba saltando sobre los tejados, cosa que nunca hacía. Carl siempre leía hasta las diez en punto, luego se aseaba y se iba a dormir. Cuando se tapaba con la manta, lo hacía sabiendo que al día siguiente volvería a llevar unos libros muy especiales a unos clientes igual de singulares.

2

El extranjero

CUANDO SE DESPERTÓ, Carl se sintió de nuevo como un libro que había perdido algunas de sus páginas. A lo largo de los últimos meses, aquella percepción se había vuelto cada vez más intensa, como si no quedara mucho por leer en la novela de su vida.

Fue a la cocina y se preparó un café. El calor revivió sus dedos, fríos por el sueño; parecía que alguien hubiera encendido un hornillo dentro de la taza de porcelana. Y, con el calor, también penetró en su interior algo de felicidad, que se le fue extendiendo poco a poco por todo el cuerpo como una ola apacible. Por eso solo tenía tazas de porcelana fina, aunque fueran más caras y se rompieran más fácilmente: con las de paredes gruesas no sentía nada.

El día transcurrió como una película borrosa en blanco y negro en la que apenas se podía distinguir a grandes rasgos qué ocurría. Solo a las seis y media, el momento en que las campanillas sobre la puerta de la librería anunciaron su llegada, los colores regresaron a su vida.

Sabine Gruber se había atrincherado detrás del mostrador. Se colocaba así a propósito, de forma que ningún cliente pudiera ver el artículo de periódico que colgaba detrás de ella en un marco dorado. Ilustrado con una fotografía a media página, informaba sobre la inusual forma de Carl de entregar los libros. En una ocasión, incluso realizaron un reportaje de televisión sobre él. Después de que se emitiera, muchos espectadores comenzaron a solicitar que les entregaran los libros personalmente, pero el encanto de la novedad se esfumó pronto: los clientes se dieron cuenta de que no eran lectores, sino televidentes.

Aquel día, la caja de Carl contenía tan solo dos libros. Sin embargo, al colgarse la mochila le parecieron muy pesados pese a sus pocas páginas.

Leon, en cuclillas sobre la moqueta junto al estante de postales sin limpiar, miraba embelesado el teléfono móvil mientras el libro de fútbol de Nick Hornby seguía sobre la mesa sin ser leído. Incluso las palabras de

Hornby tenían dificultades para hacerse oír cuando una red mundial lo demandaba a uno a varias voces.

—¿Otra vez de patrulla? —preguntó Leon sin apartar la vista de la pantalla.

—No soy policía —respondió Carl—. Entrego libros. Aunque su contenido puede ser criminal.

—¿No es aburrido? —El chico seguía pendiente del móvil. A Carl le dio la impresión de que le importaba poco la respuesta, pero él estaba acostumbrado a contestar cuando le preguntaban. Así pues, le respondió con la sinceridad y el detalle que le pareció apropiado para la ocasión.

—Soy como las manecillas de un reloj. Se podría pensar que están tristes porque les toca recorrer siempre el mismo trayecto para terminar llegando de nuevo al punto de partida. Pero, contra todo pronóstico, las manecillas disfrutaban con la certidumbre de su itinerario y su destino, con la certeza de que no se equivocan de camino y que son siempre útiles y precisas.

Carl miró a Leon, pero este no le devolvió la mirada.

—Lo entiendo —dijo el chico.

El librero se levantó el cuello de la chaqueta, salió del almacén y sintió una sensación reconfortante al pensar en la tarea que tenía por delante. Lo que no sabía era que aquel día comenzaría una nueva tarea para él. Una labor mucho más pesada que una mochila repleta de libros.

ERA UN DÍA de otoño que soñaba ya con el verano. La Münsterplatz relucía bañada por la luz del sol, las antiguas murallas habían rejuvenecido, la vieja ciudad parecía recién construida.

En cuanto Carl pisó los adoquines, pulidos por innumerables suelas de cuero de varias generaciones, volvió a tener la sensación de que lo observaban. Lo percibió con tanta intensidad que se detuvo y miró a su alrededor, girando la cabeza como el foco de un faro. La gente se deslizaba a su lado como si fueran barcos: algunos, a toda velocidad cual lanchas motoras, otros, a la deriva como balsas despistadas. Pero nadie le prestaba la menor atención.

Sabía que tenía que seguir avanzando sin demora para cumplir con su agenda. Sentía los segundos transcurridos en sus piernas impacientes. Así pues, se puso de nuevo en marcha, tratando de sacudirse aquella sensación como si de una mosca molesta se tratase. Pero no lo consiguió.

De repente, una niña de rizos oscuros apareció junto a él. Caminaba a su lado, de forma que los pasos de ambos resonaban al unísono.

Era exactamente igual a la protagonista del libro ilustrado *Un castillo para la princesa*, que contenía varias prendas de vestir con velcro que se podían pegar en las páginas para vestir a la princesita. También se parecía un poco a la niña de *Lily y el cocodrilo simpático*, un cuento en el que la protagonista y el cocodrilo luchaban contra el malvado Kaspar. Sin embargo, para que se parecieran de verdad, habría que ponerles a ambas protagonistas una chaqueta de invierno amarilla, con gruesos botones de madera, además de unos leotardos gruesos de punto del mismo color y unas botitas marrones claras con una vuelta de lana de oveja en la parte superior.

Sin duda, lo más llamativo de su indumentaria era el gorro de cuero con gafas de aviador acopladas, un accesorio meramente estético que no autorizaba a pilotar ningún aparato de propulsión a hélice. Además, tenía tantas pecas que parecía que le habían espolvoreado polen de girasol en la cara. Se acumulaban sobre todo alrededor de la naricilla respingona, como si aquel fuera el lugar más hermoso de su rostro. Sus ojos relucían azules, un azul como el cielo, no como el mar.

—Hola, soy Shasha. Tengo nueve años.

Lo dijo como si no esperara que, a cambio, Carl le fuera a decir su nombre y su edad. Era una información, no una petición. Hay que señalar que era un poco bajita para su edad, lo que le granjeaba muchas burlas en la escuela. Ella misma se veía demasiado rellenita, pero en realidad solo se trataba de las reservas que el cuerpo infantil acumula antes de dar el estirón.

Carl no ralentizó su ritmo; al fin y al cabo, los libros tenían que llegar con puntualidad a sus lectores. Aunque no se tratara de verduras, le parecían productos perecederos.

—¿No me tienes miedo?

—No.

—No creo que te permitan ir por ahí con un desconocido.

—No eres un desconocido. Yo te conozco.

—De eso nada.

—Siempre te veo caminando por la plaza. Por la ventana de mi cuarto. Bueno, siempre no, en realidad desde que tengo memoria. Según mi padre, empecé a pensar a una edad muy temprana. Y no he dejado de hacerlo desde entonces. Y tú siempre has estado ahí, como el tañido de las campanas de la catedral. Así que te conozco.

Las palabras brotaron de ella como si fuera una fuente.

—Pues si me conoces, dime: ¿cómo me llamo?

—Tampoco conozco los nombres de las campanas de la catedral, pero sería capaz de distinguir su sonido de cualquier otro, aunque repicaran otras cien mil millones a la vez. Igual que lo distinguiría a usted entre un montón de gente.

A Carl no le convenció ese argumento. Le parecía muy infantil.

—Así que no me conoces realmente. Entonces, soy un extraño.

—Tú eres el paseador de libros. Así es como te llamo yo. Por lo tanto, tienes un nombre que yo conozco.

Carl suspiró.

—Si me has estado observando durante tanto tiempo, con toda seguridad sabrás que siempre camino solo.

—No pasa nada, tú caminas solo y yo camino sola a tu lado.

—No —dijo él—. No puede ser.

Aunque le gustaban los niños, no los entendía. Su propia infancia quedaba tan lejos que la recordaba como si fueran descoloridas instantáneas de Polaroid. Y, mientras él se hacía viejo, los niños seguían siendo niños, por lo que la distancia entre ellos y él no había hecho más que aumentar. Ahora ya no sabía cómo superarla.

Así que dejó a Shasha allí, parada en mitad de la gran plaza.

AL DÍA SIGUIENTE, la niña volvió a presentarse. Al principio no dijo nada, sino que se limitó a caminar junto a él y a observarlo.

—Anoche pensé detenidamente si no serías peligroso de verdad, ya que me habías preguntado si te tenía miedo. —Luego le señaló los pies—. Pero no caminas de forma peligrosa.

Carl se miró los pies y observó su manera de moverse. Nunca se había parado a pensar si los movía de forma peligrosa o no. En lo que sí había pensado la noche anterior era en qué haría en caso de que Shasha volviera: no dejarla que lo acompañara en sus rondas bajo ninguna circunstancia. Por eso le contestó:

—Tal vez camine con muchísimo peligro a la vuelta de la esquina, por los estrechos callejones del casco antiguo.

—No lo creo. —La niña sacudió la cabeza y los rizos oscuros se agitaron con ella.

—¡Allí podría atrapar a las niñas!

—No serías capaz. —Shasha no se mostraba impresionada en absoluto.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Eres demasiado lento.

—¿Estás segura? ¿Quieres que te atrape?

—¿Lo dices en serio? —Ella bajó la barbilla y levantó las cejas con escepticismo.

—¡Ya verás!

—¿Me vas a pillar de una vez o no te atreves?

Carl se paseó alrededor de Shasha, que no dejaba de mirarlo fijamente. Esperó a que ella parpadeara y en ese instante alargó el brazo para agarrarla, pero ella lo esquivó sin dificultad. Le bastó con dar un pasito a un lado, nada más. Carl volvió a estirar la mano, pero ella se volvió a escapar con una risita.

—¡Siempre jugamos al pilla pilla en el colegio! Y yo soy la segunda mejor. Svenja es la única que me gana, pero es que ella es la mejor en todo, así que no cuenta. Además, es un poco mala; te pone nota según lo buena amiga suya que eres. Y la cambia todo el rato.

Carl se abstuvo de intentar atrapar a Shasha de nuevo. Ya había hecho bastante el ridículo. Esperaba que nadie lo hubiera visto, tenía una reputación que mantener. La niña lo miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo no te doy miedo, pero parece que Svenja sí.

Ella asintió.

—Un montón. Como a todos. Es mejor tener miedo de ella. A ti también te lo daría, seguro.

Carl tuvo que reírse. Se sintió como una vieja máquina oxidada a la que habían vuelto a poner en marcha.

—Te ríes raro —dijo Shasha—. Como si no supieras hacerlo bien del todo.

—Todo el mundo sabe reírse.

—No, mi tía Bärbel no sabe, no se ríe nunca. En su país nadie se ríe.

—¿Y de dónde es?

—De Suecia, creo.

—¿Y por qué la gente no se ríe en Suecia?

—Porque allí hace mucho frío en invierno. Si abres la boca para reírte, el aire helado te pega en los dientes y duele mucho. Por eso allí solo sonrías. Y la tía Bärbel mueve las manos así, muy raro, cuando algo le hace gracia, y a veces incluso se pone a dar pasitos como un pingüino.

Carl giró hacia la siguiente calle.

—Tus padres deben de estar preocupados si no saben dónde estás.

—Mi padre está todavía trabajando y mi madre está muerta.

El hombre se detuvo y miró a los ojos azules de Shasha.

—Lo siento mucho.

—¿El qué?

Carl reflexionó.

—Ambas cosas. Pero la segunda aún más.

—Mamá es solo una foto en el aparador del vestíbulo, no me acuerdo de ella. Por eso no tengo motivos para estar triste por su muerte, me parece a mí.

—Se señaló la boca y sonrió—. Papá dice que tengo la sonrisa y la risa iguales que las de mamá. Por eso me gusta tanto reírme. Así, es como si ella se riera siempre conmigo. ¿Tu madre también se ríe contigo?

Él no quería hablar de su madre en ese momento.

—Pero cuando tu padre llegue a casa y no estés...

—¡Ya está acostumbrado! Muchas veces salgo por ahí. Papá nunca se preocupa. Tú tampoco tienes que preocuparte.

Desde que su mujer había muerto y solo entraba un sueldo en casa, el padre de Shasha solía hacer más horas extras en la empresa metalúrgica donde trabajaba. De lo contrario, habrían tenido que mudarse, y no quería hacer pasar a su hija por una mudanza y que, por lo tanto, perdiera su círculo de amigos. Al menos esa parte de su vida debía permanecer igual.

—He pensado que hoy voy a acompañarte, porque siempre quiero saber adónde vas. Solo te veo cruzar la plaza, luego desapareces. Ya he dibujado el camino muchas veces. No en mi cabeza, ¿eh? De verdad. O sea, lo he pintado. Con lápices de colores. Y ahora quiero estar segura, porque soy muy curiosa. Y como ya no aguantaba más y me estaba muriendo de curiosidad, pues aquí estoy.

La mansión de Darcy no estaba lejos.

—En inglés hay un dicho que se traduce como «la curiosidad mató al gato». —Shasha lo miró con las cejas levantadas—. En resumen: que no me vas a acompañar —dijo Carl—. Es mi última palabra.

LA TARDE SIGUIENTE, Shasha volvió a presentarse. Había ideado un plan inteligente. Sabía que, por muy buenos argumentos que ella le presentara para que le permitiera acompañarlo, él tendría otros mejores en contra. Por eso había decidido no decir nada y limitarse a caminar a su lado en silencio.

Carl esperaba una palabra de ella a cada paso que daba. Pero fue en vano. Y, como no sabía qué decirle, tampoco dijo nada. Así, caminaron uno al lado del otro sin pronunciar palabra durante un buen rato. Y, durante ese tiempo,

Carl decidió permitirle que lo acompañara, ya que iba tan callada. Pero solo aquel día. Aunque no dejaba de considerar que podría estar cometiendo un error. La miró.

—Pero no digas ni una palabra. ¡Estate bien calladita!

—Sí, claro.

—Y nada de trastadas de esas que hacéis los niños.

—Yo nunca hago trastadas.

—¡Y no molestes a mis clientes!

—Yo nunca molesto a nadie.

—¡Pero solo hoy! Esto es una excepción. ¿Sabes lo que es una excepción?

—Pues claro. Ya no soy una niña pequeña, ¡tengo casi diez años!

Shasha tenía que dar dos pasos y medio por cada uno de Carl para mantenerse a su altura, por lo que su taconeo sonaba de forma irregular frente al ritmo constante de las suelas de cuero del librero, como si se tratara de tropiezos sincopados.

Cuando la mansión de *mister* Darcy se irguió frente a ellos, el hombre se detuvo y respiró profundamente.

—*Mister* Darcy es un muy buen cliente. Lee casi un libro al día.

—¿Un libro entero?

—Sí.

—Vaya. —Shasha asintió con aprecio—. Supongo que no hace otra cosa más que leer. —Levantó la vista hacia la mansión—. Entonces, su casa debe de estar llena de libros. Hasta el techo.

Aquello le parecía el paraíso. O, al menos, uno de los paraísos que podía imaginar. También imaginaba otro muy clásico, con árboles de algodón de azúcar y fuentes de chocolate fundido. Shasha opinaba que con nueve años se podía tener toda una colección de paraísos.

—Creo que *mister* Darcy no sabe tratar muy bien con niños —le advirtió Carl mientras tocaba el timbre.

Y en ese momento sintió un vínculo innegable con su cliente.

El dueño de la casa abrió la puerta y volvió a cerrarla de inmediato; al ver a Shasha pensó que se trataba de una colecta para alguna asociación benéfica. Darcy odiaba hacer donaciones en persona. Cada año destinaba una décima parte de sus beneficios a causas humanitarias, pero el gesto de depositar el dinero en la mano de otra persona lo hacía sentir como si se estuviera disculpando por algo.

Carl volvió a tocar el timbre.

—Soy yo, señor Von Hohenesch. Carl Kollhoff, de la librería A las puertas.

La puerta se abrió de nuevo.

—¿Y la niña qué quiere?

—Viene conmigo. Se porta muy bien. —No era una afirmación, sino una orden dirigida a la niña.

—¿Cuántos libros tienes? —preguntó Shasha—. En total.

Darcy meneó la cabeza, como si no hubiera entendido la pregunta.

—Yo soy muy buena contando —dijo ella, que se deslizó a toda prisa por delante de él—. Soy buenísima. Así que eso de que a las niñas no se les dan bien las matemáticas... ¡Menuda tontería! Igual que lo de «el deporte no es cosa de chicas». ¡Hasta sé correr y contar al mismo tiempo! ¿Te lo enseño?

Shasha no esperó a oír la contestación de *mister* Darcy. Sabía por experiencia que a veces se obtiene la respuesta equivocada, así que se metió corriendo en la mansión, que parecía estar hecha exclusivamente de pasillos con cuadros en las paredes forradas de terciopelo, escaleras y barandillas, puertas y ventanas. Lo que no había era ni gente ni libros. La niña creía que se iba a encontrar las paredes forradas de cientos de ellos, pero no vio ni uno solo.

—¡Detente, niña! —oyó que gritaban a su espalda, pero fingió que pensaba que se dirigían a otra persona que en aquel momento también estaba corriendo por la casa.

Al cabo de un rato, Shasha llegó a una enorme sala vacía, ocupada tan solo por el fuego que ardía en la vieja chimenea, un sofá de cuero marrón oscuro y una mesa de mármol sobre la que se encontraban un cuaderno y tres libros.

—¿Tres? —gritó—. ¿Solo tres? ¿Dónde están los demás? ¿En el sótano?

La niña estaba a punto de echar a correr de nuevo cuando Darcy y Carl entraron en la sala.

—Lo lamento muchísimo —dijo el librero—. Este tipo de comportamiento no era de esperar.

Sus disculpas eran sinceras. Siempre trataba con guantes de seda a sus fieles clientes, los pocos que le quedaban, y ahora llegaba esa niña y lo echaba todo a perder. Y precisamente con *mister* Darcy, el más reservado de todos, que tanto protegía su intimidad. ¿Por qué no se había mantenido firme, por qué le había permitido acompañarlo? ¡Era un viejo estúpido! En cuanto a Shasha, la llevaría a su casa sin dilación y esperaría hasta que su padre volviera del trabajo para exigirle que se asegurara de que su hija no volviera a

molestarlo. En ese momento, Darcy se acercó a ella. ¿Qué sería capaz de hacer en un momento de furia?

—No encontrarás más libros —le dijo el dueño de la mansión con una voz que ahora se había tornado cálida—. Esos tres son los únicos que hay en toda la casa.

Shasha miró asustada hacia la chimenea.

—¿Los demás los quema ahí?

Él se sentó en el sofá.

—Ven aquí, por favor.

La niña no dudó. Todavía vivía en un mundo en el que los ricos tenían que ser buenas personas, porque, de lo contrario, no serían tan ricos. Una visión que cambiaría con los años.

—Sabes, adoro los libros, por eso jamás se me ocurriría quemarlos. Aunque creo que quemar libros debería estar permitido, pero solo en casos excepcionales, para calentarse con ellos si el invierno es muy frío y se corre el riesgo de morir congelado, por ejemplo. Para salvar vidas. Los libros salvan vidas de muchas maneras, son capaces de calentar nuestros corazones y, en casos de emergencia, también nuestros cuerpos.

—Pero, entonces, ¿dónde están todos tus libros? —preguntó Shasha.

—Pues mira, la gente se está olvidando de leer, ¿sabes? Sin embargo, entre las tapas de los libros viven personas, y también historias. En cada libro hay un corazón que empieza a palpar cuando lo lees, porque tu corazón conecta con él. —Darcy parecía triste; no miraba a Shasha, sino al fuego. No era una persona muy habladora, y en aquella ocasión solo hablaba porque tenía la sensación de estar conversando consigo mismo. En realidad, si se estaba dirigiendo a alguien en ese momento, era a Carl, a quien deseaba decir infinidad de cosas desde hacía mucho tiempo—. Yo soy un anacronismo. Y me gusta serlo. Soy lento en un mundo que cada vez se mueve con mayor rapidez. Y quiero que la gente lea. —Darcy cogió uno de los tres libros de la pequeña pila—. En cuanto termino de leer un ejemplar, lo envío enseguida a la biblioteca del barrio para que otros lo disfruten antes de que sus hojas amarilleen.

—Amarillear... —Shasha dejó que la palabra se le deslizara por los labios—. Qué palabra más fea. Suena un poco rasposa.

—¡Sí, exactamente! Y contagiosa, como una enfermedad que se contrae al tocar las páginas. Nadie quiere tocar los libros amarillentos. Son como alguien que tiene la lepra. He hecho una donación a la biblioteca pública del barrio antiguo; queremos construir un anexo diseñado para alojar los libros

antiguos y evitar que envejecan más. Una colonia para los marginados, por así decirlo. Por desgracia, nunca habrá una cura para ellos.

Shasha se imaginó los viejos libros acurrucados en una oscura biblioteca, y aquello la entristeció. Pero tampoco la hacía feliz lo que tenía ante sus ojos: la mansión vacía, las paredes desnudas y frías.

—Pero habrá algunos libros que le hayan gustado mucho. Esos no se regalan, se guardan para siempre. Yo nunca regalaría *Las dos Carlotas*.

—En realidad son esos los que hay que regalar, los libros a los que el corazón está más apegado, para que los demás también encuentren la felicidad en ellos.

—Hablas casi como un sacerdote.

Darcy tuvo que sonreír.

—A veces también me siento como un sacerdote. —Dirigió la mirada a Carl—. Se ha buscado usted una acompañante muy lista.

—Estoy tan sorprendido como usted.

—Puede traerla siempre que quiera. Pero ahora tengo que trabajar un poco antes de que cierren las bolsas de ultramar. —Al hombre le gustaba emplear expresiones anticuadas, que conferían un toque encantador a todo lo relacionado al juego racional con el dinero—. La próxima vez te enseñaré mi jardín, ¿de acuerdo? A ti y al señor Kollhoff. Hace mucho tiempo que quería mostrárselo.

A Carl no le resultaba fácil llorar. La última vez fue a los catorce años, cuando una chica le rompió el corazón. Él le había enviado una carta de amor perfumada con la exclusiva fragancia de su madre, y ella se la leyó en voz alta a sus amigas en el recreo y luego la arrojó a la papelera. Ya no recordaba su nombre, pero desde entonces sus ojos habían olvidado cómo llorar de tristeza. Por eso ahora, conmovido, solo sintió un ligero escozor en el lagrimal.

Mister Darcy los acompañó hasta la puerta, donde se despidieron de forma cortés. Carl se quedó mirando a Shasha, que intentaba mantener el equilibrio sobre una pierna. La observó durante un buen rato.

—Sé lo que quieres decirme. —Por fin logró mantener el equilibrio—. Que no debí haber entrado corriendo. Y es verdad, no debí hacerlo.

Carl asintió.

—Y ahora me quieres decir que te gustaría llevarme de vuelta a casa con mi padre, agarrada de la oreja. —Levantó el dedo con expresión amenazadora—. ¡Y que nunca, nunca, nunca más se me ocurra volver!

Carl no asintió.

—Pero como el señor ha sido tan amable y nos ha invitado a los dos, ya no puedes decir eso. Porque al final ha sido bueno que entrara corriendo, aunque en realidad estuviera mal. Por eso ahora no sabes qué decir. Porque hay dos voces en tu cabeza y no tienes ni idea de cuál es la correcta. O a cuál debes hacer caso. Te voy a hacer una propuesta: me vas a permitir que siga acompañándote. Y yo me portaré bien. Porque entonces habré aprendido algo de mi error, y eso hay que recompensármelo, ¿no?

—Ya veo que lo tienes todo muy bien pensado.

—Se me vino todo a la cabeza mientras íbamos por el pasillo ese tan largo.

—Tengo que seguir con la ruta —dijo Carl y sacudió la cabeza—. Los demás libros de mi mochila también tienen que llegar a su destino.

—Y yo, ¿qué? —preguntó Shasha—. ¡Ni siquiera sé cómo volver a casa desde aquí!

Él se detuvo.

—¿Eso también se te ocurrió por el pasillo?

La niña asintió con orgullo.

—Por si acaso no bastaba con las otras cosas.

Desplegó una sonrisa inocente, como si fuera la chica más dulce del mundo. Carl respiró hondo.

—Pero no volverás a entrar corriendo en ninguna casa ni piso, por mucha curiosidad que sientas, ¿verdad?

—No, claro que no.

—¿Me lo prometes?

Shasha se acercó, le tendió la mano y él la tomó.

—Lo que se ha prometido debe ser cumplido —dijo la niña, que sacudía la mano con cada sílaba.

De esa manera, la promesa quedó sellada.

AQUEL DÍA VISITARON a una monja que vivía en un antiguo convento del que nunca salía. Después de quinientos diecinueve años, el Vaticano había decidido la disolución de aquella orden de las benedictinas, pero ella no había querido abandonar el edificio, al que consideraba su hogar.

Nadie hubiera sospechado que sor Maria Hildegard llegaría a vivir en un convento. Su padre era biólogo molecular y su madre, astrofísica. Ambos creían de manera firme en la ciencia: lo que no podía explicarse con números,

sino con letras, no tenía ningún valor para ellos. Dios nunca había entrado en su casa.

Pero su hija, desde el jardín de infancia, decía que no quería ser princesa ni astrobióloga (que era el sueño secreto de sus padres), sino monja. Sus padres se reían y pensaban que se le pasaría. Además, esperaban tener nietos, cosa que le repetían a menudo. Pero el anhelo de la niña fue aumentando a medida que transcurrían los años. Era un deseo impreciso, similar a una nube intangible y sin contornos fijos, a la que el viento va dando forma. Aunque no deje de cambiar de aspecto, la nube sigue siendo la misma.

Al terminar el bachillerato, viajó a Zimbabue durante seis semanas para trabajar con niños huérfanos. Era un proyecto dirigido por monjas benedictinas y allí, entre ellas, la vida de la futura hermana María Hildegard se llenó de paz. Por las noches leía el Nuevo Testamento. No como lo hacía en la escuela, como una tarea obligatoria para la siguiente clase, sino por su propia voluntad, en pequeñas dosis, nunca más allá de lo que era capaz de entender. Así conoció a un joven llamado Jesús, que le mostró que existía un camino junto a él. Aquella experiencia hizo que quisiera ingresar en un convento benedictino, donde, por primera vez en la vida, sintió que había encontrado su lugar en el mundo. Fue como volver a casa cuando pensaba que no había casa alguna.

La hermana María Hildegard no quería abandonar aquel lugar tan especial, porque en el mundo exterior nunca se había sentido tan bien como allí. Pero la archidiócesis ya había cursado un aviso de desalojo y le habían cortado la electricidad, el agua y la calefacción, e incluso la amenazaban con multas. Sin embargo, debido a una antigua ley eclesiástica, no podían obligar a la religiosa a salir por la fuerza. Solo en el caso de que abandonara el edificio por su propia voluntad se le podría impedir el regreso.

Ella no sabía si estaba bajo vigilancia constante, pero de todas formas no quería correr ningún riesgo. Carl siempre le llevaba novelas de detectives. Y cada vez que iba incluía un paquete de harina y otro de velas, y también provisiones básicas, aunque ninguno de los dos lo mencionara nunca. Otros vecinos también solían llevarle cosas, con la esperanza de que el cielo no se lo tomara a mal.

Carl no sabía nada de la pequeña huerta que la religiosa cultivaba en el patio interior del convento. También desconocía la existencia del pozo que la abastecía de agua potable. Por lo tanto, no era consciente de que ella le hablaba siempre con gran conocimiento del tiempo, porque este era muy importante para sus plantas. Le recordaba a Narciso, el piadoso monje de la

novela *Narciso y Goldmundo*, de Hermann Hesse, pero había elegido para ella el nombre botánico del narciso: la llamaba hermana Amarilis.

A Shasha le pareció muy interesante conocer a una monja. Quería saber si ellas se alimentaban únicamente de hostias, si tenían pelo bajo la cofia (y cómo de largo solían llevarlo) y si había pijamas especiales para ellas. Se guardó la pregunta de si había que lavarlos todo con agua bendita, pero había otra cuestión mucho más importante que le quemaba en la punta de la lengua.

—¿Es cierto que las monjas tienen prohibido casarse?

—Yo ya estoy casada.

—Uy, uy, uy... Y ¿lo sabe Dios?

Amarilis se rio.

—Dios es mi esposo.

—Pues entonces tu esposo vive bastante lejos.

—¿Te parece? El cielo está justo encima de nosotros.

—Sí, lo sé. Pero no sabes volar. —Examinó con atención el hábito de Amarilis—. ¿O sí?

—Hasta ahora no lo he intentado.

—Tienes que probarlo. Si eres la esposa de Dios, estoy segura de que le gustaría que estuvieras a su lado.

—Todas las monjas están casadas con Dios.

Shasha inclinó la cabeza.

—Pensé que solo se podía tener una esposa. —Luego asintió con la cabeza, porque ya lo había entendido—. Ah, claro, es Dios. Así que, por supuesto, no tiene por qué seguir sus propias reglas.

La hermana Amarilis se quedó sin palabras ante aquella afirmación, y Carl aprovechó para despedirse a toda prisa y fingir que el diálogo le había parecido de lo más normal.

EL SIGUIENTE LIBRO, envuelto a la perfección, se lo entregaron al doctor Fausto, quien se presentaba como profesor emérito. En realidad, nunca había pisado la universidad, pero no por falta de inteligencia, sino porque sus padres no habían tenido el dinero necesario para financiar su educación. De modo que decidió continuar con la tradición y optó por seguir la profesión de su padre y su abuelo: conductor de tren. En su trabajo, le tocaba escuchar a diario quejas impertinentes sobre la impuntualidad, la incompetencia o la antipatía de los ferroviarios. Siempre miraba nervioso a su alrededor, como si lo estuvieran siguiendo, y tenía pánico a los perros, en especial a los caniches.

Sin embargo, en lo más hondo de su corazón, deseaba tener a su lado un compañero fiel, un perro inteligente, leal y distinguido, que diera la imagen adecuada de un erudito como él. Se trataba de una contradicción que, pese a su inteligencia, era incapaz de resolver.

A Carl le resultó sencillo encontrarle un nombre. El doctor Fausto leía tratados de historia para refutarlos en tantos puntos como fuera posible con largas cartas que enviaba a los autores o a sus universidades. Solía hablarle de ellas a Carl, pero casi siempre fuera de contexto. Sus explicaciones solían agotarse como los ríos que se dividen en demasiados afluentes hasta que, en algún momento, el doctor terminaba por cerrar la puerta con un movimiento de cabeza.

EN AQUELLA OCASIÓN, la señora Calzaslargas le tenía preparada una errata poco apetecible (matematicacas).

Entre una entrega y otra, Carl se sentía a gusto consigo mismo y con el mundo. No pensaba mucho, ni siquiera sobre el camino que tomaba. De eso se encargaban sus pies. Pero aquel día era distinto. Shasha apenas hablaba, pero estaba allí. Y eso lo cambiaba todo.

«¿Por qué estaba allí?», se preguntó Carl de repente. Y le hizo la misma pregunta a ella.

—¿Por qué no juegas con otros niños? ¿Es que hoy en día eso ya no se hace?

—Sí se hace.

—¿Tú también?

—Sí.

—Pero ¿ahora no?

—No.

—¿No tienes amigos?

—Sí.

Carl conocía las conversaciones monosilábicas por los aprendices de la librería. Ni una sola palabra de más. Suponía que así ahorran energía para otras actividades.

—¿Y quiénes son?

—Alex, Leila, Simone, Anna, Eva Lina y Tim. No, Eva Lina ya no es amiga mía, se ha vuelto una idiota, arrogante y tonta. ¿Me dejas entregar a mí el siguiente libro?

A Carl le encantaba el momento en que entregaba los libros envueltos como si fueran regalos. Se sentía un poco, solo un poco, como Papá Noel, aunque nunca lo habría admitido.

—No, imposible —respondió por esa razón.

—¡Por favor! Una vez nada más.

—Lo siento.

—¡Porfi, porfi, porfi!

—Quizá en otra ocasión, pero no con Effi Briest. —Ella era la última en su ronda del día.

—¡No, ahora! Y ya no te molestaré más. Lo prometo.

—Eso es chantaje.

—Ya lo sé. ¿Funciona?

La casa de Effi apareció frente a ellos. Carl negó con la cabeza.

—No. Pero puedes tocar el timbre.

—¡No es lo mismo!

—A diferencia de la entrega del libro, produce un hermoso sonido.

Era cierto, porque la campana tocaba la misma melodía que el Big Ben.

Al cabo de un rato, Effi abrió un poco jadeante.

—Buenos días, señor Kollhoff —lo saludó, y entonces vio a la niña—. ¿Viene hoy con su nieta?

Le tendió la mano.

—No, yo soy Shasha. Lo estoy ayudando. Siempre hay que ayudar a los ancianos.

Carl se sentía mayor todos los días, pero nunca se había sentido tan viejo como en aquel momento. Era como si Shasha le hubiera colgado un cartel: «Incapaz de arreglárselas solo».

—Me gustan mucho los niños —dijo Effi.

—¿Tiene hijos?

Shasha pensó que se trataba de una pregunta sencilla que podía responderse con una sola palabra: sí o no. Para Andrea Cremmen, sin embargo, no bastaría con una palabra, ni siquiera con un libro; haría falta toda una biblioteca para responderla.

—Todavía no —resumió.

Carl se quitó la mochila y la abrió para sacar el último libro del día.

—¿Puedo entregárselo yo? —preguntó Shasha con voz de miel de lavanda.

—Deje usted que la niña me dé el libro. Parece que le hace mucha ilusión.

El librero dudó. Si se lo permitía, sería la primera vez en décadas que no completaba personalmente las entregas. Todo estaba cambiando a una velocidad excesiva para él. Tenía la impresión de que los músculos de sus manos se negaban a obedecer. Recorrieron solo la mitad del espacio hacia las pequeñas manos de Shasha.

Por fin, la niña cogió el paquete y lo puso en manos de Effi con brusquedad y sin ceremonias.

—¡Ábralo! ¡Yo siempre abro los regalos muy rápido porque quiero ver lo que hay dentro! —exclamó riéndose—. Y ahora quiero ver qué hay en el suyo.

Se trataba de *La hija de la rosa de las sombras*, la continuación de la exitosa novela. Según el texto de la contraportada, relataba experiencias aún más dramáticas sobre la talentosa jardinera que se había criado en un orfanato terrible.

—Qué pinta más triste —dijo Shasha al ver la portada, donde una mujer con la cabeza inclinada caminaba por un páramo en medio de la tormenta. Effi pasó las páginas.

—Sí, lo es, pero también es muy real. Lo cierto es que estoy deseando leerlo. —Miró a la niña—. ¿Volverás a traerme un libro otro día?

—Pues claro —dijo ella—. Bueno, si me deja.

—Seguro que sí, ¿verdad? —preguntó Effi. Carl sonrió.

—Ya veremos.

La mujer volvió a mirar a Shasha.

—Con el señor Kollhoff, eso quiere decir que sí.

Significaba que no, cosa que Effi sospechaba, pero no quería admitir. Y siempre que algo no estuviera claramente establecido, había que aprovechar el margen de interpretación.

Después de despedirse, Carl tuvo que aceptar el siguiente cambio en su meticulosa rutina diaria, ya que tenía que llevar a Shasha de vuelta a la Münsterplatz en lugar de dirigirse a casa como cada día. En consecuencia, tendría menos tiempo para la lectura, leería menos páginas, tardaría más en terminar el libro y retrasaría el comienzo del siguiente. En una vida en la que todo estaba calculado al milímetro, la más minúscula mota de polvo desequilibraba el engranaje.

—Es simpática —dijo Shasha, que había decidido caminar un rato de espaldas—, pero le pasa algo.

—Lo sé.

—Se ha puesto a hojear el libro de una forma muy rara. ¿Tú también te has dado cuenta?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Tendré que fijarme mejor la próxima vez. Había algo que no era normal.

—Effi es muy particular.

La niña se puso a dar saltitos.

—¿Por qué la llamas Effi Briest? ¿Y *mister* Darcy? En los timbres hay nombres que no se parecen en nada.

—Son los que les he puesto yo. Me parecen más apropiados. La gente a la que le gusta leer se merece el nombre de un personaje de novela.

—¿Yo también me merezco uno?

—¿Lees mucho?

—¡Más que suficiente!

—¿Qué nombre te pondrías?

—¡Yo he preguntado primero!

Carl reflexionó.

—Eso no es verdad.

Shasha se rio.

—Vale, de acuerdo. Pero mañana me dirás mi nombre, ¿verdad? ¡Adiós, paseador de libros! —Y se marchó corriendo.

Carl decidió comprar una botella de vino, el alcohol casi siempre ayudaba a calmar un poco los nervios. Al igual que un coche antiguo necesitaba aceite lubricante, a él le ocurría lo mismo con el vino. Elegía siempre un silvaner de la región de Franconia, por su sabor especial y aroma de pera y membrillo, pero también porque le gustaba acariciar las curvas de la botella, de forma abombada, típica de esa región vinícola.

Compró dos. Al fin y al cabo, era muy probable que Shasha volviera a aparecer.

AL DÍA SIGUIENTE, Carl visitó a su antiguo jefe en la residencia de la tercera edad en la que residía. Se llamaba La catedral, aunque la única forma de contemplarla desde allí era subirse al tejado y dar un salto de tres metros. Siempre iba a ver a Gustav Gruber entre el desayuno y la comida, pues era importante no molestarlo durante las comidas. En el centro de mayores, el tiempo no se medía en horas, sino en comidas. Por la tarde seguirían la

merienda, la cena y, por último, una bebida caliente con algún dulce antes de dormir.

Cuando era joven, Gustav tenía unos rizos rubios como el trigo; ahora llevaba el pelo del mismo color, pero teñido. Su intensidad parecía burlarse de los últimos rastros de las cejas y el gris ceniza de la barba de tres días. Le daba un aire de payaso que se hubiera quitado el maquillaje hacía un buen rato. No obstante, aún se podía vislumbrar su humor e inteligencia, que, con el tiempo, se habían quedado grabados en las arrugas cinceladas por las sonrisas y los gestos de concentración. Puede que sus ojos de pícaro parecieran cansados, que ya no fuera capaz de dar brincos y que sus campanillas hubieran perdido el lustre, pero aún era capaz de hacer alguna locura.

ESTABA TUMBADO EN la cama y tenía un libro al que le había quitado la sobrecubierta entre las manos. Aunque apenas podía sostener los pesados volúmenes de tapa dura, no soportaba las ediciones de bolsillo, pues tenía la sensación de que las preciosas palabras estaban bien protegidas solo con una tapa rígida, como si en su interior nada pudiera dañarlas. Y ahora que él mismo se sentía tan desprotegido, como si el tiempo y la muerte le carcomieran por todos los rincones de su interior, al menos quería que las palabras estuvieran a salvo, que vivieran con él durante un tiempo, aunque fuera breve.

Al ver entrar a su amigo, deslizó el libro bajo las sábanas.

—Tienes buen aspecto —le dijo Carl.

—Antes mentías mejor. ¡Claro que no tengo buen aspecto! Si fuera un edificio, hace tiempo que habrían venido las excavadoras a demolerme.

Carl señaló la colcha.

—Nunca cambiarás, Gustav.

—¿En qué? ¿En el mal aspecto? ¡Llevo practicando un montón de años!

—Me refiero a lo de esconder los libros.

—Será porque hay una buena razón para ello, ¿no?

—¿Crees que me molesta que leas pornografía a tu edad?

Gustav se rio, lo que le provocó un ataque de tos. Desde que la risa lo hacía toser, trataba de no hacerlo, por lo que había dejado de leer, escuchar y ver cosas divertidas. Lo primero que hacía era tirar a la papelera las páginas de humor del periódico. Con eso había logrado reducir los ataques, pero a sus

pulmones les hacía falta la risa, ya que esta propiciaba la circulación de la sangre. Y su corazón también la echaba de menos, por supuesto.

—Soy tan viejo... —dijo cuando pudo volver a respirar—, que no entendería los libros de ese tipo. Tanto, que el erotismo es para mí como el griego antiguo. En su momento era capaz de leer las letras, ¡pero nunca entendí qué significaban!

—Entonces, ¿por qué siempre ocultas los libros?

Carl se sentó en una silla junto a la cama y le apretó la mano.

—¿De verdad quieres saber lo que estoy leyendo?

—Por supuesto.

—¡Te vas a reír!

—Te prometo que no.

Sacó el ejemplar de su escondite y se lo entregó: era *La isla del tesoro*, de Stevenson. Carl pasó la mano por la hermosa tela de las tapas.

—Leo los libros de mi juventud. Novelas de aventuras, mucho Karl May. Me doy cuenta de que algunos no están tan bien escritos como los recordaba, pero siguen siendo para mí como un regreso al hogar.

—¿Y te avergüenzas de eso, viejo tonto?

—Las enfermeras de aquí me llaman el Catedrático. Como soy librero, bueno, era... —Se ofuscó—. ¡Piensan que soy un intelectual! ¡Yo! ¿Te imaginas?

—Es que lo eres.

—Leer mucho no te convierte en intelectual. Comer mucho tampoco en un *gourmet*. Leo de forma egoísta, por placer, por amor a una buena historia, no para saber más sobre el mundo.

—Ya, pero no se puede evitar. Incluso en una cabeza tan vieja como la tuya, siempre se queda algo.

Gustav golpeó *La isla del tesoro* con el dedo índice.

—Estos libros me los regalaron mis padres, y ya sabes que ellos también eran libreros.

—La dinastía Gruber.

—¡Exacto! En algunas familias, el amor se demuestra a través de la comida: un panecillo con una capa extragruesa de mantequilla o una segunda loncha de salchichón en el bocadillo. Otras familias se abrazan mucho y durante mucho tiempo para contrarrestar la frialdad del mundo con un poco de calor. En mi familia, el amor siempre se ha demostrado a través de los libros. Pero el libro no tenía por qué ser el adecuado para cada momento. Cuando entré en la escuela primaria todavía me costaba muchísimo trabajo

descifrar una frase entera; pronunciaba cada letra de forma vacilante y luego las unía con torpeza. —Se rio, lo que le provocó un nuevo ataque de tos—. Por aquel entonces, mi padre me regaló *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann. ¡Cientos de páginas de oraciones interminables! Frases maravillosas, forjadas como preciosas cadenas de oro, pero también tan largas que, sobre todo, sirvieron para una cosa: para asustarme. Al año siguiente llegó *Guerra y paz*, de Tolstói. Y cuando cumplí diez años y aún no había perdido tiempo alguno, mi madre me regaló *En busca del tiempo perdido*, de Proust. Según mis padres, no había libros para niños o para adultos, sino que estos solo se dividían en buenos o malos, y a mí me daban a leer los mejores. Igual que otros regalan joyas de diamantes, que son para toda la vida. —Gustav sonrió—. ¿He vuelto a echar un sermón?

—Bueno, como sueles hacer desde que te conozco. ¡Me encanta eso de ti!

—¡Mentiroso! —Le dio un codazo a Carl en la parte superior del brazo, que fue poco más que un roce—. ¡Pero, por favor, no dejes de mentir nunca!

—El otro día vi un libro que me hizo pensar en ti.

—¿Trataba de un conocido mujeriego que, incluso en la vejez, se iba detrás de cada falda que se le cruzaba en el camino?

Sus ojos apagados relampaguearon con un brillo burlón.

—Iba de un viejo librero que visitaba todos los lugares sobre los que había leído.

Gustav se sentó un poco más recto en la cama, no sin esfuerzo. Luego señaló su cuerpo consumido.

—¿Te parezco capaz de emprender largos viajes? Solo el camino al baño me parece como un viaje a las Antípodas. —Le dedicó a Carl una sonrisa cálida y comprensiva—. Jamás dejarás de ser librero, ¿verdad? En lugar de preguntarme qué tal estoy, siempre me aconsejas lecturas.

—Eso lo aprendí de ti. —Le devolvió *La isla del tesoro*—. Tal vez la novela de Stevenson lograría que nuestro nuevo aprendiz lea.

—Sabine me ha hablado de él. Se llama Leon, ¿no?

—Tú habrías encontrado el libro adecuado para él hace mucho. En casos como este, nos damos cuenta de lo mucho que te echamos de menos.

Gustav rechazó la idea con un gesto de la mano.

—Sabine llegará a ser mucho mejor librera que yo.

De repente, la silla se le volvió incómoda a Carl, y tuvo que deslizarse para encontrar una postura aceptable. No la encontró.

—No te gusta el tema, ¿verdad? Ya estás otra vez con tus tonterías. —Gustav sonrió—. Sé que no me crees, pero Sabine te tiene mucho aprecio,

aunque no sepa demostrarlo muy bien.

—Bueno, yo también a ella. Después de todo, es tu hija.

—¡Y tu jefa!

—Exacto: me tiene que caer bien por contrato.

—Tienes que entender que quiera renovarlo todo y mejorar la librería. Es la prerrogativa de la juventud. —Alisó la colcha—. También tiene que mantenerse firme frente a los demás. Como jefe, no se puede mostrar debilidad. —Se inclinó un poco hacia delante y bajó la voz hasta que esta sonó como una caricia—. Me ha prometido que podrás seguir entregando libros todo el tiempo que quieras.

—Gracias.

Carl rehuyó la mirada de su amigo, porque no quería que viera lo mucho que significaba para él la entrega de los libros. Aunque este lo sabía desde hacía tiempo, por supuesto.

—Siempre estuvo un poco celosa de ti —continuó Gustav—, porque tú naciste para ser librero y ella no.

Pero ahí se equivocaba. Su hija siempre había pensado que sus métodos modernos eran superiores. Y también desde siempre había sabido que su padre tenía un lugar especial para Carl en su corazón. Y sí, envidiaba su capacidad como librero, pero era ese cariño el causante de los mayores celos.

—La gente confía en ti —dijo Gustav—. Eso es lo más importante para alguien de la profesión. Cuando se les recomienda un libro a los clientes, en realidad no esperan que les guste, sino que están seguros de ello. Y, si no les agrada, piensan que es culpa suya, pero en ningún caso tuya.

Le guiñó un ojo.

—En realidad, he venido a animarte yo a ti, no al revés —dijo Carl.

—¡Como a mí se me da mejor eso, yo me encargo!

Carl pensó que era el momento de un pequeño pasatiempo al que jugaban una y otra vez, siempre cambiando el tema.

—Nombra los cinco mejores libros... para animar a alguien.

Gustav los enumeró y luego Carl nombró los suyos. Hablaron de los puntos débiles y los aciertos de cada libro, de los autores y las autoras. Luego pasaron a las mejores obras en las que un personaje vivía en una residencia de ancianos. Aquello les resultó más difícil, pero lo lograron. Carl le dijo a su amigo que tenía que volver a la librería, aunque solo fuera unas horas a la semana. Y Gustav se rio demasiado. Al final se quedó sin aliento.

—No voy a volver nunca, ya lo sabes.

—No digas eso.

—Somos como viejos gramófonos, nuestra época ya pasó. Mientras funcionamos, no lo notamos, pero ya no hay recambios para los modelos antiguos como nosotros.

—Suenas como una de esas postales con frases ingeniosas.

—Podría ser peor, ¡se venden muy bien! —Gustav respiraba con dificultad—. Ahora necesito dormir un poco. El sueño le hace bien a mi cutis juvenil. —Dudó un momento. El dolor apareció en su rostro como una llamarada de color. En aquel punto de la conversación, siempre hacía la misma pregunta. Gustav respiró hondo antes de formularla y su voz tembló al pronunciar las palabras—. ¿Volverás la semana que viene?

—Por supuesto.

—Me alegro de oírlo, es muy amable de tu parte.

—Te seguiré visitando durante muchos años, ya lo sabes.

Gustav asintió y luego giró la cabeza.

—Cuídate, jefe —dijo Carl, y le acarició el escuálido brazo a modo de despedida.

—Cuídate, aprendiz.

3

Rojo y negro

EN LA LIBRERÍA A las puertas había desaparecido el marco con el artículo de periódico sobre el paseador de libros. Un rectángulo descolorido en el papel pintado de la pared atestiguaba su pérdida. Sabine Gruber, a modo de saludo, solo dijo:

—Carl, cada vez hay menos encargos para tu ronda. —Dejó escapar un suspiro para darle más énfasis al mensaje.

—Tampoco es que cobre mucho por el servicio de entrega.

—¡Pero se trata del esfuerzo logístico, señor Kollhoff! —Sabine levantó las cejas hasta casi unir las con la línea del cabello—. Es mucho tiempo para tan pocos libros. Hoy en día, nuestro sistema funciona de otra manera.

—Pero la gente se alegra tanto...

En ese momento le acudieron a la mente los rostros agradecidos de sus clientes. Todos sonreían.

—Se alegrarían más si dieran un paseíto hasta la tienda. El ejercicio es saludable, al igual que el aire fresco. ¿No le parece? Por lo tanto, hemos decidido dejar de publicitar este servicio especial. No informaremos a nuestros clientes de su existencia. Estamos de acuerdo, ¿verdad, señor Kollhoff?

Conocía a Sabine desde que nació. De niña se sentaba en sus rodillas y él le leía un libro tras otro, o jugaban al arre caballito y la hacía reír. Ella lo llamaba tío Carl. Sabine había sido uno de los pocos niños por los que había sentido afecto. Pero en cuanto se hizo cargo de la dirección de la librería, lo llamó a su despacho y le explicó que a partir de ese momento tendrían que hablarse de usted. Era lo que procedía. A Carl le pareció que no procedía en absoluto.

—Tú eres la jefa —dijo y se dirigió al almacén para empaquetar sus libros. Los demás empleados de la librería le lanzaron miradas de ánimo y simpatía. Él había sido el encargado de enseñarles el oficio a todos ellos. Pero nadie hizo ningún comentario. Todos permanecieron tensos y en silencio.

El libro *Fiebre en las gradas* de Nick Hornby continuaba cerrado sobre el escritorio, y Leon seguía sin leer sentado en el suelo.

Carl envolvió los libros en silencio. Ese día también había uno para Hércules, por lo que el paseo sería más largo.

Al acercarse a la plaza, Carl aminoró la marcha y miró a su alrededor en busca de una mata de pelo oscuro que tendría que esquivar. En aquella ocasión no quería cargar con una acompañante que hiciera las preguntas equivocadas. O aún peor: las correctas.

A regañadientes, tomó otra ruta a través de la Münsterplatz. En contra de su costumbre, caminó bajo los sombreados soportales, cerca de las tiendas, y tuvo que sortear las mesas y sillas de las terrazas. Así tendría menos probabilidades de ser descubierto por Shasha. Incluso pensó en quitarse el sombrero, pero enseguida desechó la idea por absurda.

Solo le faltaban unos pasos para tomar la siguiente calle.

—Nunca sueles caminar por aquí —dijo a su lado una voz aflautada—. He estado a punto de no verte.

Carl la miró. La sorpresa fue tal que lo obligó a detenerse.

—Te gusta, ¿eh? —La niña dio una vuelta completa para lucirse—. Hoy no voy de rojo-amarillo-azul, ¡aunque es mi color favorito!

Llevaba unos vaqueros verde oliva, una camiseta verde rana y un chubasquero verde claro. Y también una mochila. Les había pedido ropa prestada a dos amigos y ahora ya se parecía un poco a él. Carl quiso decirle que no podía acompañarlo, pero el atuendo de la niña lo desarmó.

—¿Las chicas de tu edad no prefieren vestir de rosa? —preguntó.

—¡Ya tengo casi diez años!

—Lo siento.

—Me gustan los lunares, pero no me gustan los cuadros ni las rayas, ni nada que tenga líneas rectas.

—Pero hoy no llevas lunares.

Shasha se subió un poco las perneras de los pantalones, dejando al descubierto los calcetines moteados.

—Son mi marca personal. ¿Qué tipo de calcetines llevas tú? Déjame ver.

—No tienen puntos —anunció Carl, que en realidad no quería mostrárselos.

—Me lo imaginaba. No tienes pinta de llevar lunares.

—¿Qué aspecto tienen los que sí que los llevan?

—Distinto al tuyo. Créeme, soy una experta en el tema. Bueno, ¿vamos, entonces? Porque tengo planes, ¿sabes?

Carl no se movió.

—¿Qué planes? Primero me los tienes que contar. ¿Piensas colarte otra vez en algún sitio?

—No, no es nada malo. ¡Prometido! ¡Palabra de honor! Pero no te lo diré hasta que esté lista.

—Pero...

—¡Lo hago solo por ti! Bueno, vale, no solo por ti. Aunque sí en gran parte. —Ella lo miró—. En realidad, tengo dos grandes cosas planeadas. Y la segunda te la puedo contar. De hecho, ¡te la tengo que contar!

—Me muero de curiosidad. —Ansiedad habría sido la palabra más apropiada, pero Carl quería seguir siendo educado incluso en aquel momento de ligero temor.

—Anoche, en la cama, se me ocurrió una cosa. Yo pienso siempre un montonazo antes de irme a dormir, cuando todo está oscuro menos las estrellas luminosas que tengo pegadas en el techo de mi cuarto, claro. —Levantó el dedo índice—. Bueno, pues anoche pensé que no eres capaz de ponerme un buen nombre de personaje de novela porque no me conoces muy bien. Por eso, hoy tengo que hablarte muchísimo de mí. O sea, voy a contártelo todo.

Shasha puso en marcha su plan en ese mismo momento y se lanzó a contar desde su nacimiento (solo dos horas de parto y nació con una buena mata de pelo), pasando por el jardín de infancia (estaba en la clase de las focas y el símbolo en su gancho del perchero era un avión), hasta llegar al colegio (estaba en la clase A, la mejor, aunque era una pena que la señora Schild no fuera la mejor profesora). Ella no era la niña más popular del A, sino todo lo contrario. No solo la elegían la última para los equipos de deporte y nadie quería estar en su grupo para estudiar, sino que también se pasaba los recreos sentada en el suelo frente a la conserjería mientras los demás jugaban al pilla pilla o hacían el mono colgados en las barras.

A la más mínima ocasión, subrayaba lo mucho que le gustaban los libros y que los demás niños se burlaban de ella por ser un ratón de biblioteca. Incluso habían dibujado uno de esos animales con rotulador en su silla, en concreto, un ratón haciendo caca. Simon también se burlaba de ella. Él se parecía a Ron Weasley, el de Harry Potter, solo le interesaban los juegos de ordenador, y además pensaba que todas las chicas eran estúpidas. Ella no pensaba que Simon fuera estúpido, para nada, aunque no supiera por qué. Y mucho menos sabía por qué sentía aquello tan raro hacia él.

Se detuvieron ante el lujoso edificio de apartamentos donde vivía Hércules. Era la primera parada de su ronda diaria.

—Un segundo —dijo Shasha antes de que Carl pulsara el botón del timbre junto al nombre de Mike Tröffer. Sacó torpemente de su mochila un enorme álbum de la amistad, con unicornios y arcoíris, que estaba cerrado con un candado dorado de combinación. Carl era consciente de que los libros podían salvar el mundo, pero además era de los pocos que sabía que aquella máxima también se aplicaba a ese tipo de ejemplares donde los niños anotaban quiénes eran sus amigos, sus colores y comidas favoritas, sus preferencias, etc. Es cierto que el mundo que podían salvar era pequeñito, pero para el niño que vivía en él era el único que importaba.

—No hace falta que te cueles corriendo —advirtió Carl—. De todas formas, nos invitará a su cocina a tomar el té.

—Ya te he prometido que no entraré en ningún sitio. Solo en casa de *mister* Darcy. Y colarme fue algo bueno.

—¿Tienes que decir siempre la última palabra?

—¿Tengo razón o no?

En ese momento, la puerta principal se abrió. En la segunda planta, un hombre corpulento los esperaba delante de su piso, vestido con una camiseta negra en la que resaltaban sus poderosos músculos.

—¡Señor Kollhoff, adelante! Enseguida le preparo un Earl Grey.

Shasha miró a Carl y susurró.

—¿Te gusta ese té tan raro?

—No, pero sería de mala educación decírselo.

—Pero entonces tienes que beber siempre un té que no te gusta...

—Su hospitalidad me compensa.

Hércules le tendió la mano y luego se la ofreció a Shasha, que se asustó un poco cuando la enorme zarpa se cerró alrededor de su manita. Pero el hombre se limitó a darle un suave apretón.

—Hola, yo soy Mike. ¿Y tú eres...?

—Shasha.

—¿También te gusta el té Earl Grey?

—No, a mí tampoco me gusta.

Hércules avanzó en dirección a la cocina.

—¿Agua? ¿Leche?

—Me da igual —dijo la niña mirando a su alrededor con asombro. Nunca había visto un piso como aquel.

De las paredes blancas y lisas colgaban todo tipo de cuadros con marco de plata y textos presentados de forma artística, algunos en letra impresa y otros con una caligrafía con tantas florituras que resultaban casi indescifrables; había varios dispuestos en forma de corazón, otros como una iglesia. El blanco y el plateado eran también los colores dominantes en la cocina, que lucía tan ordenada y limpia como si la acabaran de instalar.

Shasha preguntó si podía usar el baño un momento y Hércules le indicó el camino. Cuando volvió, en la mesa había un vaso de agua fresca para ella y una taza de té humeante para Carl. El anfitrión no bebió nada.

—Pero antes de tomar un solo sorbo, voy a entregarle el libro —explicó Carl y lo sacó de su mochila militar.

Hércules lo desenvolvió con enorme cuidado, cosa que Shasha no había notado en ninguno de los otros clientes. Lo tocó con devoción, casi con solemnidad. La niña enseguida anotó algo en su álbum.

—Se trata de la edición rara que pediste —dijo Carl. Había conseguido encontrarlo en un anticuario y seguía sin entender por qué le había encargado aquel costoso ejemplar.

Shasha estiró el cuello y leyó el título.

—¿*Las penas del joven Werther*? ¿Tiene eso algo que ver con los...? — Shasha no pudo terminar la pregunta.

—No —respondió Carl.

—Pero si no sabes lo que te iba a preguntar.

—Sí, lo sé, créeme. He escuchado la pregunta de los caramelos demasiadas veces como para que no me queden ganas de contestarla otra vez.

—¡Ninguna gana! ¡Pues yo sí que tengo ganas de unos caramelitos de nata de esos! —Sonrió la niña satisfecha.

—Ya veo que nos entendemos.

Hércules le devolvió la novela a Carl.

—¡Hábleme del libro, señor Kollhoff!

—No quiero desvelar demasiado.

—Sí, por favor, incluso el final. Quiero saberlo todo.

La escena era siempre la misma, una especie de pequeño baile retórico entre los dos. Carl se mostraba reticente al principio con la esperanza de que Hércules cambiara de opinión, pero este siempre insistía en enterarse de todo.

—Es una novela epistolar sobre Werther, un joven abogado en prácticas que está trágicamente enamorado de Lotte; pero ella está comprometida con otro hombre.

—¿Cómo se enamoró Werther de ella? —preguntó Hércules frunciendo el ceño.

—Fue amor a primera vista, desde el momento en que la vio cortar el pan para sus hermanos menores. Se siente conmovido por su carácter maternal. Además, ella es muy hermosa.

—Carácter maternal —repitió Hércules—. ¿Y cómo es el Werther ese? Como persona, quiero decir. ¿Qué clase de tío es?

—Un tipo tormentoso. La novela también se enmarca en la corriente literaria llamada *Sturm und Drang*, precursora del Romanticismo.

—¿Y el prometido de Lotte?

—Albert es un hombre conservador y tradicional.

—Un aburrido, entonces. —Hércules asintió—. ¿Y cómo termina todo? ¿Werther se queda con Lotte?

Carl meneó la cabeza, recordando lo afectado que le había dejado la novela cuando la leyó por primera vez. Un dolor que aún lo acompañaba.

—Por desgracia, no. Cuando él la besa, Lotte huye a una habitación contigua. Entonces Werther decide suicidarse para no mancillar el honor de la joven. A medianoche, antes de Nochebuena, se dispara en la cabeza y muere al día siguiente.

Hércules dio una palmada.

—¡Hala! ¡Qué bárbaro! ¡Menudo final! ¿Y qué tipo de arma era?

—¿La que usó para...?

—Sí.

—Oh, eso no lo sé. Solo sé que se trataba de una pistola que le había prestado Albert.

—Qué fuerte.

—La cosa se pone aún peor: como Werther es un suicida, no puede recibir sepultura cristiana. Ese es el máximo castigo, por así decirlo.

—¡Qué horror!

—Estoy seguro de que le gustará.

Hércules se hizo sonar las vértebras del cuello.

—Claro. Al fin y al cabo, me encanta leer. Y este libro es importante, hay que conocerlo, usted lo ha dicho. Y la próxima vez tráigame algo de un premio Nobel, señor Kollhoff.

Carl le echó un vistazo a su reloj. Aunque llevaba más de veinte años parado, le gustaba sentirlo en la muñeca.

—Me temo que tengo que seguir mi camino, hay otras personas esperando impacientes sus libros. —Le entregó la novela.

—Sí, claro. Gracias por dedicarme siempre tanto tiempo.

—Es un gran placer para mí, y lo digo de corazón. Me encanta ver a alguien tan entusiasmado con los clásicos de la literatura.

Hércules sonrió un poco azarado, pensó Shasha. Aunque, al fin y al cabo, ella no era una experta en las sonrisas de los rostros tan musculosos. Tal vez siempre eran así.

Al salir, escribió unas cuantas notas más en su álbum y luego abrió la boca para decirle algo a Carl. Pero no llegó a hacerlo, porque por primera vez el librero fue más rápido que ella.

—No hace falta que me digas que aquí hay algo extraño. —Miró a su alrededor en busca de *Perro*, que solía unirse a su paseo en ese lugar, pero no había ni rastro de él—. Ya lo sé. Pero no tengo ni idea de lo que es.

—Solo tiene libros rojos —respondió Shasha.

—¿Qué quieres decir?

Carl comenzó a caminar de nuevo, un paso tras otro, a su ritmo.

—Me colé en su salón cuando dije que tenía que ir al baño. En realidad, no tenía ninguna gana.

Levantó su pequeña barbilla con orgullo.

—¡Menuda pilla estás hecha!

—Fue entonces cuando vi sus libros en las estanterías y todos tienen eso rojo... ¿cómo se llama la parte del lado? El lado contrario a por donde se abren.

—Lomo.

—¡Eran todos rojos!

—Muy inusual. Aunque conozco a una clienta que rechaza un color en particular.

—En todo el salón había solo tres colores: ¡negro, blanco y rojo! Solo las películas, bueno, las cajas, tenían colores completamente diferentes, también los cedés. Tendré que comprobarlo mejor la próxima vez.

—¿Me quieres contar de una vez qué líos te traes con tu álbum?

—Aquí es donde pongo a todos tus clientes. —Lo abrió con torpeza—. Lo tengo desde segundo, pero hay muchas páginas en blanco. —Muchos de sus compañeros de clase le habían devuelto el libro sin escribir nada, o peor aún, habían arrancado la página que ella les había asignado—. Se supone que aquí arriba se pega la foto de la persona correspondiente —le explicó—, pero como no puedo pedirles fotos a tus clientes, he traído lápices de colores para dibujarlos. Aunque no se me da muy bien.

Carl miró el álbum y leyó las preguntas.

—¿Color favorito? ¿Grupo de música favorito? ¿Profesor favorito?

—Eso lo cambio, claro —explicó Shasha—. Apunto los libros importantes y el aspecto que tienen, dónde viven y cómo huelen.

—¿Cómo piensas averiguar todo eso? ¿Les vas a hacer un interrogatorio cruzado?

—¿Y eso qué es?

Él pensó un momento.

—Es cuando acribillas a alguien a preguntas.

—Pero si le haces muchas preguntas a alguien, quiere decir que estás interesada en él. Es agradable. Yo, cuando quiero saber algo, soy muy agradable. —Volvió a meter el álbum en su mochilita.

—Pero también hay que permitir que la otra persona las haga. Solo entonces se convierte en una conversación.

Shasha no entendía lo que Carl quería decir. Quien preguntaba recibía respuestas, y eso ya era una conversación. De repente, *Perro* le acarició las piernas al deslizarse entre ellas con la cola levantada. Parecía un caballero en una de esas fiestas que se celebraban mucho tiempo atrás en los majestuosos salones de baile.

Por primera vez, Shasha observó que Carl le daba algo de comer al gato. Un trozo de mortadela, ya sin piel, que había envuelto en papel de sándwich.

—Eres una persona muy inteligente, pero darle comida al gato es de tontos.

La miró sorprendido.

—¿Por qué? ¡Mira lo contento que se ha puesto!

—Si le das mortadela, ya no sabrás si viene a verte a ti o es por la carne.

—Tal vez un poco de cada cosa.

—Pero no lo puedes saber seguro. A mí me molestaría. No me gustaría que una mascota estuviera conmigo solo porque quiere algo de comer.

—*Perro* no es una mascota, no es un animal doméstico. En todo caso, es un animal de la calle, un alma libre. Viene porque quiere. No quiero saber la razón. Es mejor que algunas cosas sigan siendo un secreto.

Ella negó con la cabeza.

—¡Yo querría saberlo!

—Pero *Perro* lo prefiere así. Déjale que guarde su pequeño secreto.

Shasha se agachó para acariciarlo. El gato levantó la cabecita y la niña se alegró de que su afecto no tuviera nada que ver con la comida, sino únicamente con su arte para acariciar.

LA SEÑORA CALZASLARGAS los saludó de buen humor con «pandillas caguejeras» y se tapó la boca con la mano para no reírse a carcajadas.

—Seguro que no se le ocurre nada que decir, señor Kollhoff. Quizá alguna obviedad.

En esa ocasión se había puesto dos zapatos iguales, pero con calcetines desparejados.

Carl se rascó la sien y sintió las miradas interrogantes de la señora Calzaslargas, Shasha e incluso de *Perro*. En su juventud, había leído de principio a fin el *Diccionario de conversación*, de Meyer, desde la A de «aarónico» hasta la Z de «zuzón». Aquello había trazado los senderos neuronales de su cerebro, de forma que era capaz de funcionar como una enciclopedia viviente.

—Las «pandillas caguejeras» denominan una forma de delincuencia de singular dramatismo. Este fenómeno se da exclusivamente en México, pues tiene su origen en la comida a menudo picante, típica del país, la cual provoca graves alteraciones digestivas. En los casos en que la defecación resulta imposible, se observa la aparición de una rabia desahogada. Entonces, es usual que los afectados salgan a la calle en pandillas para descargar su ira contra los vendedores de verduras, sobre todo de chiles y guindillas. La actividad física colectiva suele producir el efecto deseado sobre el tracto digestivo, por lo que las «pandillas caguejeras» se han convertido en una parte integral de la cultura mexicana, e incluso se han incorporado a su folclore; se canta sobre ellas en muchas canciones y aparecen descritas con gran realismo en muchos libros.

La señora Calzaslargas hizo una reverencia con un gesto teatral.

—Ha logrado usted darle un giro exótico a la explicación más obvia.

—Señora Calzas... —Shasha consiguió cerrar la boca justo a tiempo.

—Mi nombre es Dorothea Hillesheim. Pero llámame Thea, todo el mundo lo hace.

Shasha abrió su álbum y sostuvo su lápiz HB, con goma de borrar incorporada, listo para la acción.

—¿Cómo es que siempre encuentra erratas?

—¿Qué quieres decir?

—La mayoría de la gente ni siquiera las ve. Por lo menos, yo no. ¿Por qué usted sí?

—Eres muy lista, ¿lo sabías?

Una sonrisa orgullosa se dibujó en el rostro de Shasha.

—Claro que lo sé. Pero a veces es un rollazo.

—¿Cuando los demás se dan cuenta?

—Ahora quiere usted cambiar de tema, ¿no?

—Ya veo que eres aún más lista de lo que pensaba. —La señora Calzaslargas se inclinó para hablarle al oído, pero lo hizo en voz tan alta que Carl entendió cada una de las palabras.

—He sido profesora de primaria toda mi vida. Y, aunque ya no trabaje en una escuela, lo sigo siendo. Eso no se quita. —Se enderezó de nuevo.

—¿Como si la profesión se le hubiera quedado pegada?

—Dicho así, suena un poco desagradable —respondió la señora Calzaslargas con un mohín—. Es más bien como un anillo elegante que ya no pasa por los nudillos y no se puede sacar. En ocasiones sientes que está ahí, pero la mayoría de las veces no lo notas en absoluto. En cambio, los demás sí que lo ven.

Shasha se fijó sin querer en los dedos arrugados de la anciana, cargados de anillos. Al parecer, había impartido muchas asignaturas.

Mientras Carl entregaba su encargo, la niña tomaba notas. Solo cuando se pusieron de nuevo en camino volvió a decir algo. En voz muy baja, como si la señora Calzaslargas pudiera oírla a través de la puerta cerrada:

—Acabo de decir una mentira, no soy nada lista.

—Oh, vamos. Seguro que eres inteligente. Todo el mundo comete errores de vez en cuando, pero eso no te hace menos lista. Con los errores es cuando uno se vuelve inteligente de verdad.

—Pero yo me equivoco un montón. A lo mejor voy a tener que repetir curso.

—Entonces tendrás que estudiar más.

—Ya lo sé. Pero me da la sensación de que en mi cerebro no caben muchas cosas.

Se golpeó la frente con el puño hasta que Carl la sujetó con suavidad.

—Hay un truco muy sencillo.

—¿Me lo dices, por favor?

—Hay que leer más. La lectura vuelve el cerebro más flexible, y así cabe todo.

Shasha pensó en aquellas palabras, pero, lo mirase por donde lo mirase, no tenían ningún sentido. Había muchas cosas de aquel hombre y de sus clientes que no tenían sentido para ella. Y justo eso era lo que le gustaba. Todo lo que salía en la televisión para los niños de su edad estaba muy claro, y eso la aburría terriblemente. Como si el mundo no guardase ningún secreto por el que mereciera la pena ser adulta para poder desvelarlo.

En el siguiente recodo, se toparon con la catedral; desde allí se veía magnífica y espléndida, con su gran rosetón multicolor que mostraba a los doce apóstoles, y su torre y media que apuntaba hacia el cielo.

Carl se persignó, volviéndose hacia un lado para que Shasha no lo viera.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó la niña, a quien no se le había escapado el gesto. Él suspiró.

—Me persigno siempre que aparece ante mí el pórtico principal de la catedral.

—¿Lo haces por Dios?

—No, no es porque sea creyente. La fe se la dejo a los que la conocen mejor que yo. Es una muestra de respeto al libro más poderoso del mundo, que ha dado lugar a guerras y a perdones, a grandes injusticias y amor profundo. Si crees en el poder de la palabra, como es mi caso, no puedes sino quitarte el sombrero ante esa obra. Con reverencia. Y eso es justo lo que estoy haciendo. Hablando en sentido figurado, claro —dijo mientras se llevaba dos dedos al sombrero—, porque este no me lo quito jamás. Por razones de seguridad, se entiende.

—Qué raro eres.

—¿Quién es más raro? ¿El hombre raro o la chica que acompaña al hombre raro?

—¡Pues el hombre raro, claro!

Carl sonrió. Sabía que lo era, pero no se sentía así. Porque si eres raro durante mucho tiempo, al final la rareza se vuelve normal, aunque solo sea para uno mismo. Con eso le bastaba.

De repente, se dio cuenta de algo. Había modificado su ritmo. Los pasos con los que solía recorrer la ciudad vieja se habían acortado para que las piernas de Shasha pudieran seguir mejor el ritmo.

—¿A quién tenemos que visitar ahora? —preguntó la niña mientras apretaba las correas de la mochila.

—A Effi. Bueno, a la señora Cremmen.

La niña señaló un callejón oscuro en el que apenas entraba la luz del día. Era una reliquia de la Edad Media. Ni siquiera lo habían asfaltado, apenas asomaban unos cuantos adoquines aquí y allá en el suelo arcilloso pisado durante siglos.

—¡Esto es un superatajo!

—A veces un camino largo es mejor que uno corto.

—¿Por qué?

—Ya lo aprenderás —dijo Carl. Era lo que se solía decir a los niños cuando a uno no se le ocurría una buena respuesta, pero no se sintió bien con esa evasiva, por lo que decidió ser sincero—. Ese callejón me da miedo. ¡Seré viejo y tonto! No sé por qué, pero siempre me aparto con temor. Como un caballo cuando llega a una zanja.

Shasha se detuvo, sacó su gran álbum con alguna dificultad y escribió algo en él con un rotulador de purpurina del que colgaban cintas de plástico de colores. Solo lo usaba para Carl.

—¿Y ahora has escrito que soy un caballo?

—No.

—Entonces no hay problema.

—Solo que eres un miedica.

Sonrió. No lo habían llamado así desde la escuela y, de repente, volvió a sentirse como si estuviera frente a la barra fija del gimnasio, sin atreverse a subir. Él pensaba que los niños te hacían ver lo viejo que eras, pero quizá también te mostraban lo pequeño que seguías siendo.

Shasha se puso a dar saltitos alrededor de Carl y de *Perro*, que gruñó irritado.

—Ya sé quién era Effi Briest, por cierto.

—Es —respondió Carl.

—No, era. Vivió hace mucho tiempo. Y, además, en el libro se murió.

—Como personaje de novela, uno vive para siempre. Mientras alguien te lea, sigues viva.

—¡Entonces quiero estar en un libro!

—Tendrás que escribirlo tú misma.

—Bien. —Shasha se adelantó a la carrera—. ¡Yupi! ¡Voy a ser escritora de libros!

Carl no volvió a alcanzarla hasta que llegó entre jadeos a casa de Effi. Allí se la encontró sentada en el umbral.

—Sí que has tardado —dijo la niña.

—Porque he venido disfrutando del paseo. ¿Ya has llamado?

—No. —Shasha se levantó y pulsó el botón del timbre—. Te estaba esperando —le susurró a Carl, que se dio cuenta de que las carreras y los saltos de su acompañante se debían a lo impaciente que estaba por revelar la sorpresa que tenía preparada.

Aquello lo preocupó bastante, pero Effi abrió la puerta antes de que pudiera preguntar.

—Buenas tardes, señor Kollhoff. Hola, Shasha. Estaba tendiendo la ropa en el sótano, me alegro de haber oído el timbre.

—Su libro es, con mucho, el más pesado del día —dijo Carl. No lo decía como una queja, sino para alimentar un poco la expectación de la mujer.

Shasha no hizo ningún movimiento para entregar el libro, así que Carl se encogió de hombros y lo hizo él mismo. La niña ya estaba totalmente concentrada en lo que se avecinaba. Se había imaginado el momento con los mismos colores brillantes que había utilizado para elaborar su sorpresa. Se balanceaba sobre las puntas de los pies, porque saltar hubiera resultado inapropiado en ese momento.

—Es un volumen muy grueso —dijo Effi, que resopló al aceptar el paquete.

Carl sonrió.

—Con cada libro nuevo se debería recibir el tiempo necesario para leerlo con tranquilidad.

—Si pudiera traerme la próxima vez una bolsa llena de horas, se lo agradecería mucho.

Effi desenvolvió el libro de inmediato. Se trataba de *Los años errantes de la rosa de las sombras*. A Shasha le pareció aún más triste que el anterior volumen de la serie, como si el editor hubiera tratado de concentrar el máximo de tristeza en sus páginas, convirtiendo las lágrimas en papel. Con el corazón palpitante, la niña dio un paso adelante.

—Le he traído algo. No es una bolsa de tiempo, sino esto. —Dejó la mochila en el suelo torpemente y sacó una hoja de papel enrollada que había atado con un lazo rojo y dorado—. Para usted, señora Cremmen.

—Pero ¿esto qué es?

—Tiene que desenvolverlo. ¡No me voy a ir de la lengua!

Carl respiró hondo. Aquella chica era del todo impredecible. Parecía inocente, pero en su cabecita pasaban todo tipo de cosas que no eran para nada inofensivas.

—Un dibujo —dijo Effi y lo desenrolló—. Una rosa de sombra... —Su voz se quebró.

—Está creciendo junto a su casa, señora Cremmen, aunque no sé si se ve bien. En Dibujo me han puesto un aprobado raspado, pero es que la señorita Damian es muy dura. ¡Es una injusticia total!

Effi se había dado la vuelta, porque no quería que ninguno de los dos la viera llorar. En los últimos años se había acostumbrado a ocultar sus

verdaderos sentimientos hasta el punto de que ya era algo natural para ella. Con un gesto rápido, se limpió las lágrimas.

—Pasen, por favor, vamos a buscar un buen lugar para el dibujo.

Era la casa más alegre que uno pudiera imaginar. Había jarrones cargados de flores por todas partes, los cuadros representaban brotes en flor; parecía que toda la casa florecía. Era obvio que había sido construida para dos personas, como también era evidente que solo una de ellas había dejado su huella en el interior. Había un único libro sobre la mesa del salón, una sola taza de café en el fregadero, una única chaqueta colgada en el perchero. Y, aunque había muchos rincones bonitos en la casa para colocar el dibujo de Shasha, Effi lo pegó en el interior de la puerta de la cocina, donde solo se podía ver cuando esta estaba cerrada.

La mujer se lo agradeció muy efusiva y le regaló una tableta de chocolate blanco. El librero también recibió una, aunque no le gustaban los dulces. Cuando salieron, Shasha hizo muchas anotaciones en su álbum. Carl se inclinó hacia ella.

—¿Acaso tienes intención de entrar en todos los pisos y casas de mis clientes?

—¡Tengo que hacerlo para mi proyecto!

Y eso es lo que hizo a lo largo de los días siguientes.

A LA SEÑORA CALZASLARGAS le pidió que le corrigiera su redacción para la clase de Lengua (en la que había cometido muchos y hermosos errores a propósito; al Lector le dijo que se le habían roto las gafas, y que por eso él tenía que leerle el último capítulo de *Jim Botón y Lucas el maquinista* (Shasha había elegido ese libro porque salía mucho humo y, al fin y al cabo, el Lector les leía a las cigarreras). A la monja Amarilis le había pedido confesarse con ella (y le había contado una espeluznante historia sobre el robo de una bolsa de caramelos Werther, durante la cual a la mujer le resultó muy difícil no reírse a carcajadas). Con el doctor Fausto hicieron falta tres intentos, porque él desestimó todos los artefactos históricos que ella le traía, tachándolos de bártulos sin interés. Y eso que el reloj de pulsera estropeado de su padre era sin duda muy antiguo, al igual que la cacerola con motivos florales de la abuela Ingrid y la lata de biscotes, a la que la luz ya había blanqueado todo el color naranja. Sin embargo, el día que le llevó la lata, por fin la invitó a entrar para mostrarle una auténtica antigüedad: unas aburridas monedas romanas. Así, Shasha pudo completar la primera parte de su gran proyecto.

EL VIEJO BANCO de hierro fundido con listones de madera parecía haber sido construido para conversaciones importantes. Y, en efecto, allí había hablado mucha gente: charlas sinceras en las que las personas se escuchaban mutuamente e intentaban ponerse en el lugar del otro. El banco se encontraba en el cementerio municipal, en la parte antigua donde estaban las magníficas y grandes tumbas de tiempos pasados, algunas de las cuales se asemejaban a pequeñas capillas, otras a templos griegos y otras incluso parecían encerrar la oscuridad absoluta tras sus rejas. Quienquiera que yaciera allí llevaba mucho tiempo muerto, y los grandes robles, las zarzamoras rampantes e incluso las flores silvestres mecidas por el viento parecían querer decir que allí se yacía apaciblemente.

Era ese banco concreto el que Shasha había elegido para su conversación, y por eso había llevado a Carl hasta él.

—Tenemos que hablar —dijo en tono serio mientras se sentaba. Entonces abrió su álbum como si las páginas fueran de papel pesado y grueso—. ¡Aquí está todo!

Él cruzó las manos sobre el mango de madera de su paraguas.

—¿Lo que has ido anotando sobre mis clientes? —Shasha asintió con solemnidad.

—He estado pensando cosas inteligentes.

—Ese es el mejor tipo de pensamiento.

La niña respiró hondo, porque lo que quería decir debía anunciarlo con la voz llena.

—¡Tienes que llevarles a tus clientes otro tipo de libros!

Carl frunció el ceño. Y como ya tenía el ceño bastante arrugado de por sí, resultaba un fruncido de lo más impresionante.

—Pero si yo les llevo los libros que me piden.

—Pues te piden los libros equivocados.

—¿No sabrán ellos lo que quieren mejor que tú?

—¡Ja! —se rio la niña. Y otra vez—: ¡Ja! —Sonó parecido al grito de un indio que se lanzaba el ataque de una caravana—. A mí me gustaría comer helado todo el día, pero ¿acaso sería eso bueno para mí? ¡No!

—Pero los libros no son helados. No estropean el estómago.

—¡No me entiendes! —Shasha hubiera querido dar un pisotón, pero no llegaba al suelo.

—¿Así que, según tú, entrego libros que provocan dolor de barriga? —le preguntó Carl.

—¡Los libros son mucho mucho más peligrosos que los helados! Te estropean la cabeza. —Shasha no sabía qué hacer para que Carl lo entendiera mejor. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta? Aún conservaba bastante lucidez, para su edad. La niña golpeó con firmeza su álbum—. ¡Aquí está todo! Tus clientes te encargan libros, pero en realidad esto no va de libros.

—Ah, ¿no?

—¡Hay que fijarse mejor, librero! La gente sonrío cuando llegas, pero no al desenvolver los paquetes. Tú eres mucho más importante para ellos que los libros. Tal vez, en el fondo, incluso saben que esos libros no son buenos para ellos. ¿O acaso crees que Effi necesita más libros tristes? ¡Su vida ya es lo bastante triste!

—Es su vida. Y son sus libros.

—¿No hay ningún libro que haga feliz a todo el mundo? Como la Biblia, pero más emocionante.

Carl giró despacio el paraguas, como si estuviera aplicando tiza a un taco de billar.

—La Biblia es apasionante. Y mucho.

—¡Jolines! Ya entiendes lo que quiero decir. Un libro que le guste a todo el mundo.

El hombre se echó hacia atrás el sombrero, sentía que se le estaba recalentando la cabeza.

—No existe ningún libro así. Hace años yo también pensaba que debía haberlo y le regalé a todas mis personas queridas el mismo libro maravilloso para Navidad. A mí me había hecho feliz con cada línea y quería compartirlo con ellos. Pero muchos no lo leyeron, o no lo terminaron, o no les gustó. — Carl miró con tristeza a Shasha, pues le daba pena romper su hermoso sueño, una burbuja de jabón rojo-amarillo-azul con lunares—. No hay un solo libro que le guste a todo el mundo, ¿sabes? Y, si lo hubiera, sería un mal libro. No se le puede caer bien a todo el mundo, porque cada persona es distinta. Para ser amigo de todos, no tendrías que tener personalidad propia, ni aristas ni conflictos. Pero, incluso así, a muchos no les caerías bien, porque echarían de menos las «asperezas». ¿Lo entiendes? Cada persona necesita libros diferentes, porque lo que una persona ama con todo su corazón a otra la deja completamente indiferente.

Shasha sonrió con satisfacción.

—¡Entonces estamos de acuerdo! Le llevaremos a cada uno el libro que necesite. —Señaló una página de su álbum: en el cuadro destinado a la foto, había pintado a una mujer llorando que se suponía que representaba a Effi—.

Ella, por ejemplo, debería recibir libros felices. Así también los leería hasta el final.

—¿Cómo sabes que no termina los libros tristes?

—Siempre hojea los libros nada más desempaquetarlos, pero nunca hasta el final. Lo hace de forma automática. ¡Me he fijado muy bien! Por eso fui a su estantería y examiné los libros. Puede que no lo sepas, pero se abren solos en la página donde uno se quedó leyendo la última vez. Es muy práctico.

—¡Anda! Pues es bueno saberlo.

—Y cada uno de ellos se abría mucho antes del final, unas cincuenta páginas antes. Algunas seguían pegadas e incluso crujían un poco al abrirse. —Siguió pasando las hojas del álbum y clavó su dedo índice en otra—. Y la señora Calzaslargas es muy miedosa, debería leer libros valientes. Y...

—No.

—¿No?

—Sí. O sea, no. —Carl se puso de pie.

—Pero ¿por qué?

—No quiero tratar a nadie con condescendencia. Cuando uno compra un libro, es libre de elegir. Eso es lo maravilloso del asunto. En la vida casi todo nos viene dado, pero al menos tenemos la opción de decidir qué es lo que queremos leer.

Shasha también se levantó, desbordante de rabia.

—Pues lo tengo muy bien pensado. ¡A partir de ahora les llevarás los libros adecuados!

Carl negó con la cabeza.

—No, de ninguna manera.

—¡Okey! —exclamó la niña.

4

Grandes esperanzas

COMO SUCEDE CON una tormenta que se está fraguando sobre mares lejanos y que, sin embargo, terminará cayendo sin remedio sobre uno, Carl no tenía ni idea de lo que le esperaba. En parte se debía al hecho de que su conocimiento de lenguas extranjeras incluía el inglés y el francés; también el latín e incluso algo de griego antiguo, pero no el complejo idioma de la juventud. Él no conocía los múltiples significados de «okey». Cuando Shasha dijo aquella palabra, él entendió: «Muy bien, entonces no todos van a recibir el libro que deberían leer». Pero en realidad significaba: «Por lo que a mí respecta, tú puedes verlo así, pero yo lo veo de otra manera totalmente distinta, y, además, de todas formas, voy a hacer lo que me dé la gana». La palabra *okey* era mucho más grande por dentro que por fuera.

Lo que a Carl no se le escapó al día siguiente fue que la mochila de Shasha había aumentado su volumen de forma considerable. Las correas se le clavaban en el abrigo amarillo y la niña caminaba más erguida que de costumbre a causa del peso.

—¿No quieres dejar las cosas del colegio en casa? Te espero aquí —dijo Carl.

—No, estoy bien.

—¿O prefieres que te lleve algo?

—¡Claro que no! —Buscó una buena razón para que Carl dejara de preguntar—. Tú ya eres viejito. Si acaso, ¡soy yo la que tendría que llevarte los libros a ti!

Luego la niña quiso saber a quiénes iban a entregar libros ese día y en qué orden. Nunca le había preguntado eso antes, pero a él tampoco le extrañó.

El primer cliente era *mister* Darcy, que en aquella ocasión los condujo al jardín porque había estado lloviendo. Como era alérgico a muchos tipos de polen, solo podía salir al exterior durante unas horas después de la lluvia. No había nadie en toda la ciudad que anhelara más un chaparrón que él; cada gota de lluvia era libertad líquida.

Respiró una honda bocanada del aire recién lavado y les mostró el reloj de flores. Seguía el diseño de Carlos Linneo, de forma que se podía leer la hora según las flores que estuvieran abiertas en cada momento. La margarita de Livingston, por ejemplo, florecía de doce de la mañana a cinco de la tarde; la silene noctiflora, de siete a ocho de la tarde, y el salsifí era el más madrugador, de tres de la madrugada a doce de la mañana. Pero también había plantas muy precisas, como la genciana, que abría sus brotes a las nueve de la mañana, o la falangera, a las seis de la madrugada. Con el paso de los meses, Darcy iba renovando las plantas en los parterres, ya que algunas solo florecían durante unas pocas semanas al año.

Junto al reloj floral había un hermoso sillón de mimbre que no parecía haber sido tejido por manos humanas; daba la sensación de haber brotado de la fértil tierra del jardín con una forma que prometía la máxima comodidad.

—Qué hermoso lugar para la lectura tiene usted aquí.

—No es mío, hasta ahora nadie se ha sentado en él.

Carl se acercó al sillón y pasó las yemas de los dedos por la superficie lisa y brillante.

—Entonces, ¿es una obra de arte?

—No, es un deseo, quizá un sueño. Para mí no hay nada más hermoso, y, por favor, no se rían, pero creo que no hay nada más hermoso que una mujer leyendo. Cuando se sumerge en un libro y se olvida de todo lo que la rodea, porque en realidad está en otro lugar completamente distinto. El movimiento de sus pupilas, la respiración profunda durante una escena de especial dramatismo o su sonrisa cuando ocurre algo gracioso. Me encantaría tener a mi lado a una mujer a la que pudiera mirar todo el día mientras lee. —Darcy no pudo evitar reírse de sí mismo—. Sería como leer con ella un libro cuyo idioma no entiendo. En mi época de universidad, había una compañera que siempre leía cerca de mí. Por desgracia, no mostraba el más mínimo interés por mi persona.

A Carl le hubiera gustado saber más sobre aquella compañera en particular y también sobre el reloj de flores, pero había más libros que repartir. Shasha estaba muy callada, intranquila, poniéndose de puntillas todo el tiempo. En realidad, quería seguir la ruta desde el mismo momento en que habían tocado el timbre.

Darcy se sintió un poco molesto por el desinterés de la niña y los acompañó a la puerta en lugar de esperar con ellos a que se abrieran las próximas flores, como había previsto.

Después de salir de la casa, Shasha caminó unos momentos en silencio. Aunque tenía preparadas todas las palabras en la boca, esperó hasta que estuvieron lo bastante lejos de la mansión para pronunciarlas.

—Se me ha olvidado una cosa. Tengo que volver. Sigue tú, ahora te alcanzo.

La niña echó a correr. Y Carl continuó su camino.

Shasha llamó al timbre de Darcy, que abrió la puerta, sorprendido.

—¿Ha pasado algo?

—A Carl se le olvidó regalarle este libro. Es que hoy es su cumpleaños.

—¿No debería darle un regalo yo a él, entonces?

—Es un cumpleaños redondo. Y del lugar de donde viene él, el que cumple años es el que hace los regalos.

—¿Y de dónde viene?

—De Panamá —respondió, porque una vez había leído en un libro que en aquel país se pasaban el día entero paseando—. ¡Me tengo que ir!

Mientras regresaba sin aliento, pensó que su plan estaba saliendo de maravilla. Y qué bien que la mochila pesara ahora un poco menos.

Cuando llegaron a la casa de Effi, se la encontraron sentada junto a la ventana. Era la primera vez que Carl la veía allí, con la cabeza entre las páginas de un libro. No pudo evitar pensar en el deseo de Darcy, pero aquella mujer no encajaba en su imagen soñada. No había nada hermoso en su lectura. Sostenía el pesado libro frente a su cara como un escudo. Por supuesto, un libro se podía arrancar de las manos sin más, pero la persona que leía estaba protegida de una forma especial, como si se dedicara a una actividad sagrada.

La habitación se encontraba sumida en la penumbra, pero en ese momento se adelantó una sombra que se dirigió hacia ella. El hombre era mayor que Effi, de complexión atlética, con el pelo blanco rasurado muy corto y los rasgos curtidos y angulosos. Parecía un soldado, y Carl se estremeció por lo mucho que encajaba el nombre que había elegido para Andrea Cremmen.

—Toca el timbre, rápido —le dijo a Shasha, que enseguida echó a correr y pulsó el botón situado junto a la placa dorada.

Carl la siguió, nervioso, sin apartar la vista de la ventana. Esperaba que Effi se levantara. Que el libro que llevaba en la mochila para ella le sirviera para protegerla del fuego enemigo y le despejara el camino hacia la puerta.

Pero, en lugar de levantarse, su cabeza se hundió aún más entre las páginas.

La puerta se abrió de golpe. Unos ojos azules como el acero lo recorrieron de arriba abajo. Aquella mirada fue como un reproche por perturbar la paz.

—Buenas tardes, vengo de la librería A las puertas y tengo una entrega para la señora Cremmen.

—¿Dónde hay que firmar?

—También tendría que decirle unas palabras a ella al respecto.

—No se encuentra en casa.

Silencio. Entonces habló Shasha.

—¡Pero si está sentada frente a la ventana! La veo perfectamente. Allí. — Señaló como si tuviera que demostrar su afirmación.

—No está. Vuelva mañana.

El hombre cerró de un portazo.

Effi levantó la vista. Carl pudo ver por primera vez su mejilla izquierda, roja e hinchada.

—Vuelve a tocar el timbre —exigió Shasha.

—No —respondió Carl—. Eso podría empeorar aún más las cosas.

La niña tocó el timbre.

—¡O mejorarlas!

Se oyó un grito en el interior y Effi se levantó.

Abrió la puerta solo un poco. Una ranura del ancho de un libro. Y solo mostró el lado intacto de la cara.

—Lo siento, estoy enferma y no puedo...

—¿Te ha pegado ese hombre? —preguntó Shasha—. ¿Llamamos a la policía?

—¡No! —respondió apurada—. Tengo que volver con él.

—Tome, su libro —dijo Carl—. Volveremos. Ojalá le vaya bien. Si quiere hablar con alguien, aquí tiene mi número. —Lo escribió a toda prisa en un marcapáginas y se lo pasó por la rendija.

Entonces, el mundo de Effi volvió a cerrarse.

Se quedó de nuevo sola con su marido, Matthias, del que se había enamorado perdidamente años atrás. Ocurrió cuando ella estaba de guardia en la sala de urgencias y él llegó con heridas y fracturas menores. Su lenguaje corporal ponía de manifiesto que era un arco tenso y listo para soltar la flecha; en sus ojos se veía que era capaz de detectar los puntos débiles en la defensa del rival. Todo el mundo se daba cuenta de que algo no cuadraba en aquel hombre de impecable traje azul oscuro. Ella también, pero quería saber qué era.

En la sala de reconocimiento número tres, Matthias le contó que tres chicos le habían dado una paliza y que se habían burlado de él por leer un libro en el parque. No había tenido ninguna posibilidad contra ellos. Fue entonces cuando la semilla del amor quedó plantada en Effi. Ella había elegido a Matthias porque pensaba que un hombre que leía debía tener un corazón sensible. Y no importaba qué otras cosas no cuadraran, eso sería suficiente para cambiarlo. Para salvarlo.

Pero nunca le había preguntado de qué libro se trataba. El título sensacionalista, impreso en grandes letras en la portada, decía: *¡Cómo ganar todas las peleas!* Los tres jóvenes lo habían visto, se sintieron incitados e hicieron comentarios despectivos sobre Matthias, que se abalanzó sobre ellos y los atacó. Aunque había perdido la pelea enseguida, se sintió tan bien que buscó repetir la experiencia, y se aficionó a asistir a los partidos del equipo de fútbol de la ciudad los fines de semana. No por el juego, sino por la lucha posterior. Con cada puñetazo que lanzaba y con cada golpe que recibía se sentía vivo. Hasta tal punto que aquello se convirtió en una adicción. Y, en algún momento, la terminó ejerciendo también entre las cuatro paredes de su casa. Seguía amando a su mujer, pero le gustaba aún más golpearla.

Ella nunca perdió la esperanza de que el hombre sensible que leía en el banco del parque terminara por darse cuenta de qué era lo que no cuadraba. Y pensó que, cuanto más lo amara y cuidara de él, cuanto más bonita y ordenada tuviera la casa, más probable sería que aquello sucediera. Pero, por muy bien que lo hiciera todo, él siempre encontraba algún fallo que le daba la excusa perfecta para golpearla. No le gustaba hacerlo, decía, pero es que ella se lo merecía. No había otro camino que el castigo. Y la tragedia era que Matthias no veía otra manera.

Para Carl no era ningún consuelo saber que Effi tenía un nuevo libro para hacerle compañía.

—¡No hemos hecho bastante! —dijo Shasha—. Tenemos que ayudarla más.

—Tienes razón. Tendríamos que pensar qué libro podría ayudarla.

Al no saber qué responder, Shasha guardó silencio. Cuando doblaron la siguiente esquina, se dio cuenta de que había vuelto a olvidar algo. Carl empezó a preguntarse si los niños eran tan olvidadizos como los ancianos. Él no se acordaba de cómo era en la infancia.

Sin embargo, como la niña también había olvidado algo al salir de casa de la señora Calzaslargas (cuyo hallazgo del día había sido «Le lanzó una mirada de solayo»), Carl la siguió con discreción. De repente apareció *Perro*, que

recibió una pequeña golosina de su vieja lata de pastillas, y juntos observaron cómo la niña le entregaba a la anciana un libro envuelto en papel de regalo de vivos colores. Tras desenvolverlo, la señora Calzaslargas le dio un abrazo cariñoso, desapareció brevemente y regresó para entregarle a Shasha una tableta de chocolate.

A Carl le habría encantado ver el título del libro, pero no quería acercarse ni colocar a su pequeña amiga en una situación embarazosa. Esperaba contar con una ocasión más propicia si la niña volvía a olvidarse de algo con el último cliente.

SHASHA REGRESÓ BRINCANDO, se quitó la mochila y la hizo girar a su alrededor como si fuera su pareja de baile. *Perro* la miraba confundido, con la cola estirada, y Carl le dio otra ración de la lata para calmarlo. Al fin y al cabo, también eran tiempos extraños para *Perro*.

El Lector quedó muy satisfecho con la nueva traducción de *Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes.

—Lees mucho —le dijo Shasha.

—Todos los días durante ocho horas en la fábrica, y luego también en casa, porque tengo que elegir nuevos libros para leérselos a las cigarreras.

—¿Así que sabes mucho de libros?

—¡Oh! Por muchos libros que leas, siempre hay más que no has leído. Eso es lo triste. Si te gusta la lectura, nunca tienes bastante, siempre deseas leer todos los libros buenos.

—¿Y por qué no escribes uno tú mismo? Ahora que ya sabes distinguir si un libro es bueno o no.

El Lector se quedó boquiabierto.

Carl se sorprendió de que Shasha no le hubiera hecho esa pregunta a él. Quizá la niña pensaba que la gente que reparte libros no los escribe. Al igual que los repartidores de paquetes no hacen los paquetes, sino que se limitan a entregarlos.

El Lector miró a Carl.

—Tienes una compañera realmente extraordinaria.

—No es la primera vez que lo pienso —respondió Carl. En realidad, lo pensaba todo el tiempo.

—De hecho, resulta que sí he escrito un libro. He tardado diez años.

Perro acarició las piernas del Lector y Carl tuvo la impresión de que el gato quería calmarlo, porque se le veía muy nervioso.

—¿De qué trata el libro? —preguntó Shasha—. ¿Es sobre ti?

El hombre sonrió.

—No, trata de un sordomudo que quiere aprender a bailar tango. Como todas las escuelas de baile lo rechazan, decide poner un anuncio en el periódico. Entonces se presenta una mujer que está dispuesta a enseñarle. Colocan los bafles en el suelo y bailan descalzos para que él pueda sentir las vibraciones a través de la planta de los pies. Se enamoran, pero entonces el hombre descubre que su maestra también es sordomuda. Se siente engañado y profundamente traicionado, porque ella tampoco oye la música, así que la deja.

—Qué historia tan idiota —dijo Shasha—. Bueno, me refiero al final. Tienen que besarse.

—Se besan, pero no al final.

—¡Pero eso es lo más importante! El beso tiene que ser al final. El de antes no cuenta, en realidad.

—¿Sabes? —dijo el Lector—, en la vida también suele ocurrir que hay un momento en que se besan y después ya no. La diferencia entre una novela con final feliz y otra sin él es simplemente el momento en que se deja de contar la historia.

—No entiendes lo que quiero decir. A nadie le gustan las historias tristes. —En cuanto lo dijo, se dio cuenta de que no era cierto y pensó en Effi—. Bueno, siempre que sean personas normales y felices. ¿Ha comprado mucha gente tu libro?

—Todavía no, porque nunca se lo he enseñado a nadie.

—¿Tampoco lo has leído nunca en voz alta? ¿En tu trabajo? ¿A los trabajadores de la fábrica de puros?

—No sería capaz de leerles ni una palabra de él.

—¿Por qué?

—Porque es muy probable que sea malísimo.

—Dáselo al paseador de libros, él sabe mucho de libros. —Señaló a Carl—. Él te dirá si es bueno o malo. Pero ya te digo yo que ese final es estúpido.

De repente, Shasha tuvo la impresión de que el Lector no movía ni un músculo. Se había quedado paralizado por completo. Aunque sospechaba que se le estaban pasando muchas cosas por la cabeza.

—No puedo pedirle eso —le susurró a Shasha, aunque por supuesto sabía que Carl lo había oído todo.

—Claro que puedes. Él lo hará con gusto. Es muy simpático. Y, además, como se pasa el día leyendo, pues puede leer tu libro también.

—Señor Kollhoff, me resulta muy incómodo haberle puesto en un apuro semejante. No querría que se sintiera obligado. Seguro que se lo piden todo el tiempo.

A Carl casi nunca le pedían algo así, de lo cual se alegraba. Porque, si un texto era malo, ¿cómo decírselo al cliente sin herirlo?

—Lo vas a hacer, ¿no? —le preguntó Shasha. En su pregunta no asomaba la menor sombra de duda. Carl vaciló un momento y miró sus brillantes ojos azules. No podía decepcionarla.

—Por supuesto, será un placer.

—¡Ahora mismo se lo traigo! —dijo el Lector, que desapareció y regresó con el manuscrito metido en una caja de zapatos—. Y, por favor, sea sincero. Brutalmente sincero. Solo así me servirá de ayuda. —Tragó saliva. Shasha no sabía qué se había tragado, pero tenía que ser algo grande—. Tómese su tiempo, léalo con calma.

—Será un placer y un honor para mí.

—Eso está por ver.

El Lector sonrió angustiado. Había anhelado y temido tanto aquel momento... Su novela había salido por fin al mundo. Es verdad que solo era un pequeño paso, se dirigía a una sola persona, pero sus palabras harían aquello para lo que habían sido escritas: ser leídas.

Aunque temía que pudieran romperse en el proceso.

El Lector no sabía qué más decir.

—Bueno, pues...

—¡Adiós! —dijo Shasha—. Tenemos que volver al trabajo.

—Sí, por supuesto, no quiero entreteneros. Hasta pronto. Después de todo, el siguiente libro ya lo he encargado por teléfono.

Se despidieron y, de nuevo, Shasha comentó que había olvidado algo.

—Te acompaño —dijo Carl—. Sin ti me aburro mucho.

—No tardaré, no te va a dar tiempo a aburrirte.

—Voy contigo de todos modos, me vendrá bien pasear un poco más.

Carl disfrutó viendo cómo Shasha se mordía el labio inferior, aunque se avergonzó de ello en aquel mismo momento.

La niña se dio una palmada teatral en la frente.

—No se me ha olvidado nada, qué tonta soy.

—¿Estás segura?

—¡Claro!

—¿Quieres llevarle uno de tus libros de todos modos?

Shasha dio un pisotón, enfadada.

—¡Jo! Lo has sabido todo el tiempo.
—Solo desde casa de Effi.
—¡Me has estado espiando!
—Y tú estás compitiendo conmigo.
—No es competir. Yo no vendo mis libros, los regalo.
—¿Son los libros que, según tú, cada uno de ellos debería leer?
—Sí, los harán felices. Tú no querías, así que tuve que gastar todos mis ahorros.
—¿Qué libros eran?
—Darcy solo lee cosas para pensar y yo creo que, para variar, debería hacer algo, o sea, con las manos. Así que le he regalado un libro sobre la industria de la madera, porque tiene de sobra en su jardín.
—Una elección obvia. ¿Y la señora Calzaslargas?
—Le encanta encontrar errores. Cuantos más errores caza, más feliz es.
—Me muero de ganas de saber qué libro le has regalado...
—Pues uno en el que siempre hay dos fotos iguales, una junto a la otra, pero hay diez errores escondidos en una de ellas. Se llama...
—*¡Encuentra el error!* —Sin embargo, ese no era el tipo de fallo que los viejos y cansados profesores de Lengua encontraban a la primera—. Sin duda, la mantendrá ocupada durante mucho tiempo. ¿Y a Effi?
—Algo para reírse. *Los mejores chistes de Fips Asmussen.*
Carl no creía que Effi fuera a leer más de una página del libro de chistes. Pero regalar libros siempre era un gesto de cariño, y suponían un elogio al intelecto y al gusto del destinatario, incluso en caso de que no los leyeran. La carrera de muchos autores se ha forjado por las veces que se han regalado sus libros, aunque luego se quedasen sin leer. Eran un signo de clase y elegancia, quedaban bien en la estantería y hacían juego con ese grabado de Dalí con marco dorado de un elefante muy alto.
—Pero se lo dejé en el buzón. No quería volver a tocar el timbre.
Carl miró hacia la casa del Lector.
—¿Y a él qué quieres llevarle?
—¡Me costó muchísimo encontrar algo! No tenía ni idea de qué lo hace feliz, porque no sé qué es lo que lo pone triste.
—¿Pero le has traído un libro?
Shasha asintió y sacó de su mochila el volumen envuelto.
—De un tal Alfred, un libro sobre palabras nuevas.
—Alfred Heberth: *Palabras nuevas. Neologismos en la lengua alemana desde 1945.* Una elección sorprendente.

—Pensé que probablemente disfrutaría leyendo palabras de las que nunca había oído hablar. Como, por ejemplo, *requetechipirifláutico*.

—Esa palabra ni siquiera existe.

—Por eso es tan divertido decirlo: *requetechipirifláutico*.

—¿Qué tal *superrecontranarizotas*?

Ella lo miró con ironía.

—¡Anda! ¡Si hasta eres gracioso!

—Solo por accidente —respondió Carl.

—Puedes confesar que eres gracioso. No es nada malo.

—Estoy seguro de que ese libro no se te ocurrió a ti sola. ¿Quién te lo recomendó?

—El hombre viejo de la librería, esa que se llama Moses. Es incluso más viejo que tú y su piel está arrugada por todas partes, como cuando se enrolla mi sábana bajera.

Hans era un hombre maravilloso y de buen corazón. Sentado entre pilas de libros, a Carl le recordaba a una tortuga que estira muy despacio la cabeza hacia adelante. Sin embargo, no leía. Le había tocado hacerse cargo del negocio de su madre y su forma de rebelarse había sido negarse a leer a Goethe, Schiller, Fontane, Dürrenmatt o Tolstói. En vez de leer a los clásicos, se entretenía con novelas de vaqueros como *Lassiter: el hombre más duro del Oeste*. Aunque conocía los nombres de los autores más importantes y sus obras, y también los géneros que escribían, no los leía. La lectora era su esposa, que había muerto a principios de año. Ahora era una librería de viejo sin lector propio.

—Le dije que solo tenía dinero para libros baratos, unos pocos céntimos por ejemplar. Pero no fue ningún problema.

—¿Y has encontrado algo para cada uno?

—Claro. Bueno, él fue quien los encontró. Y muy rápido, además. Junto al mostrador tenía una caja con los libros adecuados.

Allí guardaba Hans todas las obras que ya no podía vender y que, por tanto, regalaba a sus buenos clientes para hacer sitio a otras nuevas. Sin duda, el hombre no había encontrado libros adecuados allí; como mucho, un par.

—Llévale al Lector su libro, le hará ilusión.

—¿Y tú qué vas a hacer mientras?

—Me quedaré aquí pensando.

—¿Sobre qué? —Shasha había aprendido que nunca era bueno que los adultos se pusieran a pensar sin decir antes sobre qué.

—Si no puedes detener el plan de una niña terca, debes lograr que salga lo mejor posible.

—¡Sobre eso puedes pensar todo lo que quieras!

ERAN LAS NUEVE de la noche cuando sonó el teléfono de Carl, cosa que no encajaba en absoluto en su horario. El timbrado le hizo dar un respingo; en ese momento se encontraba en el continente africano, releendo la novela autobiográfica de Karen Blixen. Ya había leído *Memorias de África* hacía veinticinco años, pero tenía por costumbre retomar cada lectura un cuarto de siglo más tarde para comprobar si tenía algo nuevo que contarle.

Colocó entre las páginas un viejo recibo de la panadería a modo de marcapáginas y dejó a un lado el viejo ejemplar con delicadeza. Antes de coger el teléfono, revisó su ropa y se enderezó el cuello de la camisa.

—Kollhoff, buenas noches.

—¿Es usted Carl Kollhoff?

—Sí, al aparato.

—Le llamo de la residencia de ancianos La Catedral. Gustav Gruber desea verle.

—Pero hoy es sábado y él nunca quiere visitas los sábados.

—No se encuentra nada bien. Será mejor que se dé prisa.

Carl recorrió tan rápido las calles oscuras que llegó sin aliento. Por el camino se preguntó si debía llevarle algo a Gustav, pero luego pensó que, cuando alguien se marcha para siempre, debe dejar todo atrás, incluso lo que acaba de recibir. De todas formas, compró un ramo de tulipanes de colores en una gasolinera. A su amigo le gustaban aquellas flores porque amaba Ámsterdam. Lo hacía feliz contemplarlos. Es cierto que la felicidad tampoco puede uno llevársela, pero nunca está de más. Y quizá en los últimos momentos fuese más importante que nunca.

Una vez en la residencia, Carl no esperó al ascensor, sino que subió por las escaleras. Llamó a la puerta y, sin aguardar a que le dieran permiso para pasar, la abrió.

Y se encontró con Sabine Gruber.

La respiración de Gustav, en la cama, era débil y superficial.

—Ahora no puede verlo —dijo Sabine Gruber, que le puso la mano contra el pecho y lo empujó hacia fuera. Quería tener al menos esos últimos momentos con su padre para ella sola—. No se permite ninguna visita —siguió—. Necesita descansar.

Salió del cuarto y cerró la puerta a su espalda.

—¿Cómo está Gustav?

—La verdad, no tengo tiempo para hablar con usted ahora.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No, no lo puede ayudar.

—Me refiero también a si puedo hacer algo por usted. ¿Le traigo algo de beber o de comer? Tal vez no le vendría mal un tentempié.

—Señor Kollhoff, me las arreglo muy bien sin usted.

Aquellas fueron sus últimas palabras. Sabine entró en la habitación y lo dejó allí plantado.

Carl no quería dejar solo a su antiguo jefe. Irse en aquel momento habría sido como dar la espalda a alguien que se está ahogando. Se sentó, pero volvió a levantarse de inmediato. Sentarse era una rendición. En vez de eso, se puso a pasear por los pasillos, que olían a desinfectante de vinagre y eran tan iguales entre sí que parecían formar un gran laberinto del que era imposible escapar.

Entonces apareció ante él de repente una estantería con libros. Aquella pequeña biblioteca estaba integrada por muchas obras tan destartadas que no se venderían ni en un mercadillo. Un verdadero hospicio de libros. La mirada de Carl sobrevoló sobre los lomos, sobre los nombres de los autores y los títulos. Al principio no sabía lo que buscaba, pero, cuanto más tiempo pasaba sin encontrar nada, más claro lo veía.

Por fin encontró *Emilio y los detectives*, de Erich Kästner. Seguro que Gustav lo había leído de niño. Lo tomó y se sentó con él en una silla delante de la habitación de su amigo.

Comenzó a leer.

El mensaje no sería capaz de llegar hasta Gustav a través de las paredes, pero de todas formas leyó en voz alta. Sabía que las palabras no poseían la magia necesaria para curarlo. Sabía que él no era Merlín, ni Djedi, ni Circe, solo Carl Kollhoff, con su voz quebradiza, que echaba de menos a su mejor amigo.

Leyó sobre Emilio Tischbein, a quien el señor Grundeis había robado ciento cuarenta marcos en el tren, sobre Gustav y su bocina, sobre su prima Pony y sobre el servicio de espionaje de los niños, con el santo y seña «Emilio».

Carl no miraba las manecillas de su reloj de pulsera, leía sin pausa, como si interrumpir el hilo de las palabras implicara soltar el hilo de la vida de Gustav.

De repente, una enfermera pasó corriendo por delante de él hacia la habitación de su amigo, seguida de otras personas con bata blanca. Como una bandada de pájaros perseguida por un ave de rapiña.

Carl leyó más alto y más rápido, expulsando las palabras del libro. Sus dedos lo sujetaban con tanta fuerza que deformaron la dura cubierta.

Entonces, la bandada de pájaros blancos volvió a salir de la habitación, a paso lento y con la mirada clavada en el suelo.

Cuando ya no pasó nadie más, Carl cerró el libro muy despacio, lo colocó con delicadeza en el suelo junto a la puerta de Gustav y salió del edificio, ahora deshabitado para él.

LA VIEJA CAMPANILLA de cobre que anunciaba la entrada de los clientes a la librería A las puertas tenía una melodía alegre, en tono mayor. Pero al día siguiente, cuando Carl atravesó el umbral, el repiqueteo resonó en sus oídos en un triste tono menor.

En la entrada habían instalado un caballete con una gran foto enmarcada y un crespón negro en señal de luto. En ella se veía a Gustav el día de su jubilación, en la ceremonia de despedida que Sabine le había organizado. Sujetaba un gran ramo de flores tras el que apenas se le veía, y su sonrisa parecía un eco perezoso al lado de la imagen resplandeciente de su hija. Para entonces ya no era el mismo de siempre, había empezado a convertirse en una sombra.

Frente al caballete había una mesita con mantel de jacquard blanco y, sobre ella, un libro de condolencias. Con dedos temblorosos, Carl hojeó las gruesas páginas. Los clientes habían pintado corazones y habían escrito mensajes para expresar su tristeza y añoranza. Muchos habían compartido sus recuerdos de Gustav, y algunos nombraban los libros que les había recomendado y lo que significaban para ellos.

Una pluma de caligrafía negra mate yacía a su lado, como llamando a la acción.

Como lector, siempre sabía cuándo las palabras eran las adecuadas, pero a la hora de escribir era incapaz de encontrarlas. Y para su amigo tenían que ser perfectas. Darle a un hombre de letras las palabras equivocadas sería como ofrecerle a un cocinero su propia receta mal cocinada.

Sabine estaba detrás del mostrador con un vestido de tubo negro, mirando la pantalla del ordenador y tecleando, con el pelo ocultándole la cara. Carl se acercó a ella.

—Mi más sentido pésame por... su pérdida. —Le costó mucho más que de costumbre tratarla de usted.

—Gracias —respondió ella sin levantar la vista—. Tenemos que hablar.

—Ya sabes que siempre que necesites hablar estaré aquí. O un hombro en el que apoyarte.

Ella levantó la vista, pero no lo miró a los ojos. Parecía fijarse en un punto intermedio de su frente.

—Señor Kollhoff, no me refiero a mi padre. Se trata de la librería.

El mundo de Carl estaba tan lleno de tristeza que fue incapaz de notar el tono afilado de Sabine.

—También en todo lo que respecta a la librería, estoy a su disposición.

—En vida de mi padre no puse en práctica muchas de mis ideas porque a él no le habrían gustado. Pero seguro que comprenderá que no quiera demorarme más en llevar a cabo los cambios necesarios para la supervivencia de nuestro establecimiento.

La frase sonó como si la hubiera escrito de antemano y la hubiera practicado varias veces.

—Sí, claro —respondió Carl, que todavía no tenía ni idea de qué se trataba.

—Vamos a suspender su servicio de reparto. A partir de ahora, los libros encargados se recogerán en la librería, o bien nuestro distribuidor se los enviará al cliente. Por favor, infórmelos usted en la ronda de hoy, que será la última. Si hoy no tiene previsto visitar a alguno de sus clientes, ya informaremos por escrito a la persona en cuestión.

—¿Es por mis honorarios? A partir de ahora no cobraré nada.

—Señor Kollhoff, no es solo el dinero. Ya le he explicado con detalle las molestias adicionales.

—Pero la mayoría de los clientes me hacen sus pedidos a mí, y yo mismo los introduzco en el sistema.

—No estoy dispuesta a discutir los procedimientos internos con usted. Esta es mi librería y esta es mi última palabra. —Sabine continuó escribiendo en el teclado—. Se trata de una decisión racional tomada por motivos comerciales, nada más. Por favor, no lo convierta en un asunto más grande de lo que es. Y aproveche sus tardes libres para hacer cosas agradables.

Carl se limitó a quedarse allí parado. En un primer momento, ni siquiera pensó nada. Solo cuando se dio cuenta de que se había olvidado de respirar, empezó a pensar de nuevo y a llenar sus pulmones de aire. ¿Aprovechar las

tardes libres para cosas agradables? ¡Pero si para él no había nada más agradable que llevarle libros a otras personas!

—Pues compraré los libros aquí, como cliente, y luego los entregaré, así no será un incordio para usted.

—En ese caso, no le cubriría ningún seguro durante las entregas.

—Ese riesgo corre de mi cuenta.

—Señor Kollhoff, este es exactamente el tipo de discusión que quería evitar.

—Pero...

—Seguiría pareciendo un servicio oficial de nuestra librería. Y si usted mostrara algún tipo de mala conducta hacia el cliente, al final terminaría manchando nuestra reputación. Y ahora tengo cosas bastante más importantes que hacer que continuar con esta conversación. ¡Y todos vosotros, por favor, volved al trabajo ahora mismo!

Carl no se había dado cuenta de que los tres empleados de la librería y el estudiante en prácticas, Leon, se habían acercado y estaban a su alrededor.

—El señor Kollhoff nunca ha tratado mal a ningún cliente —dijo Vanessa Eichendorff, a quien Carl le había enseñado el oficio hacía años. Había logrado animarla a superar los difíciles primeros días y a no rendirse.

—Nunca ha habido ni una sola queja —subrayó Julia Berner, a quien Carl había dado treinta marcos en su primer día en el puesto para cuadrar un error en las cuentas.

—Los únicos comentarios que recibimos al respecto son de agradecimiento, por lo mucho que cuidamos a los clientes —añadió Jochen Giesing. En su día, Carl le había conseguido a su hija Lily unas prácticas de estudiante en la panadería donde compraba *croissants* por las mañanas.

Carl consideraba al panadero su amigo porque llevaba veintisiete años comprando en su negocio, y el intercambio de productos recién horneados por monedas brillantes los unía de manera especial.

Leon sintió que también debía decir algo.

—Gracias a Kollhoff, toda mi familia lleva años comprando los libros aquí. Incluso un montón de ellos que ni siquiera he abierto.

Las pupilas de Sabine Gruber se contrajeron nerviosamente, en el cuello se notaba el pulso agitado, y su mano no dejaba de mover de izquierda a derecha un bolígrafo que, en realidad, había estado bien colocado desde el principio a la izquierda. Aquel día quería trazar una línea de una vez por todas. Ya había retirado del despacho todo lo que le recordaba a su padre: una foto de Gustav con un joven Günter Grass, futuro ganador del Nobel; el

galardón de la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento como agradecimiento por organizar tantas lecturas en la librería, e incluso el torpe retrato que la propia Sabine le había pintado en la época de la guardería. No quería tener cerca nada que le recordara a él porque le dolía. Y nada le traía tantos recuerdos como Carl Kollhoff, a quien su padre habría cedido gustoso la librería si la tradición familiar no hubiera exigido otra cosa.

En aquel momento, al mirar a los ojos de los trabajadores, comprendió que ellos no deseaban desprenderse de su padre aún y que Carl representaba, también para ellos, la última conexión con él que les quedaba.

Probablemente no fuera el mejor día para cortar ese último lazo.

Pero sí era el momento de mostrarles a todos que tenía preparadas las tijeras.

—Bien... Lo dejaremos así. Por ahora —dijo. Era una amenaza que todos entendieron.

Carl envolvió los libros en silencio. El plegado de los bordes del papel, el suave desgarro de la cinta adhesiva, el sonido rasposo de la estraza al rozar un paquete con otro cuando los introducía en la mochila... La repetición de cada gesto rutinario fue calmando su respiración, pero no su corazón. Estaba en libertad condicional, un solo error lo llevaría al destierro.

También empaquetó los libros que quería regalarle a sus clientes para hacerlos felices, según había planeado Shasha. ¿Qué libro elegiría para sí mismo cuando fuera despedido? Con toda probabilidad, el ordenador de Sabine le recomendaría uno con aficiones adecuadas para hombres de su edad: plantar un arriate alto en la terraza, cocinar con dos ingredientes, tejer un gorro de invierno, pintar con seda, tal vez estudiar en un programa para mayores.

Todas esas cosas podrían alegrar a la gente, siempre que no acabaran de perder el trabajo que les había hecho felices durante décadas. Cualquier otra ocupación sería tan solo un sustituto y tendría un sabor tan amargo como el del café de achicoria para los que están acostumbrados a los granos auténticos.

Ni siquiera el abrigo amarillo de Shasha, con el que parecía un sol con patas incluso cuando el cielo estaba tan nublado como aquel día, consiguió animarle.

—Te veo diferente —le dijo la niña a modo de saludo.

—Pues soy el mismo.

—Tus ojos son distintos. —Shasha iba andando de espaldas para poder examinar a fondo la mirada de su amigo.

—Solo tengo este par y no se pueden cambiar.

—¿Has estado llorando?

—No.

—¿Has estado llorando por dentro, quizá? Es decir, no con lágrimas en los ojos, sino con el corazón.

—¿Con lágrimas en el corazón?

—Sí, si es que eso es posible —dijo Shasha.

—Y si el que llora es el corazón, ¿cómo es que son los ojos los que se ven distintos?

—Se avergüenzan, porque se supone que los que tienen que llorar son ellos.

Carl se pasó las yemas de los dedos por los párpados, por si fuera cierto que sus ojos estuvieran avergonzados y necesitasen un poco de cariño.

—¿Puedo hacerte una pregunta más? —preguntó Shasha.

—No sueles pedirme permiso, siempre me preguntas sin más.

—Me da un poco de miedo que la pregunta te sienta mal.

—Hasta ahora eso nunca te ha molestado, y así debería seguir siendo entre nosotros. Venga.

—¿Ya tienes un nombre para mí?

—No. No se me ocurre ningún personaje literario que sea como tú.

—¡Pero quiero un nombre! Tienes que leer más libros.

—Creo que pronto leeré mucho más —dijo Carl, pero se guardó el motivo para sí.

PERRO LLEGÓ ANTES que de costumbre y frotó el flanco contra su pernera derecha, donde estaba la lata de pastillas con las golosinas, pero Carl no le dio nada. ¿Volvería de todos modos? Cuando se agachó para rascarle la cabecita, el animal lo rehuyó. Y cuando su mano se encontró de repente palpando el vacío, Carl perdió el equilibrio y cayó de cabeza sobre los viejos adoquines, que habían conservado su dureza con orgullo a lo largo de los siglos. No habían cedido ni a los carruajes de caballos ni a las cadenas de los tanques. En primer lugar, golpeó el suelo con las rodillas, y luego cayó de lado con el resto del cuerpo. Pese a que todas sus extremidades se resintieron del batacazo, lo que más le dolió fue la decepción. Nunca antes se había caído durante su ronda, ni siquiera se había resbalado una sola vez. Podía confiar en sus robustos zapatos, sus gruesos calcetines y sus pies. Pero parecía que el

mundo estaba cambiando en muchos puntos a la vez, y los cambios lo atacaban como una manada de lobos hambrientos a una oveja herida.

—Vamos, te ayudo a levantarte —dijo Shasha y le tendió la mano. Carl la tomó, pero se apoyó en los adoquines con la otra para no desequilibrar a la niña—. ¿Quieres que te lleve la mochila hoy? Puedo con dos.

—No —dijo Carl, de nuevo en pie. Le dolían las rodillas y tenía rozaduras en la palma de las manos—. Me sentiría mal si hiciera mi ronda sin ningún peso en la espalda.

Shasha le entregó la mochila, que se le había resbalado al caer.

—Pesa mucho. ¿Solo hay libros que te gustan? ¿O también llevas otros?

—Me gustan tus preguntas. —Carl se limpió la suciedad de la ropa—. Pero hoy no tengo ganas de tantas. No me quedan fuerzas para responderlas.

—¡Eso no es una respuesta!

Carl suspiró.

—También llevo libros que no me gustan. O que no se dirigen a mí. No todos los libros se dirigen a todo el mundo. Además, incluso un libro estúpido puede dar lugar a pensamientos inteligentes. Un poco de estupidez nunca le ha hecho daño a nadie. Solo hay que tener cuidado de que no se nos vaya de las manos y se extienda por todas partes.

Carl rara vez mentía y decía que un libro estaba agotado. Y, si lo hacía, siempre se avergonzaba de ello. Una vez no le llevó a Effi un ejemplar que le había pedido porque había escuchado que una mujer había caído en una profunda depresión después de leerlo.

—Tengo una pregunta más.

—En otro momento, hoy no tengo ganas de hablar.

—¡La última! Por favor, por favor, por favor.

—¿Es que no eres capaz de dejarlo estar por una vez?

Shasha lo tomó como un sí. Pero le habría preguntado incluso si fuera un no, porque tenía la sensación de que él se hundiría cada vez más en la tristeza si no hablaban. Sus preguntas eran como un salvavidas para los pensamientos del librero, para mantenerlos a flote, con ella.

—¿Alguna vez te has negado a servir a un cliente? ¿O le has cancelado la ronda?

Carl se sintió tan indignado que olvidó su tristeza por un momento.

—Sí, pero fue en defensa propia. ¡Igual que ahora estoy a punto de callarme también en defensa propia!

—¿Era el marido de Effi? ¿Porque te habría golpeado?

—¿Qué? No. ¿Dónde está *Perro*?

El gato se había marchado sin hacer ruido.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó la niña—. ¡Cuéntamelo!

Carl respiró hondo. No le apetecía lo más mínimo dar una respuesta, pero aún tenía menos deseos de perder a su segunda acompañante. Estar solo sería incluso peor que enfrentarse a sus preguntas.

—Era una mujer que lo primero que hacía al recibir un libro nuevo era romperle el espinazo. Doblaban el lomo hasta que crujía.

—¡Qué horrible! —Shasha pensó que aquel momento requería escupir al suelo como muestra de desprecio, pero le dio un poco de asco.

—Decía que así sería más fácil sostenerlos y que no se cerrarían con tanta facilidad. Lo hacía nada más desenvolverlos, como si lo estuviera deseando. Y yo ya no podía soportar más ese sonido. ¿Ya estás contenta?

Shasha pensó en los libros que tenía en la mochila.

—Creo que hiciste muy bien. ¿Te invito a un helado?

—¿Por haber respondido a tu pregunta?

—No, porque los helados nos hacen sentir mejor.

—No siempre funciona. Con mi problema, desde luego que no.

—Funciona, de verdad. Eso es lo bueno del helado.

Insistió en que Carl se tomara uno llamado Pingüino, con crema de turrón y nueces, en la heladería Pino. Tenía un sabor increíblemente empalagoso. Lo que también podría deberse a las chispas de azúcar de colores que Shasha había elegido para espolvorearlas por encima.

El caso es que el helado ayudó. Cuando empezó a derretirse y cayeron dos gotas sobre la bota derecha de Carl, de forma que parecía que tenía ojos y una expresión bobalicona, ambos no tuvieron más remedio que reírse.

Aquella tarde, Carl informó a todos sus clientes de que a partir de ese momento debían hacerle los pedidos personalmente cuando pasara por allí o, si no era posible, por teléfono. Casi siempre estaba en casa. No quería correr el riesgo de que Sabine los convenciera para que dejaran de utilizar sus servicios. Si aquello llegara a ocurrir, ya nadie tendría nada que objetar contra su despido. Sin clientes, adiós a Carl.

SHASHA SOLO LLEVABA libros para los que aún no habían recibido ninguno como regalo de su parte. Así es como el doctor Fausto terminó con el calendario de *Los cachorros más lindos del mundo* en las manos e hizo todo lo que pudo por alegrarse. Carl tenía una edición de lujo de *Orgullo y prejuicio* para el señor Darcy. Se la entregó alegando que se trataba de un

pequeño gesto de agradecimiento de la librería por sus muchos años de fidelidad, a lo que él contestó que el día anterior ya había recibido un libro de regalo por el cumpleaños panameño de Carl, y que la industria maderera era mucho más fascinante de lo que pensaba. Mientras hablaba, miró de reojo a la niña, que pareció crecer tres centímetros al instante.

Aunque Effi no había pedido nada, pasaron por su casa para ver qué tal estaba. No había ninguna luz encendida y nadie abrió la puerta cuando llamaron al timbre. Carl dejó en el buzón *La farmacia de versos del doctor Kästner*, porque sospechaba que ella necesitaba ayuda en muchos ámbitos de su vida. Sin embargo, no estaba seguro de que las maravillosas rimas de Erich Kästner fueran suficientes en su caso.

Más tarde, sentados a la mesa de la cocina de Hércules, Shasha le preguntó qué le había parecido Werther. Se acordaba bien del nombre por los caramelos.

—¿Sabes? Es una novela epistolar sobre un joven abogado en prácticas, Werther, que está trágicamente enamorado de Lotte. Pero ella está comprometida con otro hombre —dijo él.

Shasha se sorprendió al reconocer que eran justo las mismas palabras que Carl había utilizado para describir la novela. Como si Hércules se las hubiera aprendido de memoria.

El librero había elegido para él un ejemplar de lomo rojo, en el que se resumían las obras más importantes de la literatura universal. Al desenvolverlo, el hombre no mostró ningún signo de alegría, sino que se limitó a mirarlo, confundido. Solo cuando Shasha le explicó los motivos de la elección, apareció una leve sonrisa en su rostro.

—Así ya no necesita que yo le resuma las novelas —dijo Carl—. En este libro, los verdaderos expertos se encargan de ello.

Entonces la tenue sonrisa desapareció de nuevo, como si alguien hubiera apretado el interruptor de la luz. Y Shasha comprendió. Se inclinó hacia Carl y le susurró al oído:

—¡Fíjate en sus ojos! —Luego abrió el libro, se dirigió a Hércules y recorrió el índice apuntando con el dedo—. Aquí están los títulos de todas las novelas importantes. Por ejemplo, *La isla de Rügen*, que es bastante famosa, ¿ya la ha leído?

—No, todavía no.

—Pero seguramente este sí, ¿verdad? —Marcó una línea con el dedo y dejó la pregunta en el aire durante un rato—. *La oveja de la familia Stein*.

—Me temo que tampoco. ¡Pero tiene que seguir hablándome de las novelas, señor Kollhoff! Estoy seguro de que este libro es estupendo, pero cuando usted me las cuenta, las obras siempre cobran vida propia.

—Si eso es lo que quiere, por supuesto, seguiré haciéndolo con mucho gusto. —La luz volvió a encenderse. Hércules quería saberlo todo sobre *La isla de Rügen* y *La oveja de la familia Stein*, y Carl se las narró lo mejor que pudo, aunque no había leído ninguno de los dos. Porque no existían.

Cuando volvieron a la calle, respiró hondo.

—No sabe leer.

—Pobrecito.

—¿Por qué Rügen, la oveja y la familia Stein?

—Estuve de vacaciones en la isla de Rügen con papá el año pasado; nos alojamos en la casa de huéspedes de los Stein, que tienen muchas ovejas, todas lindísimas. No se me ocurrió nada mejor en ese momento. ¿Podemos ayudar a Hércules?

—¡No hay más remedio!

—Pero esta vez no puede ser con un libro.

—No. Y no importa cómo lo ayudemos, lo importante es que no se sienta avergonzado. Ya lo está, y mucho.

—La vergüenza es estúpida. Lo sé porque yo me avergüenzo a menudo.

Entonces caminaron en silencio, ambos sumidos en sus propios pensamientos.

En algún momento, el efecto del helado de pingüino también desapareció. Había días que no se arreglaban ni con todo el helado del mundo.

Por último, pasaron por delante de la casa del Lector, para quien en esa ocasión no llevaban nada en la mochila.

—¿Qué tal es su libro? —preguntó Shasha—. ¿Puedes escribirle un final feliz?

Carl no había leído ni una línea todavía.

Se sentía culpable. Sabía que no podía aplazarlo más.

CARL APARTÓ EL gran sillón del ventanal. No quería ver la ciudad, ni localizar a sus clientes por las calles y callejones, ni a *Perro* por los tejados y terrazas. Sentía demasiado dolor y miedo.

Para la lectura, había preparado una gran tetera con una infusión de hierbas, que había colocado sobre un calentador de velas que mantendría la temperatura durante mucho tiempo.

Carl clasificaba a los lectores en liebres, tortugas y peces. Él se consideraba un pez: se dejaba llevar por la corriente de los libros, a veces con calma, a veces con rapidez. Las liebres eran lectoras veloces, que pasaban por el libro a todo correr y olvidaban enseguida lo que habían leído unas páginas antes. Por eso tenían que volver atrás una y otra vez para recordarlo. Las tortugas hacían lo mismo, porque leían tan despacio que tardaban meses en terminar un libro. Cada noche avanzaban una sola página y luego se dormían. Y a veces volvían a leer la misma hoja la noche siguiente, porque no estaban seguras de hasta dónde habían llegado. Y cada uno de esos animales tenía la capacidad de transformarse en una curiosa avefría: saltaban hasta el final, lo leían y después regresaban a leer el resto del libro. Carl pensaba que eso era el equivalente a ir a un restaurante y empezar por el postre. Por supuesto que era dulce y delicioso, pero no se disfrutaba con verdaderas ganas, que solo llegaban después de los platos salados.

No obstante, fuese uno el animal que fuese, el momento de abrir un libro nuevo siempre era especial. Carl se sentía dominado por una gran intranquilidad. ¿Estaría a la altura de las expectativas creadas por el título, la cubierta y el texto de las solapas? ¿Puede que incluso las superase? ¿Conseguirían conmoerlo el lenguaje y el estilo?

Nada más leer la primera frase, oyó la voz cálida de barítono del Lector, y aquello le hizo sentir que la novela estaba compuesta únicamente de palabras agradables de pronunciar. Como si cada línea estuviera escrita con el oído, lo cual, por supuesto, era un completo disparate. Incluso las palabras con un significado terrible poseían un sonido placentero. Sin pensarlo, comenzó a leer el libro en voz alta, cosa que no hacía jamás.

No alargó la mano hacia la tetera ni una sola vez.

En realidad, Carl estaba leyendo dos libros al mismo tiempo, pues el sordomudo que tanto deseaba aprender a bailar el tango estaba escribiendo una novela en secreto. Se trataba de un capitán de globo aerostático que había construido una aeronave tan grande, con una góndola tan inmensa, que en ella cabía todo lo que necesitaba para vivir, por lo que no tendría que volver a pisar la tierra nunca más.

Cuando el sordomudo rompe su relación con la profesora de baile porque ella le ha estado mintiendo todo el tiempo, al menos permite que el capitán de su novela sea feliz: le hace regresar a su planeta y aterrizar en él por la mujer de su vida, y los dos logran vivir su amor con los pies en la tierra, literalmente.

Tal vez Shasha se conformase con aquel final medio feliz.

Se le escapó una sonrisa al pensar en la niña. La echaba de menos, incluso más que a su ronda.

Al terminar el manuscrito se sentía feliz y un poco melancólico. Porque, aunque un libro maravilloso terminara en el lugar correcto con las palabras adecuadas, y todo lo que se pudiera añadir no haría más que destruir esa perfección, a veces no se podía evitar desear que hubiera más páginas. Así era la esquizofrenia de la lectura.

Le diría al Lector cuánto lo había conmovido su libro, pero dudaba mucho de que su opinión fuera suficiente para convencerlo.

El Lector tenía que sentir lo buena que era su novela.

Y Carl tenía una idea de cómo lograrlo.

5

Las palabras

A CARL LE sorprendía a menudo que el tiempo en las novelas dependiera del estado de ánimo de los protagonistas, pues al clima de la ciudad no parecía importarle lo más mínimo su ánimo. Aunque él se sentía lleno de energía, el cielo se había tornado de un color gris sucio, y las pocas gotas que caían de las nubes llenas a reventar lo atacaban con buena puntería. Se subió el cuello de la chaqueta y consideró que aquel goteo no era suficiente para usar el paraguas. Tan solo unas cuantas gotas más habrían bastado para justificar que lo abriera. Era una cantidad de lluvia infame.

Pero el tiempo de esa tarde sí que encajaba a la perfección con el estado de ánimo de Shasha. Se había calado bien hondo el gorro, con las gafas de piloto falsas. Aquel día, la niña era un sol triste.

—¿Qué te pasa?

—¡El idiota de Simon! —exclamó, como una poderosa maldición.

—¿Qué tal un helado de pingüino? —preguntó Carl. Al fin y al cabo, Shasha le había asegurado que era infalible contra el mal humor.

—¡No! —respondió ella desafiante.

—¿Dos bolas con chispitas de azúcar?

—Vale —dijo la niña sin dudar—. Pero tiene que ser ahora mismo.

Y así fue como Carl modificó, por primera vez en la vida, el recorrido de su paseo para entregar los libros.

La pequeña heladería de Pino tenía oferta de sirope de chocolate o chispas de azúcar. Shasha quería ambas cosas. Carl también tomó una bola. Por supuesto, solo para que ella no tuviera que comer sola.

Como es imposible comer helado con cara de enfado, el rostro de la pequeña se relajó de inmediato.

—¿Qué te ha hecho Simon?

Ella rescató con la lengua un poco de helado, que amenazaba con deslizarse por el cucurucho.

—Se acercó durante el recreo y me dio un empujón. Por las buenas. ¡Contra los arbustos! Y me he hecho un arañazo en el brazo. —Se lo enseñó—. ¡Mira! ¡Con sangre!

Shasha sabía que la rama del laurel le había hecho solo tres leves rasguños. Y también que se había tratado de un leve empujoncito, y que en realidad había perdido el equilibrio por llevar la mochila tan cargada. Y que Simon había salido corriendo asustado, sintiéndose culpable. Pero, para una vez que se veía envuelta en un drama, ¡había que aprovechar y ponerse un poco trágica!

—Seguro que te duele mucho —le dijo Carl.

—¡Un montón!

—¿Quieres que sople?

—¡Pfff! ¡Como si eso sirviera para algo! ¡Esta es una herida de verdad!

El efecto curativo de los soplidos parecía haber desaparecido junto con Papá Noel y el conejo de Pascua.

—Creo que tu amigo Simon está enamorado de ti.

—¿Porque me empuja? —Shasha dio un par de enérgicos lametones para mostrar a las claras el desagrado que le provocaba esa suposición.

—Sí, eso es lo que hacen los chicos. A esa edad todavía no saben cómo se habla con las chicas.

—¡Pero saben cómo se las empuja!

—Pues sí. Incluso hay un término técnico para ello: contacto negativo. Así que está demostrado científicamente.

—¡Pues Simon sigue siendo un estúpido de todas formas! —La niña mordió el cucurucho con tanta fuerza que acabó por romperlo.

El librero pensó que, para las niñas de la edad de Shasha, los términos «estúpido» y «chico» eran sinónimos.

—Todos los niños son idiotas —ella le dio la razón—. Hasta que se convierten en hombres.

Y, con un poco de mala suerte, se convertían en hombres estúpidos.

—¿Vamos a buscar a Simon y le damos un empujón? —preguntó Carl. Al principio, la niña lo miró con asombro, luego no tuvo más remedio que reírse, y las migas del cucurucho salieron disparadas de su boca. Tardó en recuperar el aliento.

—No, yo no soy tan estúpida como él. ¡Lo que quiero hacer ahora es repartir libros!

Shasha fue todo el camino hasta la casa de su hermana Amarilis refunfuñando sobre Simon. Y cada vez se le ocurrían más motivos por los que

enfadarse. Que si le había dibujado una cara sonriente y tonta en su estuche, que si le había escondido la mochila (¡junto a la suya!), que si la había elegido la primera para su equipo en la clase de Educación Física, a pesar de que era muy mala en el balón prisionero... ¡Le tenía manía! ¿Qué le había hecho ella? En la guardería, siempre jugaban juntos a las casitas tan contentos; ella era la madre, Simon el padre, y el niño a veces era un león de peluche o Annette, la de las orejas grandes.

LA MONJA HABÍA encargado otro *thriller* de esos en los que las páginas chorreaban sangre. Como regalo, Carl le había llevado un libro que trataba de la legislación sobre el alquiler y la vivienda. Tal vez encontrara alguna línea que le facilitara permanecer legalmente en el convento. Y, por si acaso, también le había llevado harina y velas.

En cuanto salieron del convento, se dirigieron a casa de la señora Calzaslargas, que acudió a la puerta en cuanto tocaron el timbre.

—¡Sois vosotros! Un segundito. —Desapareció por un momento. Cuando regresó, no solo había domado un poco su cabello revuelto, sino que además sostenía con orgullo el ejemplar de *¡Encuentra el error!*—. ¡Los he encontrado todos! —Lo abrió con orgullo y les mostró las diferencias, marcadas con círculos rojos—. Incluso las erratas en los textos de abajo. A lo mejor dan puntos extras por eso. —Sonrió—. Gracias de nuevo. No me había divertido tanto desde hacía mucho tiempo. Sabes, echo mucho de menos a mis alumnos. Sobre todo a los malos, porque es a los que podía enseñarles más cosas.

Hacía tiempo que una idea rondaba por la cabeza de Carl, lista para hacer su aparición estelar, y por fin había llegado el momento de que saliera a escena. Se volvió hacia Shasha.

—¿Me harías un favor?

—Claro.

—¿Sin recibir un helado a cambio?

—Ya me he tomado uno. —Sonrió—. Pero me tomaría otro solo para hacerte un favor.

—Ve a casa de Hércules y mira si está. Y, si puedes, asegúrate de que no salga. Que no vaya de compras ni al centro de musculación. Y luego vuelve a toda velocidad. ¡Date prisa!

Shasha asintió y echó a correr (mientras tanto, la señora Calzaslargas le presentó al librero su errata del día: «Berenpenas»). La niña se sentía bien al

correr por algo importante; los pies iban más rápido, el corazón bombeaba más deprisa y, sobre todo, podía gritar «¡Fuera de mi camino!» por una buena razón. Por desgracia, el bloque de apartamentos de Hércules no estaba muy lejos. Sin pensarlo, tocó el timbre.

—¿Sí? ¿Quién es? —se oyó por el intercomunicador.

—Soy Shasha, la ayudante del paseador de libros... O sea, del señor Kollhoff.

—Pero si no he pedido nada.

—¿Estás en casa? Quiero decir, ¿te vas a quedar en casa?

—Sí, ¿por qué?

—¿Nada de salir al gimnasio ni a comprar?

—¿Shasha?

—¿Sí?

—¿A qué vienen esas preguntas tan raras?

—¡Tú solo responde que sí o que no! Pero mejor que sí.

—Hoy ya no voy a salir a ninguna parte.

—¡Genial, gracias, Hércules!

—Hércu... Pero ¿cómo que Hércules?

Para entonces, la niña ya se había marchado. Cuando llegó a casa de la señora Calzaslargas, esta se estaba poniendo un abrigo. Necesitó varios intentos para acertar con la manga, porque estaba muy nerviosa.

—No está lejos —la animaba Carl, que le había explicado la situación con todo lujo de detalles—. Si funciona, estoy seguro de que después será él quien venga a tu casa. —Desplegó su paraguas—. Así se siente un poco mejor, ¿verdad?

La señora Calzaslargas miró el cielo interminable, que se extendía hasta el infinito. Se sentía mareada, pero la mano de Carl en la parte superior del brazo le daba seguridad. Hacía tanto tiempo que no pisaba la calle que se sentía como una niña pequeña dando sus primeros pasos. ¿Cuándo fue la última vez que había salido de casa? No es que hubiera decidido no volver a salir a cielo abierto nunca más, pero los días se habían convertido en semanas, luego en meses, y al final terminaron por ser años. Y, cuanto más tiempo pasaba, mayor era el miedo a abandonar su refugio seguro, donde las paredes y los techos la protegían del exterior.

Pero se trataba de un nuevo alumno. Carl Kollhoff le había dejado claro que ella era su única salvación.

No volvería a presentarse una oportunidad como aquella, que la empujara a salir.

El temblor de las rodillas se fue calmando, pero no llegó a desaparecer por completo. Sin embargo, el firme apoyo del librero la tranquilizó, y los alegres brincos de la niña le quitaron parte del temor que sentía. Al poco tiempo se les unió también un gato, que los saludó con una especie de ladrido. Pensó que había oído mal.

Shasha volvió a tocar el timbre de Hércules.

—¿Sí? ¿Quién es? —se oyó por el telefonillo.

—Soy Shasha otra vez, pero esta vez ha venido también el señor Kollhoff.

—Pero sigo sin haber encargado ningún libro. —Hércules se rio. Carl aprovechó para inclinarse hacia delante.

—Se trata de otra cosa. Tengo que pedirle un favor.

Se oyó un murmullo de fondo.

—Bueno, suban.

El hombre ya estaba en el rellano de la escalera cuando llegaron a su piso.

—Gracias por dedicarnos su tiempo —dijo Carl.

—Para usted estoy siempre disponible, por supuesto.

—Esta es la señora... —¡Maldita sea! La había llamado Calzaslargas durante tanto tiempo que se le había borrado por completo su verdadero apellido, a pesar de que lo veía cada vez que llamaba al timbre de su edificio. Los nombres eran como un punto ciego para él.

—Dorothea Hillesheim, encantada de conocerle —se presentó ella—. Algunos de mis amigos también me llaman señora Calzaslargas. —Le lanzó una mirada a Carl, que se la pasó a Shasha, y ella a su vez la tiró al suelo, donde nadie más la vio.

Entraron en la cocina y Hércules les ofreció algo de beber.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó mientras colocaba las bebidas en la mesa y se sentaba.

—Soy profesora de primaria —comenzó la señora Calzaslargas. Hércules inclinó la cabeza hacia abajo, como un boxeador que espera un duro golpe—. Y uno de mis alumnos no sabe leer ni escribir, es analfabeto.

Hércules se aclaró la garganta.

—No veo cómo puedo ayudarla yo con eso. Yo trabajo en la construcción.

—El problema es que no me respeta. He desarrollado un método excelente para que aprenda a leer y a escribir, pero yo ya soy una mujer mayor. Joven de corazón, eso sí, pero él me encuentra... poco moderna. Por eso necesito a alguien guay por el que sienta respeto. El chico es un gran fan de un héroe de cine de acción de color verde, con músculos como cordilleras.

Lo idolatra. Le conté mi problema el señor Kollhoff y a él se le ocurrió pedirle ayuda a usted.

—Bueno...

—Por supuesto, primero tendría que enseñarle yo misma mi sistema para que usted pudiera transmitírselo a él. ¡No pienso dejarlo solo! Pero la verdad es que es un poco tedioso, no lo voy a engañar. Tenemos que repasar letra por letra, ya que he desarrollado frases nemotécnicas especiales para cada una. — La señora Calzaslargas miró a Hércules, que se estaba amasando los nudillos—. Entendería que se negara, claro, porque una propuesta así, de sopetón... Estoy segura de que tiene muchas otras cosas que hacer. Es solo por este alumno, ¿sabe? Lo aprecio mucho, es un buen chico. Solo que nadie le ha enseñado a leer ni a escribir como Dios manda, y no quiero que eso le arruine la vida.

La señora Calzaslargas bebió un sorbo de agua mineral y deseó con todas sus fuerzas no haber exagerado mucho, ni haber resultado demasiado evidente.

—Podrías hacerte un traje de superhéroe —sugirió Shasha—. Para convertirte en la Capitana Alfabeto o la Doña ABC. ¡Yo sí querría aprender contigo!

Hércules respiró hondo.

—Le voy a confesar una cosa. —Otra respiración profunda—. ¡Es una gran idea! ¿Qué clase de imbécil sería si dijera que no? —Estiró sus grandes piernas—. ¡Me apunto! Pero le advierto que le haré muchas preguntas para asegurarme de que lo hago bien. Tendrá que enseñarme como si yo fuera el niño. Porque yo, cuando hago algo, me entrego al cien por cien. ¡Me parece genial poder ayudar a los pequeños a que aprendan el alfabeto!

Carl tuvo que luchar consigo mismo para no iluminarse con una amplia sonrisa. Shasha se ahorró el tira y afloja, y la señora Calzaslargas estrechó la mano de Hércules durante un buen rato, como si estuviera ejercitando los dedos. Lentamente, el librero se inclinó hacia su pequeña acompañante.

—Mañana por la mañana necesito de nuevo tu ayuda. ¿Puedes preguntarle a tu padre si puedes venir conmigo?

—Claro que puedo. De todos modos, él siempre sale de casa antes que yo, no le importa.

—Tal vez llegues un poco tarde a la escuela, pero no hay otra manera de hacerlo.

—No importa, mañana tengo deporte en las dos primeras horas, seguro que Simon volvería a empujarme.

—Tampoco tardaremos mucho. Pero si quieres ser atleta profesional, será mejor que no faltes a la clase de Educación Física.

—No, no quiero ser deportista.

Hércules llevó a la mesa una botella de licor para brindar por su nuevo proyecto con la señora Calzaslargas, y los dos se pusieron a charlar sin pausa. Carl se inclinó de nuevo hacia Shasha.

—¿Qué quieres ser de mayor?

—No lo sé.

—Yo de niño quería ser alcalde.

—Yo no, soy malísima organizando. El año pasado montamos un bazar para el centro de acogida de animales, cada uno teníamos un puesto. Yo me encargué de la limonada, con limones de verdad. El puesto tenía una mesa, un mantel de plástico, muchos vasos, por supuesto, y limones y demás. Bueno, pues el mío fue el único que salió mal y todos se burlaron de mí. ¡No pienso volver a organizar nada nunca más! ¡En toda mi vida!

—¡Pues te has organizado de maravilla para encontrar los libros adecuados para mis clientes!

—En realidad, solo uno para cada uno. Y, además, los conseguí todos en la tienda de libros antiguos. No tuve que organizar nada. De mayor, quiero un trabajo en el que sean otros los que organicen. Yo prefiero ser una empleada. Como tú.

—Pero empleada, ¿dónde?

—Eso da igual. Pero que no tenga nada que ver con limones.

CARL ABRIÓ LOS ojos antes de que sonara el despertador. Volvió a mirar la esfera del reloj para asegurarse, porque hacía años que eso no le ocurría. Todavía tenía algo más de media hora. En lugar de darse la vuelta y seguir durmiendo, saltó de la cama, al menos según lo que sus estándares actuales indicaban que era «saltar», y empezó a organizarse para aquel día tan especial. La preparación consistía, sobre todo, en luchar contra su propio nerviosismo.

El día anterior había llamado a la fábrica de puros Torcedor y se había hecho pasar por el director del diario de la ciudad, que estaba haciendo un reportaje sobre el Lector. Tuvo que beberse media botella de silvaner de Franconia para encontrar el valor necesario para hacer la llamada. Su pronunciación no había sido del todo clara por culpa del vino, pero aquello no sorprendió a la dueña de la fábrica. Probablemente consideraba normal un

cierto nivel de alcohol entre los periodistas. Carl le había preguntado a qué hora abría la fábrica y cuándo iría el Lector, si llevaba los libros que iba a leer cada día o si ya los tenía allí. Este último detalle resultó ser la clave: el libro que leía siempre estaba en el atril. Los trabajadores empezaban a las ocho; el Lector, media hora más tarde.

Aquello encajaba a la perfección con el plan que había ideado.

Carl miró varias veces su bocadillo del desayuno como si alguien se lo hubiera cambiado. Sin embargo, entre las rebanadas del pan rústico de siempre, untado con la misma cantidad de mantequilla, se encontraba el mismo queso Gouda semicurado que había comprado toda la vida. No obstante, le supo distinto, igual que la taza de café de la mezcla «sabor delicado». No había bebido otro café desde que este salió al mercado, pero nunca lo había encontrado tan delicioso como en ese momento. Y el bocadillo tenía un sabor tan intenso a queso, mantequilla y pan, como si por primera vez fuera realmente consciente de los ingredientes. Incluso se atrevió a prepararse un segundo, lo que consideraba poco menos que gula.

Al descolgar el abrigo del perchero, sus ojos se posaron sobre la cómoda del pasillo, sobre la pila de libros que debía devolver a la biblioteca. Todos eran libros infantiles en los que había buscado a Shasha. Ella deseaba tanto tener el nombre de un personaje... pero él no lo encontraba. Ninguna niña de aquellos libros se parecía a ella. Tal vez era demasiado tarde, ya la conocía demasiado bien. Los nombres de los protagonistas siempre eran como un corsé, y cuando la personalidad se desarrollaba, los desbordaba. Tampoco se puede volver a meter una mariposa en el capullo del que salió. Pero seguiría buscando en cada ejemplar a la niña que siempre lo acompañaba en sus rondas.

Al poner el pie en la acera, Carl pensó inevitablemente en la señora Calzaslargas, que el día anterior se había adentrado en un mundo que le resultaba extraño. Él se sentía igual. Aquella era su ciudad, conocía cada adoquín de todos los kilómetros cuadrados que conformaban el centro. Y, sin embargo, no era su ciudad, sino una variante. Nunca ponía un pie en ella antes de las nueve de la mañana, y nunca permanecía en su interior más allá de las nueve de la noche. Carl no sabía qué otras cosas ocurrían allí después; no conocía a la gente que recorría sus calles, ni sus voces, ni los sonidos de aquellas horas.

Mientras caminaba hacia la fábrica de puros, miraba aquella ciudad, su ciudad, con nuevos ojos.

A doscientos metros de su destino, se detuvo. Se encontraba en el semáforo de la concurrida carretera de circunvalación de cuatro carriles que marcaba el límite de su mundo. No pulsó el botón, sino que miró, a través de aquella frontera invisible, hacia la fábrica que se divisaba al otro lado.

Allí estaba Shasha, saludándolo con la mano. Era un saludo enérgico. Como si, con cada movimiento de los brazos, fuera enrollando una cuerda que lo acercaba a ella. Después de tres fases del semáforo, apretó por fin el botón y atravesó el muro invisible que lo separaba de la fábrica.

Abandonó su pequeña isla, porque parte de ella se había alejado hacia el continente.

Shasha se mostraba muy inquieta e iba cambiando el peso de un pie a otro.

—¿Me vas a decir por fin para qué me has hecho venir?

—Tú eres la clave —dijo Carl.

—¿Y eso qué quiere decir?

—A partir de este momento, eres la sobrina del Lector y quieres darle una sorpresa.

—¿Y por qué no eres tú su tío?

—Porque a una niñita preciosa como tú no se le puede negar nada. Pero a un viejo raro sí.

—¡No soy una niñita!

Carl miró a su alrededor para ver si alguien los estaba escuchando. Incluso comprobó si alguna ventana de la fábrica estaba abierta o entornada antes de continuar:

—Vas a decir que tu tío ha escrito un libro para los empleados de la fábrica, pero no se atreve a leérselo, a pesar de que sería algo genial. Tu plan consiste en colocarlo en su atril de lectura y quitarle el libro que tenía listo para hoy, de forma que no le quede más remedio que leer el suyo. Y, además, la historia es verdad, en su mayor parte.

—Salvo la parte que es mentira.

—A veces me gustaría que fueras más joven y más fácil de manipular.

—Vale, lo haré. Pero a mi manera.

—Oh, no sé si...

—Voy a decir que en mi familia celebramos el Día del Tío, y que ese día siempre hacemos algo especial por ellos.

—Eso es... aún mejor, la verdad.

PARA SHASHA, AQUEL día también supuso salir de su mundo conocido. Nunca había oído hablar de salas como aquella, donde todo giraba en torno al tabaco. En la zona de la entrada, junto a sillones oscuros, había expuestos varios humidores de puros de distintos tamaños que, por su aspecto, podrían contener joyas deslumbrantes. Pero lo único que encerraban eran aquellas salchichas marrones de aspecto poco apetecible. También había vitrinas con elegantes cortadores de puros y encendedores relucientes.

La sala, en penumbra, olía a tierra y especias. La tenue luz se filtraba por las estrechas rendijas de las persianas y sonaba una canción en un idioma extranjero. Sintió que Carl la empujaba con delicadeza hacia delante, porque se había quedado paralizada por el asombro.

Entonces entró una mujer de pelo oscuro, con la piel como el chocolate con leche. Sus palabras parecían desplegar muchas más erres de las que realmente contenían. Era la propietaria, Mercedes Riemenschneider, medio cubana, medio alemana. Aquella fábrica era, a partes iguales, su sueño y su pesadilla. En la actualidad, mucha gente prefería vivir de forma saludable en lugar de dejarse embriagar por los placeres. Para Mercedes, era justamente al revés: en su vida, el placer ocupaba el papel protagonista. Además, pensaba que debía ser un regalo para la vista, por lo que los vestidos ajustados y los escotes generosos no debían estar solo reservados a las mujeres delgadas.

Shasha contó su historia sin atreverse a mirar a la cara a la dueña. No apartó los ojos de los anchos tablones de madera del suelo. Cuando terminó de hablar, la mujer se acarició los rizos oscuros.

—¡Qué bonita idea! ¡Pues vamos, acompáñame, por aquí! —Después de haber caminado unos cuantos pasos, se dio la vuelta y le preguntó—: Por cierto, ¿tú no deberías estar en la escuela?

—Hoy tengo las dos primeras horas libres, porque la señora Brückner está enferma. Creo que está embarazada. —Shasha sabía que los detalles hacían que una mentira fuera más creíble.

La mujer apartó una pesada cortina de color burdeos y dejó al descubierto una sala con veinte mesas, todas ellas ocupadas por mujeres y hombres que levantaron la vista con amabilidad. Delante de cada uno había una tabla de madera en la que se liaban los puros y una caja de cartón con hojas de tabaco. Contaban con tajaderas, tijeras pequeñas, bandejas acanaladas para los puros terminados y algunas otras herramientas. Pero lo más importante eran sus manos. Además de ser suaves y elásticas, los torcedores de puros debían poseer una gran destreza manual y una gran precisión. El humo se abría

camino a través de las hojas solo si estas se enrollaban con la firmeza adecuada.

Enfrente estaba el atril con el libro preparado para el Lector. Shasha se acercó con sigilo, metió el volumen con el título *Robinson Crusoe* en su mochila y colocó el manuscrito inédito en su lugar.

—Ya podemos irnos —dijo Carl.

—¡Pero quiero esperar a que lo lea!

—No, ahora tienes que ir a la escuela.

Mercedes Riemenschneider se colocó al lado del librero.

—Pero ¿ella no tenía las dos primeras horas libres? —preguntó.

Carl sonrió con los labios apretados.

—Sí, pero queda bastante lejos. Y yo ya no ando tan ligero.

La dueña se colocó detrás de Shasha y le puso las manos sobre los hombros.

—¿Por qué no dejas que tu nieta lo disfrute? Debe de estar a punto de llegar. Será mejor que os escondáis en el pasillo de atrás, para que no os vea.

Cuando los dos se encontraban entre las sombras, a salvo de todas las miradas, entró el Lector y estrechó la mano de cada uno de los presentes sin pronunciar palabra. Llevaba un pañuelo rojo alrededor del cuello e iba demasiado abrigado para aquella época del año. Parecía querer convencer a los potenciales causantes de resfriados que cualquier intento de infectarle estaba condenado al fracaso.

—Ya casi ha llegado al atril —susurró Shasha, incapaz de soportar la tensión.

—¡Shhh! —chitó Carl, que se sentía igual que ella, pero no quería que se le notara.

El Lector llegó a su sitio y se detuvo en seco al ver el manuscrito. Miró a su alrededor en busca de Carl, la persona a quien se lo había entregado, pero sus ojos no lo localizaron por ninguna parte. Entonces se volvió hacia el atril, tomó el manuscrito y lo levantó para mirar debajo; después miró hacia el suelo, a su alrededor, buscando el ejemplar de *Robinson Crusoe*. Pero, por imposible que pareciera, no estaba.

La dueña de la fábrica se acercó a él.

—¿Hay algún problema?

—Mi libro ha desaparecido. ¿Lo habrá cogido alguien? —Volvió a hacer la misma pregunta a los trabajadores—. ¿Alguien tiene mi libro?

Todos miraron a Mercedes Riemenschneider, que negó imperceptiblemente con la cabeza.

—Pero en el atril hay algo, ¿no es suyo?

—No, bueno sí, pero...

—Lea eso mismo, es igual. Todos están esperando. Usted podría leer incluso la guía telefónica en voz alta y todo el mundo lo escucharía embelesado, porque tiene usted una voz preciosa. —La dueña tenía una gran debilidad por el Lector, y más aún por su voz. Le hubiera gustado llevárselo a su casa todos los días al final de la jornada para que le leyera sin descanso. Llevaba un tiempo preguntándose en secreto cómo sería escuchar aquella voz profunda y cálida leyéndole literatura erótica a la luz de las velas, con una buena copa de vino tinto.

Puso su mano sobre la de él para darle ánimos. Ella también quería escuchar aquella novela. Y no solo porque tal vez contenía pasajes eróticos sobre una apasionada mujer medio cubana.

—Pero no es para...

—Léalo, por favor. Léalo para mí.

El Lector la miró suplicante. Hubiera preferido leer la guía telefónica o las etiquetas de los paquetes de tabaco, incluso traducidas al serbocroata. Pero ella ignoró su súplica y se marchó a su despacho mientras balanceaba las caderas un poco más de lo habitual.

El Lector acarició la portada con delicadeza, como si primero tuviera que despertar suavemente a su manuscrito.

—*El tango silencioso* —comenzó— de... —Pronunció otras dos palabras, pero, aunque dominaba la modulación perfecta de las sílabas finales desde que había hecho un curso de locutor, nadie logró entender aquel murmullo.

Su voz se volvió tan frágil como si estuviera hilada con unas pocas hebras delicadas. Leyó las primeras frases a tientas, comprobando la firmeza de cada palabra.

Carl y Shasha contuvieron la respiración, porque habían sido ellos quienes habían colocado a aquel hombre tan amable en esa situación tan incómoda.

Pero con cada palabra que entraba en el mundo sin tropezar, con cada frase que se pronunciaba sin que nadie bostezara ni se riera cuando no tocaba, el Lector fue ganando confianza, y de la confianza surgió la alegría provocada por el texto, por sus propias líneas.

Carl y Shasha observaron que el Lector estaba radiante.

Y vieron a Mercedes Riemenschneider en su oficina igual de resplandeciente.

También los trabajadores, que habían interrumpido su trabajo y se limitaban a escuchar porque intuían que estaba ocurriendo algo especial,

estaban felices.

Un estreno mundial en la fábrica de puros Torcedor.

Y un hombre que había encontrado su voz.

—Te debo un favor —le dijo Carl a la niña—. El que tú quieras. Acabas de salvar la vida de un escritor.

SHASHA Y EL LIBRERO se habían marchado sin hacer ruido para no interrumpir la dicha del Lector. La felicidad también fluía a través de Carl en cantidades que no sabía que su viejo cuerpo aún fuese capaz de procesar. Una vez llegaron a la plaza, se despidió con cariño de Shasha, que se marchó corriendo a la escuela desde allí. Para celebrar el día, se compró un silvaner de la famosa comarca vinícola de Würzburger Stein y bebió un par de sorbos aquella misma tarde. Después se sumergió en su novela favorita, *Una lectora nada común*, de Alan Bennett. Se trataba de un pequeño libro de un gran autor que se permitía releer una vez al año, y con el que disfrutaba en cada ocasión como los *gourmets* cuando llegan los primeros espárragos de la temporada.

Hasta ese momento, aquel había sido uno de los mejores días de su vida.

Pero a veces la vida no permite disfrutar demasiada felicidad de golpe, y se muestra tacaña para asegurarse de que uno no se acostumbre demasiado.

Aquella misma tarde, en la librería A las puertas, Sabine Gruber lo hizo pasar a la oficina. Él se sentó, pero ella permaneció de pie.

—Tengo algo maravilloso que contarle —le dijo Carl con la intención de compartir con ella la experiencia de la mañana. Sin duda, lo complacería ver la felicidad que su librería aportaba a la gente.

Pero ella no reaccionó a sus palabras.

—Antes de que se entere por otra persona, quería decirle que el funeral será muy íntimo. Solo para la familia más cercana. Papá lo habría querido así. Por favor, no se acerque a la tumba para expresar sus condolencias hasta que termine el funeral oficial. Tampoco queremos coronas de flores.

—¡Pero estoy seguro de que toda la ciudad querrá despedirse de Gustav! —Carl era incapaz de mantenerse quieto en la silla—. El cementerio estaría lleno. Él apreciaba a todos sus clientes.

Bueno, no a todos, pero sí a la mayoría. Nadie apreciaba a todo el mundo, ni siquiera alguien con tanto sentido del humor como Gustav.

—Así lo quiso él.

—¡No me lo creo! —se le escapó.

—¿Acaso me está acusando de mentir?

—No. —Carl sacudió la cabeza—. Solo creo que probablemente haya malinterpretado sus deseos.

—Eso no es lo que ha dicho, y con esto doy por terminada esta conversación. En el futuro, debería pensar muy bien de qué me acusa.

Sabine lo dejó solo. Y él también se sintió solo, más solo que nunca, allí, en su librería.

Y aún se sentiría peor un poco después, en la bulliciosa Münsterplatz, donde había quedado con Shasha. La estuvo esperando mucho tiempo, se puso a buscarla por la plaza e incluso la llamó por su nombre. Pero al final tuvo que dar su paseo en solitario. También pasó por delante de las casas en las que no había que entregar ningún libro. Quizá Shasha lo estuviera esperando en casa de Darcy, de Effi o del Lector. Incluso se asomó al callejón oscuro que siempre le daba tanto miedo. Pero no había ni rastro de ella. *Perro* tampoco se había presentado. La última vez no le dio ninguna golosina y, al parecer, ahí se había terminado su afecto.

Cuando Carl regresó a la plaza, Shasha seguía sin aparecer por ninguna parte.

ALGUNAS PERSONAS SON incapaces de comer cuando están tristes. Al día siguiente, Carl fue incapaz de leer. Consiguió comer en piloto automático, pero la lectura no funciona de la misma manera. Lo intentó una y otra vez con el fin de llevar sus pensamientos a otro mundo, pero ellos se aferraban al aquí y ahora. No recordaba haber pasado ni un solo día sin leer desde que había aprendido a reconocer las palabras en las hileras de letras encadenadas. Pero la lectura era una actividad que tenía voluntad propia. No se la podía forzar.

Cuando llegó a la librería aquella tarde, a través de los cristales vio a la propietaria hablando con un hombre vestido con un mono de trabajo que gesticulaba muy alterado. Ella intentaba calmarlo, pero sin ningún éxito, al contrario. Ahora parecía estar gritando. Los grandes cristales de las ventanas vibraban. En una librería, aquellos arrebatos emocionales eran poco frecuentes. En las novelas de las estanterías había cientos, tal vez decenas de escenas como aquella, pero no en los pasillos del establecimiento.

Cuando el hombre salió de la librería quiso dar un portazo, pero el mecanismo de la puerta no se lo permitió y se cerró con suavidad, como siempre.

Carl entró en la tienda meneando la cabeza. Todavía no se había apagado el sonido de la campanilla cuando Sabine lo invitó a pasar a su despacho. Allí no lo miró a los ojos, ni siquiera se volvió hacia él.

El librero no llegó a sentarse, ni tan solo llegó a completar una respiración. En cuanto se quedaron a solas, la hija de su mejor amigo pronunció una frase corta, solo dos palabras; seis sílabas que, sin embargo, tuvieron un efecto más potente que toda una novela.

—Está despedido. —Su voz temblaba de ira.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No tengo por qué justificarlo, y no pienso hacerlo.

Se colocó detrás de su escritorio, como si ese fuera un muro protector.

—¿A partir de cuándo? —logró preguntar Carl. Estaba esperando con temor aquella noticia, pero no pensaba que sería tan pronto. Le pareció una escena completamente irreal.

—Desde este mismo instante. Informaré a sus clientes por teléfono de inmediato.

Así que, después de tantos años, iba a desaparecer sin una sola palabra. Como un libro que termina a mitad de una frase. No era posible.

—¡Por favor, deje que me encargue yo mismo! —Como Sabine no dijo nada, añadió—: Si me lo permite, no causaré ningún problema y les diré a todos que ha sido una decisión de común acuerdo o, si lo prefiere, que he sido yo el que ha renunciado.

Ella no respondió, pero asintió con la cabeza y señaló hacia la puerta.

Así dejó Carl Kollhoff de ser librero.

SABER QUE ES la última vez que uno hace algo confiere un aura especial incluso a las acciones más sencillas. Carl nunca había doblado los bordes del papel de regalo con tanta perfección, ni los había alineado con tanta precisión. Dejó el libro de Effi para el final. Lo envolvió con tanto cuidado y ternura como se arropa a un niño. Mientras lo tenía entre las manos, pensó en lo ligero que era. En él se contaba toda una vida y, sin embargo, solo pesaba unos cientos de gramos.

Cuando lo metió en su mochila, sintió que le faltaba el aliento. Era un viejo tonto. Ya sabía que algún día tendría que dejar de trabajar en la librería y, sin embargo, había esperado que aquello nunca ocurriera. También sabía que algún día moriría, pero no era capaz de imaginarlo. Había tenido décadas

para acostumbrarse a la idea, pero para algunas cosas uno necesita un poco más de tiempo. Milenios, quizá.

Echó un vistazo al almacén desordenado y sin ventanas donde se apilaban los catálogos de las editoriales, los libros desechados que esperaban a ser devueltos y los materiales promocionales de las novedades que hacía mucho tiempo que habían dejado de ser nuevas. Siempre le había parecido una cueva cálida y segura.

Tomó la salida trasera.

De nuevo esperó a Shasha, en vano. Pero en aquella ocasión no fueron muchos minutos, porque era mejor que la niña no lo acompañara aquel día. Solo le habría puesto las cosas más difíciles: ella no le habría dejado apartar su tristeza como un invitado no deseado. Carl quería que esa última ronda con la mochila llena de libros a la espalda fuera un paseo normal y corriente, como podría haber sido cualquiera de los días anteriores; que no fuera acompañado por la melancolía, sino por la serena y tranquilizadora rutina de la vida cotidiana. No caminó ni más rápido ni más lento que de costumbre; tampoco dudó al pulsar por última vez el timbre de *mister* Darcy. Era el primero de su última ronda, de lo cual se alegraba, porque se tomaría la despedida con mucha calma, como correspondía al caballero inglés que Carl veía en él.

Sin que en un principio se diera cuenta, de sus ojos empezaron a brotar las lágrimas. Bajo el microscopio, las lágrimas emocionales tienen un aspecto diferente de las que lloramos por reflejo, provocadas por un viento fuerte o al cortar cebollas, y también son distintas de las que sirven para evitar la sequedad o la entrada de sustancias irritantes. Además, por lo que se sabe, el llanto no se da en el reino animal; es algo típicamente humano. No importa de dónde vengas ni qué idioma hables: todos los humanos lloran. Visto así, Carl llevaba muchos años sin ser un auténtico ser humano, porque había olvidado cómo llorar.

Ese pensamiento pasó por la mente del librero cuando Darcy abrió la pesada puerta.

—Señor Kollhoff, ¿se encuentra bien? Está llorando.

—¿Llorando? —Se secó las lágrimas con la mano y se miró con asombro las puntas de los dedos húmedos—. Es verdad.

—¿Le ha entrado algo en el ojo? —El señor Darcy esperaba que respondiera de forma afirmativa, porque no tenía mucha experiencia en conversaciones consoladoras.

—Es algo de los conductos lagrimales —respondió Carl para evitar la pregunta. A continuación, sacó el libro de la mochila y se lo entregó con manos temblorosas.

—Veo que hoy lo ha envuelto con especial precisión.

—Me apetecía.

—¡Los días que lo veo a usted y me trae un libro siempre son buenos! Luego, cuando me pongo a leer, siento que estoy a punto de conocer a un nuevo amigo. —Miró a su alrededor—. Hablando de amigos, ¿cómo es que hoy no ha venido Shasha? ¿La aburrí tanto con mi reloj de flores la última vez que no ha querido volver?

Carl no quería pensar en ello.

—¿Qué le pareció *Orgullo y prejuicio*?

—¡Maravilloso! Lo he leído tres veces seguidas. Me ha tenido totalmente absorto los últimos días. ¿Sabe por qué?

—Supongo que porque está muy bien escrito.

—Eso también. Pero sobre todo porque me reconocí en un personaje.

—¿Ah, sí?

—Sí, Charles Bingley. Por supuesto, yo soy mayor que él, pero por lo demás somos muy parecidos. Usted lo sabía perfectamente cuando lo seleccionó para mí, ¿verdad?

Carl sonrió fatigado.

—Lo que uno sabe y lo que cree saber a veces son dos cosas diferentes.

—¿Le gustaría pasar un momento? Podríamos hablar del libro. —Darcy abrió la puerta con un gesto de invitación.

—Lo lamento, hoy no dispongo de tiempo, tengo muchas entregas. En otra ocasión, me encantaría. —Y Carl pensó: «si es que aún quiere charlar con un exlibrero»—. Hay otra cosa que quería decirle. —Tomó aire—. En el futuro...

—¿Sí?

Tenía la boca seca. Su corazón estaba seco. Su mundo se había secado.

—¿Le puedo ofrecer un whisky?

—En el futuro... —empezó de nuevo Carl y cerró los ojos antes de lanzarse—. En el futuro...

Se le cerró la garganta, las cuerdas vocales se le paralizaron, todo su cuerpo se negó a obedecer. Carl fue incapaz de decir la verdad.

Se rindió. Y se refugió en una mentira.

—En el futuro sin duda tendré tiempo, porque, al fin y al cabo, quién sabe cuánto tiempo nos queda.

—¿Está usted enfermo, señor Kollhoff?

Lo miró fijamente durante mucho tiempo.

—Solo padezco esa enfermedad llamada vejez. Y ahora debo continuar mi ronda. Que le vaya bien.

Darcy le puso una mano en el hombro. Nunca antes lo había hecho.

—A usted también, señor Kollhoff. Se lo deseo de todo corazón.

Aunque no sabía qué era lo que apesadumbraba a su colega, intuía que algo iba muy mal. Pero como Darcy era un hombre al que no le gustaba que lo presionaran para que hablara cuando no quería, dejó que Carl guardara silencio y se limitó a entregarle el siguiente pedido en un papelito.

El librero se alejó con la cabeza gacha, como si un gran cuervo estuviera sentado sobre ella.

—Qué débil soy —le dijo a Shasha, que no estaba allí—. ¡Como si pudiera esconderme de la verdad! La verdad es como un sabueso, me encontrará.

En la siguiente esquina apareció *Perro*, que le ladró en señal de saludo. ¿Acaso la vida estaba tratando de decirle algo?

—Hola, tú. —Acarició su cabecita estirada—. Te prefiero a ti antes que a la verdad. —Se acarició el bolsillo vacío del pantalón—. Siento no haber traído ninguna golosina. Pensaba que no ibas a venir.

Perro se quedó a su lado de todas formas. De repente, Carl tuvo la sensación de no vivir en una ciudad con muchos miles de habitantes, sino en un pueblo cuya existencia solo él conocía. El pueblo de los lectores. A primera vista, las casas de aquella aldea no estaban unas al lado de las otras, pero en realidad era como un acordeón: las crestas del fuelle quedaban muy separadas cuando se extendía, pero al empezar a tocar y cerrarlo para expulsar el aire, se rozaban. Mientras caminaba, los espacios entre las casas y las personas que las habitaban desaparecían; ya tuviera que dar dos pasos de una a otra, o cien, las casas siempre estaban juntas. Pero ni siquiera los habitantes de la Aldea de la Lectura sabían de la existencia del vínculo que los unía. Solo él.

CON LOS DEMÁS clientes le ocurrió lo mismo que con *mister* Darcy. En casa de Effi, el timbre había vuelto a funcionar y su rostro volvía a lucir inmaculado, pero sus ojos se habían nublado como si albergaran nubes de lluvia; en casa de la señora Calzaslargas («En la cocina ardía el juego del hogar»); en casa del doctor Fausto, que había colgado el calendario de

cachorros de Shasha, pero seguía reprochando a los perros su pasado lobuno; en casa de Hércules, que, sentado a la mesa de la cocina le explicó a Carl las letras de la A a la D con tanto entusiasmo como si la humanidad acabara de descubrir esas magníficas criaturas; en casa de la hermana Amarilis, que afirmaba que los asesinos en serie eran sus favoritos, sobre todo si eran católicos y asesinaban según la Biblia. Y también en el hogar del Lector, que le mostró su agradecimiento con un ejemplar de *El tango silencioso* encuadernado con hilo de coser. Su jefa estaba tan entusiasmada que lo había invitado a su casa el sábado siguiente para que le leyera de nuevo el maravilloso primer capítulo (con la escena del baile, en la que saltaban chispas de alta tensión erótica).

Para todos ellos fue un día más en que el librero Carl Kollhoff les llevó libros a casa en su ronda vespertina. Para él, fue el primer día que transcurrió como un eco de su vida anterior.

Cuando llegó a casa, el miedo lo sacudió como si una enorme mano sujetara su cuerpo e intentara expulsar de él hasta el último destello de felicidad.

6

Pistas

CARL EMPEZÓ a comprar él mismo los libros que entregaba.

No recibía nada a cambio, porque los clientes seguían ingresando el dinero en la cuenta de la librería. La operación solo se descubriría cuando el simpático asesor fiscal del bufete de abogados Lovenberg, Müller & Czöppan cerrara las cuentas del año en curso.

Para poder adquirir suficientes libros, Carl vendía los suyos. Cada día desaparecían unos cuantos más de las estanterías; uno a uno, todos los amigos de papel que habían convivido con él durante años o décadas iban abandonando su piso. Como no se atrevía a llevárselos personalmente a Hans a la librería de viejo, pagaba por ello al aprendiz Leon, al que esperaba a la puerta de la librería después del cierre. Apenas conseguía nada por sus tesoros. En ocasiones, un libro nuevo le costaba lo mismo que veinte viejos. Además, sus clientes le pedían más títulos que nunca, ya que de este modo intentaban aliviar su tristeza.

CARL TUVO QUE vivir el entierro de Gustav desde la distancia. La comitiva funeraria fue muy reducida: solo tres personas acompañaron al viejo librero en su último viaje. Esperó a que se marcharan antes de acercarse a la tumba para entregarle a su viejo amigo unos cuantos volúmenes con las historias de Winnetou y Viejo Shatterhand. Los valientes héroes cuidarían de él. Al fin y al cabo, pensó que el papel estaba compuesto de carbono, como los seres humanos. Los libros y las personas estaban hechos de la misma materia.

También siguió regalando libros a sus clientes, lo que vaciaba sus propias estanterías a mayor velocidad. Darcy recibió todas las novelas de Jane Austen, y Effi, después de una serie de libros sobre mujeres que abandonaban su matrimonio, novelas policíacas sobre esposas que asesinaban a sus maridos. El veneno parecía ser el método preferido. Por supuesto, Carl no

quería animarla a imitarlas, sino mostrarle cómo acabaría todo si no dejaba a Matthias.

—No hace falta que me traigas estos libros, todo me va de maravilla —le dijo Effi en una ocasión, bajo indicación de su marido, que había encontrado las novelas y había leído la contraportada. Luego había tirado los libros a la basura, junto a las novelas favoritas de su mujer—. Me temo que se ha hecho una impresión totalmente equivocada —continuó Effi.

Pero Carl vio que ya no había flores en el pasillo que siempre aparecía detrás de ella cuando abría la puerta, ni ramos de flores ni plantas en macetas. Ya no quedaba nada con vida en aquella casa. Entonces Effi cerró con rapidez, porque eran demasiadas mentiras a la vez y no estaban empaquetadas de forma tan bella como los libros.

Solo frente a la puerta cerrada, Carl echó mucho de menos la animada charla de Shasha. Siempre le había recordado al traqueteo de la rueda de un molino impulsado por un pequeño arroyo que centellea al sol. Por eso hablaba con ella, y ella con él.

—Está mintiendo —le dijo Shasha en su imaginación—. La impresión no fue para nada equivocada.

—Lo sé, pero no nos miente a nosotros, se miente a sí misma.

La niña le instaba a seguir adelante cuando sus pasos se volvían lentos. Le decía, por ejemplo: «Tienes que caminar más rápido, si no, los libros se estropean». Y, cuando se acercaron a la heladería Pino, le espetó con severidad: «Hoy no hay helado, necesitas el dinero para los libros. Son un alimento que dura mucho más».

Carl se dio cuenta de que no podía seguir así y que necesitaba a la verdadera Shasha.

Pero no podía llamarla ni visitarla, porque ella nunca le había dicho su apellido ni le había mostrado dónde vivía.

Decidió recorrer los patios de las escuelas de la ciudad a la mañana siguiente, con los ojos bien abiertos, y preguntar a los niños de la edad de su pequeña amiga por una niña de pelo oscuro y rizado. Cualquiera que se hubiera topado con ella, aunque fuera una sola vez, nunca la olvidaría.

CARL HABÍA ESCALADO el monte Everest y buceado en la fosa de las Marianas, había viajado por el salvaje Kurdistán y explorado la gélida Antártida. Los libros le habían permitido experimentar todo aquello, pero le habían evitado con gran misericordia el mundo de las escuelas alemanas.

¡Aquella algarabía de gente menuda corriendo por todas partes! De niño, Carl había encontrado un hormiguero en el bosque y había acudido una y otra vez durante semanas para observarlo. Allí también reinaba una gran actividad, pero había un orden interno. En cambio, en el patio del colegio St. Leonhard habían conseguido recrear con éxito la teoría del caos.

De camino a la puerta principal, Carl no paraba de chocarse con los niños o, mejor dicho, ellos lo atropellaban a él. Pero los gritos y los chillidos eran aún peor que aquella conmoción. La lectura era una actividad tranquila. Incluso cuando las páginas hablaban de los elefantes de campaña con los que Aníbal había cruzado los Alpes en el 218 a. C., ningún toque de trompeta de los animales hacía temblar la ventana del salón, y cuando los tanques de la División Fantasma de Rommel rompieron la Línea Maginot cerca de Maubeuge, su propia respiración era el sonido más fuerte que había en el salón. Todo aquello solo se podía escuchar con los ojos.

Cuando por fin logró entrar al edificio, se apoyó contra una pared y respiró hondo. Entonces fue preguntando hasta dar con la secretaría, donde le dijeron que no estaba permitido facilitarle ninguna información, por lo que decidió preguntarles a los niños.

Justo en ese momento sonó la campana que marcaba el fin del recreo, de modo que todo el alumnado pasó por delante de él como una marea tormentosa. Sin embargo, un niño de la edad de Shasha iba trotando a un paso lo bastante lento como para que Carl pudiera hablar con él.

—¿Conoces a una niña llamada Shasha?

—Menudo nombre tan raro —respondió el chico.

—Pensé que así se llamaba la gente hoy en día. Como Edeltraud o Gertrud en los viejos tiempos.

—Pues no. En esta escuela nadie se llama así. Ahora me tengo que ir a Geografía.

Y encima se le habían olvidado los deberes, otra vez. Pero eso no se lo dijo a aquel viejo tan extraño.

Por su edad, Carl calculó que Shasha tendría que ir a cuarto o a quinto de primaria. Partiendo de la Münsterplatz, había marcado en un mapa todas las escuelas posibles. Había siete en total. El colegio St. Leonhard había sido el primero.

No estaba seguro de que sus oídos y sus nervios pudieran soportar los otros seis.

En las escuelas siguientes se ahorró el viaje a la secretaría y se acercó directamente a los alumnos que estaban en el patio durante los recreos y las

pausas entre clase y clase. Preguntó a chicos y grandes, mencionó el nombre de Shasha y la describió lo mejor que pudo.

Logró llegar a los seis. En el último de ellos, la Escuela Pestalozzi, ya había interrogado a tres alumnas cuando el supervisor del recreo, un profesor con la chaqueta de Goretex cerrada hasta arriba, se plantó delante de él.

—¿Puedo preguntar qué o a quién está buscando?

—A Shasha —respondió Carl—. Tiene nueve años y el pelo...

—Aquí no hay ninguna niña con ese nombre —lo interrumpió el profesor—. Por favor, abandone el patio del colegio ahora mismo y no vuelva a hablar con nuestros alumnos; de lo contrario, llamaremos a la policía.

—Pero...

—¿Quién es esa Shasha? Su nieta no será, pues entonces usted sabría a qué escuela va.

—Ella es... —Carl vaciló.

El supervisor del descanso lo agarró por el brazo.

—¿Se siente confundido? ¿Quiere que llame a alguien?

—Sí. No... —respondió Carl, pero solo consiguió sonar aún más confuso—. Será mejor que me vaya.

—Buena idea. —El hombre le dio una palmadita en la espalda, un gesto que a él le recordó a un matasanos acariciando el flanco de un caballo condenado a muerte.

Como la séptima escuela ya había cerrado, decidió buscar a Shasha por las casas de sus clientes. Y, como no podía soportar más que la niña no lo acompañara, volvió a permitirle que apareciera a su lado. Llevaba su chaquetón amarillo, que ese día brillaba como nuevo. Su pequeña mochila iba llena a rebosar, pero ella seguía saltando y brincando como si el suelo fuera de goma. Carl la dejó hablar con él todo el tiempo. Y él le respondía, no solo en su mente.

Primero se dirigió a casa de Darcy, porque allí era donde siempre comenzaba su ronda.

—Me encanta Darcy, y su jardín aún más —explicó Shasha.

—¿Entonces por qué no dijiste nada cuando nos enseñó su reloj de flores?

—Viejo tonto —le respondió ella con ternura—. Ese día estaba impaciente porque quería regalarle un libro. Creo que podría estar en su jardín, sentada en su gran sillón.

Al llegar a casa de la señora Calzaslargas, Shasha dijo:

—¡Seguro que estoy aquí!

—¿En casa de una profesora?

—Después de todo, ya no trabaja en la escuela. Los profesores solo son realmente malos en la escuela. Ahí tienen a los niños bajo su poder.

—Eso suena terrible.

—Porque lo es. Solo que hace tiempo que lo has olvidado. Pero ahora es una persona agradable. Es como un dragón que ya no puede despedir fuego por la boca. Podría estar con ella para aprender.

—¿Sin miedo a morir carbonizada?

—¡Por fin lo has entendido!

Cuando llegaron a casa de Hércules, Shasha no tuvo ninguna duda.

—¿Acaso hay un lugar mejor que la casa de un tío fuerte que siempre te ofrece algo de beber?

—¿Desde cuándo dices tío y no tipo? —A veces Carl recordaba que estaba hablando solo, pero siempre encontraba la forma de volver a meterse en la historia enseguida.

—Tío. Tipo. Da lo mismo. Empezaré a usar tus palabras anticuadas para que me entiendas.

—Gracias, es muy amable por tu parte.

Había ido a casa del doctor Fausto porque tenía muchas ganas de volver a ver el calendario de cachorritos, especialmente el perro salchicha de septiembre. Y a la del Lector para que le leyera en voz alta el libro que tenía asignado en la escuela. Cuando llegaron a casa de la hermana Amarilis, Shasha estaba muy segura de encontrarse detrás de los muros del convento, porque siempre había querido ser monja, lo que a Carl le resultaba extraño, pero tampoco tanto.

A todos ellos, Carl les preguntaba: «¿Han visto a Shasha? ¿Ha pasado por aquí?».

Pero nadie la había visto. La niña no había ido a visitar a ninguno de ellos. Y todos estaban preocupados.

Porque él no era el único a quien Shasha le había robado el corazón.

HABÍA DEJADO A Effi para el final. O lo había hecho Shasha, Carl no podía asegurarlo. Era como si se acercara al último capítulo de un libro y le preocupara que no estuviera a la altura de las expectativas.

—¿Por qué debería estar con Effi? —le preguntó ella—. Está muy triste y su marido me da miedo.

—Tú eres muy valiente y tienes buen corazón. Quieres ayudarla.

—Tú también tienes buen corazón, ¿por qué no la ayudas?

—Porque vivo muerto de miedo —contestó, calándose el sombrero—. Por eso llevo décadas viviendo siempre el mismo día. Solo varían pequeñas cositas. Eso es lo que hace la gente miedosa.

—¡Pero yo no soy una cosita!

—No, la verdad es que no —respondió Carl—. Ahora toca el timbre.

Ella clavó el dedo meñique contra el pecho de su amigo.

—¿Tampoco te atreves a pulsarlo?

—Llama de una vez.

Effi tardó en llegar. (Esa vez no estaba detrás de la puerta, sino que salió del sótano). No parecía tan perfecta como de costumbre, sus ojos mostraban ojeras y tenía la piel enrojecida.

—¿Señor Kollhoff? ¿Qué ha pasado? Usted nunca viene a esta hora.

—¿Ha visto a Shasha?

—¿Es que se ha perdido?

—Sí, bueno, llevo sin verla desde... —Entonces comprendió el significado de la pregunta. ¿No sería que no solo la había perdido él, sino que se había perdido para todos? ¿Que había desaparecido? ¿Le habría pasado algo?

—¿Ha leído algo en el periódico o ha oído algo en la radio? —Carl negó con la cabeza—. ¿Y en su casa tampoco está?

El miedo se agolpó en el estómago de Carl como una pesada pelota de cuero.

—Siempre nos encontrábamos en la Münsterplatz.

—Seguro que está bien. Tal vez se encuentre de viaje con la escuela.

—Me lo habría dicho. No es propio de ella desaparecer por las buenas. Se puede confiar en Shasha.

Effi acarició suavemente la mano de Carl.

—Señor Kollhoff, me gustaría mucho ayudarlo y acompañarlo en su búsqueda. Pero la verdad es que no puedo... —Se interrumpió—. Lo siento mucho.

Sin decir nada más, cerró la puerta.

Y ya no habló nadie más. Porque su pequeña amiga también guardó silencio a partir de aquel momento.

Y el librero no repartió ningún libro aquella noche.

ELIMINAR LA RONDA de entregas fue como quitar una pequeña piedra en la meticulosa construcción que era la vida de Carl, pero aquella chinita era la

que aseguraba todo un muro de carga. Aquella noche tardó mucho en dormirse, y a la mañana siguiente no oyó el traqueteo del viejo despertador. Al despertar, se sobresaltó al ver las manecillas de la esfera del reloj, se vistió a toda prisa y, sin desayunar ni afeitarse, se dirigió directamente a la última de las siete escuelas, porque allí era donde tenía que estar Shasha.

Las visitas del día anterior le habían causado mucho estrés, por lo que trató de calmarse pensando que se encontraba rodeado de libros, algunos metidos en las mochilas y otros tirados sobre las mesas. Aunque fueran libros escolares que no estaban hechos para calmar a nadie.

Cuando sonó el timbre del primer recreo en la escuela Carl Orff y los niños salieron en tropel al patio, el librero se situó junto a las puertas dobles y gritó una y otra vez el nombre de Shasha. Con cada abrigo amarillo se estremecía y llamaba aún más fuerte; con cada cabeza oscura y rizada que se acercaba, estiraba el cuello.

En algún momento, el flujo de niños se redujo. Los últimos salían más despacio, de modo que Carl empezó a interrogarlos uno a uno. Al menos eso era lo que él pensaba que estaba haciendo, cuando en realidad les estaba recriminando. «Shasha debe de estar aquí, ¡dime dónde puedo encontrarla!», o «¿Shasha sigue dentro? ¿Está enferma? Seguro que lo sabes».

Ningún niño sabía nada de su amiga, pero sabían mucho sobre cómo escapar a la carrera. En aquella ocasión, el encargado de expulsarlo fue el conserje, que llegó empuñando una escoba como si estuviera practicando un arte marcial asiático extremadamente doloroso. Carl se dirigió al supermercado más cercano.

Se paró brevemente frente al estante con los silvaner de Franconia, pero terminó llevándose un vino de mesa italiano en tetrabrik de la estantería inferior. Sus dedos no se deslizarían por la elegante curva de una botella redondeada, sino por las afiladas esquinas y cantos de cartón. En cuanto salió a la calle, rasgó una esquina y bebió a morro.

En su camino de regreso pasó por delante de la valla enrejada que rodeaba el patio de la escuela St. Leonhard. Las risas y los gritos de alegría de los niños le parecieron una burla y desvió la mirada. Con el rabillo del ojo vio algo amarillo, pero no se volvió a mirar.

Entonces una voz infantil gritó: «¡Devuélveme mi libro». Y entonces sí que se paró. Como si fuera asunto suyo cuando un libro estaba en peligro en algún lugar.

Y allí estaba ella.

Sin su abrigo amarillo de invierno. No había sido la voz de Shasha la que había gritado, sino la de un chico pelirrojo que estaba cerca e intentaba a la desesperada alcanzar un libro de texto que un alumno más alto sostenía por encima de su cabeza y que este lo apartaba cada vez que el otro daba un salto para recuperarlo.

Carl pudo leer en los labios de Shasha cuando esta exclamó:

—¡Es el paseador de libros!

Se acercó corriendo hasta la verja.

—Me estabas buscando, ¿verdad?

Carl se sintió tan feliz como una botella de champán que acaba de ser descorchada y derrama sus burbujas. Se sentía tan feliz que le dolía el corazón.

—Estaba preocupado por ti. Menos mal que te he encontrado.

La niña lo abrazó a través de los barrotes.

—Te he echado mucho de menos, ¿sabes? —le dijo ella.

—Yo también a ti.

—Pero yo mucho más. Hasta la luna y de vuelta.

—Esa frase es de un libro.

—¡Pero de todas formas es verdad! —Ella sonrió.

—Ayer pregunté por ti aquí, pero nadie te conocía.

—¿Preguntaste por Shasha?

—Sí, por supuesto.

Ella sonrió.

—Es que aquí no hay ninguna Shasha.

—Pero...

Se señaló a sí misma.

—Te presento a Charlotte. Solo contigo soy Shasha. Siempre he deseado que mis amigos me llamaran así, pero ellos no quieren. El nombre se me ocurrió a mí sola.

Aquella historia era verdad, en parte. Charlotte se había inventado una superheroína, porque los chicos del B siempre estaban presumiendo del Capitán América y de Ironman en el recreo. Así que ella se había imaginado a una mujer que volaba sobre la ciudad con una capa roja al viento y ojos que despedían rayos láser amarillos.

Shasha.

Y era exactamente igual que su madre en la foto del marco negro que se encontraba sobre la cómoda del pasillo. Charlotte siempre le ponía margaritas

que recogía cuando volvía de la escuela, de las que crecían entre los adoquines.

—Encantado de conocerte, Charlotte —dijo Carl haciendo una reverencia—. Es un honor para mí llamarte Shasha.

—¡Estoy de acuerdo!

Carl tiró el cartón de vino a un cubo de basura.

—¿Por qué has dejado de venir?

—No he podido —dijo Shasha. Con esa respuesta también decía la verdad, pero omitía una parte importante de la historia.

La directora, la señora Disselbeck, había llamado a su casa debido a las dos horas que había faltado a la escuela por la visita a la fábrica de tabaco. Shasha se lo había confesado todo a su padre, que le había prohibido volver a entregar libros con Carl. De nada sirvieron los llantos y las súplicas, ni las cartitas con corazoncitos y porfavores, ni los desayunos en la cama con tostadas en forma de árboles de Navidad. Ni siquiera las cenas en las que tanto se había esforzado por adornar las sopas de sobre.

Aunque a Shasha le gustaba hablar como si las palabras fueran bombones que se le derretían en el paladar, guardó silencio sobre el motivo por el que no había aparecido las tardes anteriores. Pero como un momento de silencio le habría dado a Carl la oportunidad de preguntar, ella prefirió hablar de otra cosa.

—Esta es mi amiga Jule, mi mejor amiga para siempre. Bueno, por ahora. Ella también te conoce y dice que tienes un cuello raro. Como el de su abuelo.

Carl se pasó la mano por el cogote.

—Yo lo llamo mi cuello de pavo. Hay que ser muy mayor para lograr uno así, de joven uno no es capaz de manejarlo.

—¿Manejarlo? ¿Cómo que manejarlo?

—Solo si tienes uno puedes hacer esto.

Carl movió los brazos como si fueran alas e imitó los arrullos de un pavo. La felicidad de haber recuperado a su pequeña amiga era más embriagadora que cualquier cartón de vino. La niña se rio a carcajadas, pero luego miró nerviosa a su alrededor para ver si alguno de sus compañeros había visto lo que acababa de suceder.

El chico pelirrojo la señaló y resopló.

—Es Simon, ¿no? —preguntó Carl—. ¿El que siempre te empuja?

Shasha asintió vacilante.

—¡No le digas nada, por favor!

—Por supuesto que no, yo arreglo las cosas de otra manera.

—¿Con libros? —preguntó Shasha.

—Así es. ¿Sabes su dirección? Ahora que lo veo, sé cuál es el libro adecuado para él.

Shasha se la escribió en el dorso de la mano.

—Pero no será nada vergonzoso, ¿verdad? Por favor. —En ese momento sonó el timbre de la escuela—. Me temo que tengo que volver a clase.

—¿Vendrás otra vez de ronda conmigo?

Shasha apretó los labios.

—Claro.

—¿Esta noche?

Ella asintió despacio, pero no dijo nada más. Luego atravesó el patio a la carrera hasta la puerta de entrada al edificio, cuya laca de color granate mostraba muchos desconchones.

EN EL CAMINO de vuelta, Carl pasó por delante de una pequeñísima tienda que vendía flores de papel de seda y entró haciendo caso a un impulso. Preguntó por las que crecían en la isla del Tesoro, en el salvaje Oeste o en el Misisipi, donde vivía Huckleberry Finn, pero la vendedora no sabía si allí crecían rosas, tulipanes, amapolas o claveles, que eran las únicas que tenía ella. Carl eligió una de cada, de distintos colores, porque Gustav había sido una persona con muchas tonalidades. Cuando le dijo que eran para el cementerio, la joven las envolvió con mimo con una fina hoja de papel mientras meneaba la cabeza. Por desgracia, no estaban hechas para eso. En el exterior, las flores de papel perderían sus pétalos más rápido que las auténticas.

—No se preocupe —respondió Carl—. Solo intento hacer reír a un viejo amigo.

Gustav había conocido el papel en todas sus variedades, siempre impreso con muchas palabras, pero probablemente nunca con forma de flor.

MIENTRAS CERRABA LA puerta del cementerio tras de sí, Carl vio que Sabine estaba de pie junto a la tumba de su padre, por lo que decidió girar a la derecha y sentarse en el banco de hierro fundido. Allí Shasha, en una ocasión, le había mostrado el álbum donde anotaba sus grandes ideas sobre qué libro sería el adecuado para que cada uno de sus clientes encontrase la felicidad. El banco estaba muy cerca de la tumba de Gustav, pero separado de ella por un

denso arbusto de hoja perenne. Solo si se miraba en el ángulo exacto y se sabía hacia dónde mirar, se podía ver a través de él.

Sabine se arrodilló ante la tumba, sobre la que había una sencilla cruz de madera provisional.

—Mira —dijo—, así es como quedará. Toda la lápida tendrá la forma de un libro abierto, y en él se grabará un texto que relate tu vida. —Se colocó con nerviosismo un mechón por detrás de la oreja—. He venido a mostrarte algo hermoso y, sin embargo, imagino que me estás haciendo reproches por tu funeral. —Arrugó el boceto y lo metió en el bolsillo de su chaqueta—. ¡Pensé que sería lo mejor! Solo cuando llegó el momento y vi que éramos tan pocos frente a tu tumba, eché de menos a todos. Y me dio pena por ti. Siempre te gustó tener mucha gente a tu alrededor. Lo siento, ¿me oyes? —Arrancó una mala hierba que acababa de asomar entre la tierra—. A veces no me aguanto a mí misma. Y estoy segura de que no soy la única. Sin embargo, solo intento hacer las cosas bien para que te sientas orgulloso de mí. Pero eso ya no ocurrirá nunca más, por mucho que me empeñe. Yo tuve mis oportunidades y tú las tuyas. Pero ninguno de los dos las aprovechamos, ¿verdad? Creo que me falta tu gen de librero, simple y llanamente. Por mucho que me mate a trabajar, nunca seré como tú, ni como tu querido Carl. Todavía me veo como una niña ante sus ojos. ¿Sabes que una vez fue a quejarse a mi profesor de Lengua porque me había puesto un aprobado raso y él pensaba que me merecía un sobresaliente? Mis amigas se enteraron, ¡me dio muchísima vergüenza! Actuaba como si fuera mi padre, pero mi padre eras tú. O puede que no. Probablemente su intención era buena, estoy segura de ello, pero yo no se lo había pedido. No lo necesito, puedo hacerlo todo sola. ¡Deja de una vez esa sonrisa amarga! ¿No puedes ser cariñoso conmigo ni siquiera muerto? ¿O al menos un poco comprensivo? No, eso nunca se te dio bien. —Levantó la vista de la tumba hacia el cielo azul tinta y respiró con cierta dificultad—. ¿Recuerdas aquella vez que te enfadaste tanto porque pinté en todas las páginas en blanco que había al final de tus libros? Dibujé imágenes siempre a juego con el título. El de *El gato y el ratón*, de Günter Grass, incluso me salió bien, pero te pusiste hecho una fiera porque había mancillado tus queridas novelas. ¡Era una niña pequeña, por el amor de Dios! Pero era imposible competir con todos tus ejemplares. —Sabine se levantó—. ¿Por qué ha hecho falta que te murieses para que te pueda contar todo esto? —Se subió ruidosamente la cremallera de la chaqueta—. ¿Sabes qué es lo más triste? Que de verdad me encantan los libros. Pero nunca me han hecho tan feliz como a ti. Y eso nunca te lo podré perdonar.

Vaciló un segundo, luego acarició la cruz de madera y se marchó.

Carl esperó a que la mujer saliera del camposanto para colocar las flores de papel sobre la tumba de su querido amigo. Gustav iba a necesitar tiempo para procesar lo que su hija acababa de decirle. Siempre le había preocupado que Sabine no fuera capaz de dirigir la librería, por eso nunca le había pasado ni una, con la esperanza de que ella lo entendiera más adelante. Ahora que Gustav se había enterado de que su estrategia había sido un gran error, ya no había tiempo para cambiar nada. Su historia con su hija nunca tendría una segunda parte.

AQUELLA TARDE, CARL siguió vaciando estanterías. Pronto se quedaría viviendo solo. Mientras que al principio miraba cada libro y sentía lo cercano que estaba de su corazón, ahora todos terminaban sin miramientos en cajas marrones de mudanza. Leon se pasaría pronto a recogerlos y la recaudación sería suficiente para una nueva ronda.

Llegó a la plaza más puntual que de costumbre y buscó a Shasha con la vista. La niña apareció sin aliento, pero de buen humor. Su padre había quedado con un compañero de trabajo. Antes de salir, le había preparado una buena cena, con grandes albóndigas de patata, guisantes y zanahorias, y mucha salsa sustanciosa. Además, como estaba obedeciendo su prohibición y ya no quedaba con el librero, le había hecho un regalo: un juego de ajedrez. Quería enseñarle a jugar, pero a ella no le hizo la menor gracia, porque el año pasado le había dicho que había un club de ajedrez en el colegio que le parecía totalmente estúpido.

Shasha esperaba que su regalo para Carl fuera mejor. Lo sacó de la mochila.

—Toma. Para ti. —Era una hoja de papel tamaño folio enrollada y atada con un lazo rojo.

—¿Quieres que lo abra ahora mismo?

—¡Claro! Quiero ver cuánto te alegras.

Carl desató el lazo con cuidado y desenrolló la hoja. Incluso antes de que le diera tiempo a mirarlo bien, Shasha se puso a explicarle el dibujo que había pintado con lápices de colores.

—Ese eres tú, en el centro, como un ratón de biblioteca; a tu lado se encuentra *Perro*, y a tu alrededor están tus amigos. ¿Los reconoces a todos?

—Ese es Darcy —respondió Carl, señalando a un ratón situado frente a una magnífica casa. Todos los personajes eran ratones—. Y ahí están Effi con

las flores; Hércules con las pesas en la mano; el Lector con un puro; el doctor Fausto con sus enormes gafas y la hermana Amarilis con el hábito de monja. Y esta debe de ser la señora Calzaslargas. —La niña la había colocado detrás de Hércules con un puntero en la mano—. ¡Qué detalle tan bonito has tenido!

—¿Te gusta?

—¡Muchísimo! ¿Puedo darte un abrazo?

—Claro, no hace falta preguntar. Yo siempre los doy directamente.

Era agradable abrazarla así. Aunque al principio Carl no supiera dónde poner los brazos, Shasha lo sabía muy bien, era toda una maestra. Y, al igual que pasa en el baile, era importante que uno de ellos supiera hacerlo bien para poder guiar al otro.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Carl—, los ratones de biblioteca son animales muy raros y, por lo general, muy tímidos. Una especie en extinción que debe ser protegida con urgencia.

—¡Yo te protegeré!

—¿Puedo pedirte un favor?

—¡Claro!

—¿Puedes añadir al dibujo al ratón más importante de todos?

Shasha se separó del abrazo y tomó el papel.

—¿Quién se me ha olvidado?

Carl se rio.

—¡Se te ha olvidado dibujarte a ti misma!

Ella desechó la idea.

—Yo no soy nada importante.

—¡Desde luego que sí! —replicó Carl.

—A ver quién llega primero a casa de Darcy. —Shasha salió corriendo, pero luego se detuvo y se dio la vuelta riendo—. ¡Era broma! De todos modos, no tendrías nada que hacer contra mí.

Fue entonces cuando Carl echó a correr.

En realidad, no tenía ninguna posibilidad ni le quedaba aliento cuando llegó frente a la mansión, pero Shasha no le dio tiempo a recuperarse. Ya estaba llamando al timbre cuando él consiguió alcanzarla.

El hombre abrió la puerta enseguida con una gran sonrisa.

—«La persona, ya sea un caballero o una dama, que no encuentre placer en una buena novela, debe ser insoportablemente estúpido». —Cuando Carl lo miró interrogante, Darcy añadió con una sonrisa—: ¡Mi cita favorita de hoy! Es del señor Tilney, de *La abadía de Northanger*. —Les hizo señas para

que entraran—. Tengo algo que mostrarles. Sobre todo a ti, Shasha. ¡Especialmente a ti!

Recorrió con pasos rápidos el largo pasillo hasta llegar al gran salón, tras cuyos ventanales se extendía el parque con su reloj de flores.

Carl y Shasha lo notaron a primera vista: *mister* Darcy ya no vivía solo. Había colocado una estantería en la que se encontraban las novelas de Jane Austen. Allí estaban, haciéndole compañía, Fanny Price, Anne Elliot, Catherine Morland, Elinor y Marianne Dashwood, y, por supuesto, Emma Woodhouse y Elizabeth Bennet. Aunque no tendría el placer de contemplarlas mientras ellas leían, al menos podría disfrutar leyendo sobre ellas.

Sin embargo, el efecto que producía aquella estantería era similar al de una chimenea. Cuando ardía el fuego, se hacía más patente el frío que reinaba a su alrededor. De la misma forma, ahora que tenía allí aquellos libros llenos de vida, el señor Darcy sentía la poca energía que albergaban las habitaciones de su mansión. La compañía de las novelas le causaba alegría y tristeza a la vez.

—Siéntense. —Hizo una pausa—. Oh, dejémonos de tanta etiqueta. Sentaos, por favor. Ya nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿no es así, señor Kollhoff? Aunque está mal que lo proponga yo, que soy el más joven, pero no quiero que un exceso de formalidad se interponga en mi felicidad. Eso lo he aprendido de la buena de Jane.

Extendió la mano.

—Me llamo Christian.

«No —pensó el librero con benevolencia—, su nombre auténtico es Fitzwilliam Darcy».

—Yo soy Carl.

—Bueno, sentaos —les indicó mostrando un entusiasmo poco habitual en él—. Anoche se me ocurrió una idea. ¿Por qué no empezamos un club de lectura? Ya sabéis, leemos todos un libro y luego nos juntamos a hablar de él. Como en los viejos tiempos, cuando la gente se sentaba alrededor del fuego a contar historias. Puede que en la Edad de Piedra fuese el calor lo que los uniera, pero las historias fueron las que los civilizaron. ¿Qué os parece? ¿Ponemos un cartel? Aquí hay mucho espacio. En verano podríamos sentarnos en el jardín. Después de la lluvia, claro.

Shasha se sintió enormemente orgullosa de que Darcy la incluyera en sus planes.

De repente se sintió diez años mayor, pero la idea de hablar sobre libros con otras personas también la hacía sentirse diez años más cansada, porque ya

había tenido bastante en la clase de Lengua del cole.

A Carl no le gustaban mucho los grupos de personas; es más, lo inquietaban. Además, lo suyo era pasear con libros, no sentarse con ellos. Pero ¿cuánto tiempo más podría seguir haciéndolo? En aquel momento se dio cuenta de que, inevitablemente, le quedaban muy pocas rondas. Y que, sin obras que vender para poder comprar otros nuevos, dejaría de visitar a aquellas personas. Porque él les llevaba los libros, esa era su vida. Sin aquellos ejemplares, ya no sería suya.

No pudo soportar más ese pensamiento y se levantó para marcharse.

—Me temo que tenemos que seguir adelante —dijo.

—¿Y qué le parece...? Perdón, ¿qué te parece mi idea?

—Sí, debería usted... deberías ponerla en práctica.

—¡Por supuesto! —subrayó Shasha—. Se lo diré a todo el mundo, así no necesitarás un cartel.

Carl se dirigió rápidamente a la puerta.

—Por favor, la próxima vez tráeme las novelas inacabadas de Jane: *Los Watson, Lady Susan y Sanditon*. No me canso de leerla.

Darcy quería empezar el club de lectura enseguida con aquellos fragmentos de la autora inglesa.

—Claro —dijo Shasha, porque Carl ya se había alejado y no lo oyó. Solo consiguió alcanzarlo en la siguiente esquina—. ¿Por qué has salido huyendo?

—Tenemos muchos otros libros que entregar hoy.

—Qué raro estás. Incluso más que de costumbre.

—Caminar ayuda —dijo Carl—. Así la rareza se escapa por los pies.

La niña se rio, pero solo para disipar la tensión en el aire. Al igual que con el llanto, también sabía reírse a voluntad. Pero, por extraño que pareciera, se sentía mejor después de llorar.

Carl siguió picoteando con fuerza los adoquines con la punta del paraguas. Estaba enfadado por no ser capaz de evitar la amenaza que se cernía sobre él. No había manera de detener el final de su época como paseador de libros.

Cuando *Perro* se unió a ellos, a Shasha le hubiera gustado saltar de alegría. No tardó en darle una galleta en forma de pequeño ratón que había comprado especialmente para esa ocasión. La señora de la tienda de mascotas le había dicho que a los gatos les encantaban. Shasha esperaba que en ese caso *Perro* se comportara, por una vez, como un gato.

—¿Vamos a ver al doctor Fausto hoy?

—No ha pedido nada. ¿Por qué?

—Tenemos que ir. Ahora mismo.

—Pero el camino va...

—Lo sé, pero hay que hacerlo. Por favor, por favor, por favor.

—Ya estás otra vez con esa cara que me hace imposible decirte que no.

—Pues sí. ¿Así que te rindes?

Carl se dio por vencido, y un poco más tarde ambos llamaban al timbre del doctor Fausto. Cuando abrió la puerta, el erudito se limpió los ojos con asombro, como si los dos fueran a desaparecer de su puerta con ese gesto. Rebuscó en su cabeza si acaso habría encargado semanas atrás aquel oscuro tratado histórico sobre Moisés que tenía un plazo de entrega bíblico. Pero no, una obra compuesta enteramente de errores era un insulto a su intelecto.

—Qué alborozo me produce verle —dijo, pues le gustaba usar palabras anticuadas—. ¿Qué le trae por aquí?

Carl miró expectante a Shasha.

—Necesitamos su ayuda —dijo la niña—. Por el gato este de aquí. Necesita un lugar para quedarse una semana.

—¿Y por qué?

«Bueno, ¿por qué?», se preguntó Shasha. Había pensado que el doctor Fausto diría inmediatamente que sí con entusiasmo y tomaría a *Perro* en sus brazos. En su imaginación incluso lo abrazaba, y el animal se ponía a «ladrar» de alegría.

De repente, se acordó de lo que le había pasado a Simon en la escuela aquel día.

—A él, o sea, a este gato, lo persiguen y lo atacan. Pero es completamente inocente. ¡Eso se llama acoso escolar! —Le entregó la bolsa de galletas para gatos—. Tome, a *Perro* le gustan muchísimo.

—¿*Perro*?

—¡Gato! Mañana le traeré mi viejo arenero, pero hasta entonces se apañará con hojas de periódico.

Al menos eso es lo que le había dicho la mujer de la tienda de mascotas.

—¿Por qué me vienes a mí con esto? No tengo ninguna experiencia con animales.

—Usted es el único de los clientes de Carl que vive lo bastante lejos del territorio de los otros gatos. Solo estará a salvo con usted.

—Mmm...

Algunos se habrían desanimado con un «mmm», pero ella sabía que había ganado.

—¿Solo una noche de prueba? ¿O dos?

—Está bien.

—Genial, ¡gracias! Y no se sorprenda si el gato hace ruidos raros. Así es como debe ser. —Shasha tiró a Carl de la manga—. ¡Tenemos que ponernos en marcha! Adiós.

El librero se dejó arrastrar por ella y estuvo a punto de tropezar. Se sintió como si acabaran de atracar una máquina de chicles.

—¿Y crees que esto va a funcionar?

Ella se encogió de hombros.

—¡Quizá! Y, si no, al menos habré intentado hacerlo más feliz. Si *Perro* no logra que deje de tenerle miedo a los perros, nadie lo conseguirá.

—Pero si *Perro* es un gato.

—Pues por eso.

Para entonces ya estaban frente a la casa de Effi, de la que salían gritos tan fuertes que las palomas echaron a volar del tejado y huyeron despavoridas.

Carl se quitó la mochila y sacó el libro que tenía para ella. Luego se dirigió con decisión a la puerta. Pero cada vez que intentaba pulsar el timbre, sonaba otro grito estremecedor. Eran chillidos agudos y afilados, como los provocados por el dolor. Y en ellos no se oía ninguna esperanza de que aquella agonía fuera a tener fin.

Carl agachó la cabeza.

—A veces —dijo mirando con tristeza a Shasha—, un libro no es suficiente. El papel no puede cerrar todas las heridas. Tenemos que encontrar un teléfono público para hacer una llamada.

—No hace falta. —La niña le entregó su móvil y lo desbloqueó—. Pulsa el icono verde, el del teléfono.

Como él no era capaz, Shasha se encargó de pulsar.

Carl llamó a la policía, explicó la emergencia y dio la dirección, y, tras algunas dudas, después de que se lo pidieran varias veces, también les dijo su propio nombre. Cuando le informaron de que la ayuda iba a llegar inmediatamente, le devolvió el móvil a Shasha.

—No sé cómo se cuelga sin horquilla.

—¿De qué horquilla hablas? —Y Shasha colgó.

Carl miró a su alrededor. ¿Desde dónde se podría observar la casa de Effi sin ser visto? Se decidieron por un gran contenedor de obra situado frente a un salón de manicura que estaban renovando. Aunque Shasha tenía que ponerse de puntillas y alzarse con las manos unos centímetros más para poder mirar por encima del frío metal.

Al cabo de diez minutos, un coche patrulla se detuvo frente a la casa de Effi. A la niña ya le ardían los dedos de los pies y tenía las manos heladas.

Dos policías se bajaron del coche y tocaron el timbre. Primero se movió la cortina y luego se abrió la puerta, detrás de la cual apareció Effi con su marido. Él posaba ambas manos sobre sus hombros, cerca del cuello, ejerciendo una ligera presión.

—Siento molestarles, pero hemos recibido una llamada avisando de que se han oído gritos desde su casa. —El policía la miró a ella—. Gritos de una mujer. La persona que llamó sospechaba que la estaban golpeando. ¿O hay alguna otra mujer en la casa?

—Se trata de un malentendido —dijo el marido de Effi con una sonrisa—. Teníamos la televisión a todo volumen.

—¿Es eso cierto? —le preguntó el policía a Effi.

—Sí —respondió ella y sonrió.

—Yo nunca te pegaría, ¿verdad, cariño? Díselo al policía.

—Nunca. —Effi no dejó de sonreír.

El policía la miró con insistencia.

—¿Desea hablar con nosotros a solas?

—No, no quiere. No tenemos ningún secreto, como corresponde a todo buen matrimonio. Como el nuestro.

Le dio un firme beso en el pómulo.

La mujer se estremeció. Acababa de golpearla exactamente en el mismo sitio.

—¿Qué le pasa en la mejilla? —le preguntó el policía.

—Dolor de muelas —contestó Effi rápidamente.

El policía volvió a mirarla a los ojos durante un buen rato.

—Apreciamos mucho que hayan venido. —El marido se cruzó de brazos—. Es bueno que se haga un seguimiento a ese tipo de llamadas. Pero en nuestro caso ha sido una falsa alarma. Así que, la próxima vez que alguien los llame porque tengo el volumen del televisor demasiado alto, pueden ahorrarse el viaje. —Le dio un empujoncito a su mujer—. ¿Verdad, cariño?

—Sí. Seguro que hay otras mujeres que necesitan su ayuda de verdad —dijo con una sonrisa.

—Bueno, entonces, ¿qué? —preguntó él—. Nos gustaría terminar de ver la película, se supone que el final es lo mejor. Por supuesto, bajaré el volumen.

Carl salió de detrás del contenedor. Su cuerpo se resistía, y lo demostraba acelerándole el corazón y haciendo que le temblaran las piernas. Pero su

voluntad fue más fuerte que su cuerpo.

—¡Los dos están mintiendo! Él le pega. Lo he oído. No era la televisión.

—Ah, el librero —dijo el marido de Effi—. Debería haberlo adivinado. A partir de ahora, no le encargues más libros a ese maníaco, cariño. Si no, se me va a soltar la mano de verdad.

El hombre soltó una carcajada y ella rio también, lo que provocó que le doliera todo el cuerpo.

Los policías miraron a Carl. No vieron al hombre honesto y concienzudo que era, sino a un anciano con ropas raídas que los miraba con expresión confundida.

Pero su confusión estaba causada porque en ese momento no entendía el mundo.

—La próxima vez, por favor, asegúrese de que no nos llama a causa de un programa de televisión —le dijo uno de los policías a Carl—. Aunque, por supuesto, preferimos acudir una vez de más que de menos. Sin embargo, solo podemos ayudar si la víctima de violencia machista habla con nosotros.

El destinatario de aquellas palabras no parecía ser Carl, sino Effi. Pero su marido acababa de cerrar la puerta de golpe. Y, a continuación, bajó las persianas que daban a la calle.

CARL NO DIJO ni una palabra durante el camino a la casa de la hermana Amarilis, aunque Shasha no paró de hacer sugerencias sobre cómo podían salvar a Effi. Desde entrar a la fuerza en su casa hasta contratar a un detective privado (o a una banda de chicas que aceptasen encargos detectivescos). Había de todo.

Cuando la monja lo vio, abatido y con los hombros caídos, le preguntó si alguien le había hecho daño. Fue entonces cuando Carl se vino abajo. La sólida coraza en la que había encerrado sus sentimientos se rompió y le habló de Effi, de su miedo por ella, de sus fracasos. No dejó de hablar hasta que Amarilis le puso con suavidad una mano en el antebrazo.

—Todo va a salir bien.

—¡No, no va a salir bien, ahí está el problema!

La hermana Amarilis se colocó el hábito.

—Voy a verla.

—¡No, usted no puede salir! ¡Si no, no podrá volver nunca más al convento!

—Qué bobada. ¿Acaso ve a alguien observándome? Llevo todo este tiempo preocupándome sin motivo.

—Pero...

—¡No hay pero que valga! ¿Qué clase de monja sería si me acobardara temerosa detrás de estos gruesos muros en lugar de acudir junto a una persona que necesita ayuda?

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Shasha—. La policía no ha podido hacer nada.

La hermana Amarilis desapareció en las profundidades del convento y regresó al poco tiempo con una Biblia.

—La palabra de Dios es el arma más fuerte. —Vio la duda en los ojos de Carl y Shasha—. Y, si no basta con pronunciar la palabra, también es perfecta como arma arrojada. —Les guiñó un ojo, salió a la calle y cerró la puerta tras de sí. La religiosa acarició la pared con suavidad, como si fuera a dejar sola a una mascota querida. Tras un leve suspiro, miró a Carl—. ¡Lléveme hasta ella!

Shasha ya se había adelantado.

—Por aquí, no está lejos. ¡Vamos!

A Shasha no le cabía la menor duda de que todo iría bien. Amarilis era una monja, prácticamente una santa, y, por tanto, como san Martín o san Nicolás, una especie de superheroína. No sabía exactamente qué poderes poseía una monja. Claro, no disparaba rayos láser por los ojos, y volar tampoco parecía ser una opción, pero sin duda era distinta a la gente corriente. Y, ya que todas las personas normales habían fracasado, solo una que no lo fuera sería capaz de ayudar a Effi.

La hermana Amarilis no era amiga de pararse a tomar un respiro. Se dirigió sin dilación a la casa que Shasha le había señalado y golpeó la puerta. Había un timbre, pero le pareció que un golpe decidido y fuerte tendría más efecto.

—¿Quién es? —preguntó una pesada voz masculina.

—Mi nombre es sor María Hildegarda, del Priorato Benedictino de San Albán.

—¡Pero si eso ya no existe!

—Yo sigo existiendo, por lo tanto, el convento también.

—Usted es la monja loca esa. —La voz se acercó—. ¡No queremos donar nada!

—No he venido a hacer una colecta.

—Tampoco queremos comprar nada.

—Yo tampoco tengo nada que vender.

—¡No necesitamos nada!

—Todo el mundo necesita a Dios.

—¡Váyase ahora mismo!

—No, me voy a quedar aquí. Y tengo todo el tiempo del mundo. Sus vecinos verán que hay una monja en su puerta y que usted no la deja entrar.

El hombre dejó escapar un grito.

—¿Están todos locos hoy? Encárgate, Effi. Pero despáchala rápido. ¡Tú y yo no hemos terminado aún! El asunto del librero todavía no está saldado.

Su mujer se colocó la ropa para mantener la compostura. También se recompuso el pelo y la cara. Se calzó los caros zapatos blancos de tacón, con los que parecía que iba a un baile, y dibujó la encantadora sonrisa que practicaba cada mañana en el espejo del baño hasta que le dolían las mejillas.

Solo entonces abrió la puerta.

Lo que vio no fue una monja, sino una mujer que llevaba mucho tiempo encerrada. Una mujer que se había encerrado a sí misma, en una cárcel de su propia elección.

Y que había decidido salir de ella ese mismo día.

Desde el primer vistazo, lo supieron todo la una de la otra.

—Ven —dijo la hermana Amarilis tendiéndole la mano—. Ahora. Ha llegado el momento.

Y Effi se marchó con ella. Así de fácil. Eso fue lo más bonito de aquella historia, lo fácil que resultó. Si no se pensaba en todo lo que vendría después, en las peleas y las lesiones, entonces irse era un juego de niños. Simplemente había que dar un paso tras otro y, de repente, no solo se había marchado de casa, sino también del matrimonio.

Solo había que seguir caminando.

Y así lo hizo Effi.

También ayudó que la hermana Amarilis la llevara de la mano. Carl y Shasha se les unieron y Effi aceleró el paso. De vez en cuando miraba hacia atrás con ansiedad, pero la puerta principal seguía cerrada. Cuando por fin doblaron la esquina respiró hondo, y en ese momento notó su pulso alterado. Entonces sonrió, por una vez con una sonrisa genuina. Lo notó porque requería músculos completamente diferentes a las falsas. La hermana Amarilis le explicó con calma que se dirigirían al convento, donde estaría a salvo. Que allí podría encontrar la paz. No hacía falta creer en Dios para ello. Bastaba con que Dios creyera en ella.

Tras doblar dos esquinas más, el convento apareció frente a ellos.

Delante de la puerta principal ondeaba una cinta roja y blanca con un cartel que anunciaba obras. Un cerrajero instalaba un bombín nuevo en la puerta.

—Bueno, ya está —les dijo cuando llegaron a su altura. El hombre saludó a la hermana Amarilis con una inclinación de cabeza—. Lo siento, es mi trabajo.

—¿Cómo sabía que ya no estaba dentro? —preguntó la monja con calma.

El obrero señaló una pequeña cámara adosada al edificio de enfrente. El arzobispado le había pagado un buen dinero para que acudiera en cuanto ella saliera del convento. Él, a su vez, contrataba a un estudiante para que vigilara por las noches, pero en realidad el chico solo miraba durante la primera y la última hora, el resto se lo pasaba durmiendo.

—¿Y mis cosas? —preguntó la hermana Amarilis—. ¿Mi ropa? ¿Y qué pasa con mis plantas? Hay que regarlas o se morirán.

—Diríjase a la archidiócesis. Allí es donde voy a llevar las llaves nuevas ahora mismo. Por lo que yo sé, empezarán con las obras lo antes posible. Se supone que van a ser pisos exclusivos. Como ya he dicho, lo siento, pero no puedo hacer nada.

—Sí puede, podría dejarme entrar de nuevo.

El hombre sacudió la cabeza.

—El riesgo de que se quedara dentro es demasiado grande. Me tengo que ir. Que tenga un buen...

Se ahorró el resto de la frase.

Carl, Shasha, Effi y la hermana Amarilis se miraron.

—Pues iremos a un hotel —dijo la monja con firmeza—. Un convento no es un edificio, sino la gente que lo conforma. Seremos un convento en la habitación veintisiete, o en la que nos toque.

Sentía la necesidad de seguir moviéndose, quedarse quieta era como estar en la cárcel otra vez. Effi sentía lo mismo.

—Tal vez sea incluso mejor así —continuó—. Después de mi aparición, su marido sospechará que se encuentra aquí, en el priorato, y no en un hotel. En realidad, es una suerte que no podamos volver a entrar.

Si lo repetía suficientes veces, podría llegar a creerlo. Tenía práctica en creer, no era tan fácil como muchos pensaban. Creer requería mucho esfuerzo, a diario. Porque la vida real suele tender a contradecir la fe.

Mientras caminaban con los dedos entrelazados, la hermana Amarilis y Effi iban balanceando las manos, como dos niñas de camino a la escuela. Effi

disfrutaba especialmente de aquella ligereza, porque era justo la sensación contraria a lo que acababa de vivir.

A su izquierda apareció la mansión de Darcy. Solo una de las muchas ventanas estaba iluminada; parecía que la oscuridad reinaba en todas las demás.

—Un momento —dijo Carl—. Quizá haya otra opción.

Miró de forma inquisitiva a Shasha, que levantó el pulgar en señal de aprobación.

Eran solo unos pocos pasos hasta la puerta principal, pero Carl empleó el tiempo que tardó en recorrerlos para preparar las palabras que llevarían al señor Darcy de la mano y, con cada sílaba, lo guiarían hacia la decisión de acoger a las dos mujeres. Era importante formularlas con precisión. El caballero inglés seguía siendo un solitario que podía sentirse abrumado con facilidad.

Cuando abrió la puerta, se quitó el sombrero de pescador, porque eso es lo que uno hace cuando va a suplicar algo. A su cuero cabelludo le molestó el aire fresco.

—Señor Von Hohenesch —comenzó—. Por favor, le ruego que me disculpe, pero...

—... le hemos traído a los participantes de su club de lectura —lo interrumpió Shasha—. A partir de ahora se quedarán a vivir aquí porque no tiene adónde ir. Usted tiene suficientes habitaciones. Y las dos son muy simpáticas.

El señor Darcy no dudó ni un momento y abrió la puerta de par en par.

SE SENTARON TODOS juntos en la gran sala de estar durante mucho tiempo. El anfitrión intentó cocinar algo para sus invitados, pero, como quedó demostrado, incluso los huevos y las patatas fritas pueden salir mal. Al menos ya sabía que sus detectores de humo funcionaban a la perfección.

La villa tenía tantas habitaciones para huéspedes que a las dos recién llegadas les costó un buen rato decidirse; al final eligieron dos contiguas con vistas al jardín, el cual, según la hermana Amarilis, ofrecía condiciones ideales para el cultivo de patatas y rábanos.

Carl y Shasha se despidieron en la plaza con un larguísimo abrazo y con ganas de verse de nuevo al día siguiente.

Pero por la tarde, la niña no apareció.

Carl no se preocupó. Era una niña, y los niños eran poco fiables por naturaleza. Había que dejarlos hacer y tener comprensión con ellos. Sin embargo, era una pena que no hubiera ido, porque tenía un libro para Simon y quería entregárselo con ella. Pero podía esperar.

Por una vez, no acudió en primer lugar a casa de Darcy. Se lo reservó para después, sería lo mejor del día.

Cuando llegó al oscuro callejón que lo llevaría más rápido a su destino, Carl pensó en las cosas buenas que habían ocurrido por haberse atrevido durante los últimos días a tomar caminos distintos a los habituales. Quizá la vida quería indicarle que siguiera así.

Y que entrara en aquel callejón que tanto miedo le había dado siempre.

Todo iría bien.

Carl respiró hondo. Todo en su vida iría bien.

Aunque no supiera cómo, ya que acababa de vaciar la última estantería. Ya no vivía ni un solo libro con él. A pesar de todo, había metido las últimas obras en la caja para la librería de segunda mano con el corazón ligero. Habría alguna salida, seguro. A Effi no le había parecido posible, a la hermana Amarilis tampoco, ni a Hércules. Pero incluso cuando una situación parece desesperada, todo puede mejorar de repente. Era la única esperanza que le quedaba.

El callejón que tenía delante era oscuro y estrecho. «Un viejo camino para un viejo como yo», pensó Carl y tuvo que sonreír. Al final, la luz de su paseo le parecería más brillante aún. Le habría gustado tener a *Perro* a su lado, pero seguro que este se estaba divirtiendo con el doctor Fausto. Probablemente el erudito aún no tenía ni idea de que había acogido en su casa a uno de los cuadrúpedos que tanto temía.

En una ciudad que conocía como la palma de su mano, entrar en el único callejón cuyos adoquines nunca había pisado le produjo una sensación extraña. Como descubrir una habitación secreta en una casa antigua.

Carl caminaba mirando a su alrededor como un turista. Cada alféizar de las ventanas y cada canalón lo fascinaban; todo le parecía hermoso a pesar de la pálida luz. Aquel día se había regalado a sí mismo ese callejón.

Oyó unos pasos que se acercaban por detrás y, cuando se dio la vuelta, vio una figura salir de entre las sombras. Se acercó rápidamente. Era un hombre alto de anchos hombros.

Lo había visto antes, discutiendo con Sabine en la librería la tarde en que ella lo había despedido.

Ahora estaba frente a él.

Y le dio un fuerte empujón en el hombro.

—¡Deja a mi hija en paz! ¿Me oyes?

Carl no entendía.

—¿A quién se refiere? ¿A Effi?

—¡No te hagas el tonto! Sabes exactamente a quién me refiero. ¡Charlotte es hija mía! Y su tiempo lo pasa conmigo.

Volvió a empujarle y Carl retrocedió unos pasos a trompicones.

—Me está ayudando.

—Pero no debería estar ayudándote a ti, sino en casa, haciendo los deberes, en lugar de ir por toda la ciudad o a una fábrica de puros con un viejo harapiento como tú. ¡Es solo una niña, por el amor de Dios! Te lo digo por última vez: ¡deja a mi hija en paz! ¿Nos entendemos?

Esa vez le propinó un fuerte empujón en el pecho.

Por supuesto que Carl conocía la violencia. Había visto a Jack el Destripador cometer sus sangrientos crímenes en el East End londinense, había pilotado un helicóptero Bell UH-1 Iroquois sobre las escaramuzas del delta del Mekong, había luchado contra el ejército de orcos de Saruman en el abismo de Helm y también codo a codo con Arminio contra las tropas de Publio Quintilio Varo en la batalla del bosque de Teutoburgo. Sí, incluso había visto explotar la bomba atómica *Fat Man* en Nagasaki, y había sido testigo de cómo los trisolarianos habían derrotado con una única sonda no tripulada a casi toda la flota espacial humana.

Para Carl, la violencia era algo que leía, pero no que experimentara. No había aprendido a responder a la violencia. Su respuesta para todo eran los libros.

—Tengo la novela perfecta para usted. Es una maravilla. —Se quitó la mochila, desató el nudo superior con rapidez y metió la mano en interior. Le daría al padre de Shasha el libro que en realidad había elegido para Simon. Trataba sobre una chica impresionante, testaruda y aventurera. Haría que su padre comprendiera la gran hija que tenía y que no debía tenerla encerrada en un piso. El libro estaba envuelto en papel de regalo con dinosaurios.

—¿Por qué vas a la escuela de mi hija a espiarla? ¿Crees que no me entero?

Otro empujón, aún más fuerte, estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

Carl le metió el libro en el bolsillo del abrigo.

—¿Acabas de agarrarme? ¿Acaso acabas de agarrarme? ¡Pedazo de cabrón, no me vuelvas a tocar!

Respiraba con dificultad, y en los ojos enrojecidos del hombre se habían reventado algunas venitas. Carl creyó ver una lágrima en ellos y no entendió por qué. No entendía que se enfrentaba a un padre desesperado que tenía miedo de perder a su hija, o de haberla perdido hacía tiempo. No solo le gritaba a él, sino a todo el maldito mundo que había permitido que aquello sucediera. A Carl le recordó al jefe de los bandidos de Schiller, Karl Moor, un tipo honesto que se convierte en criminal y llega a cometer terribles atrocidades.

Empezó a sentir miedo.

—¡Y si te vuelvo a ver con mi hija, te mato! ¿Me has entendido de una vez?

—Pero... —empezó Carl, queriendo contarle las muchas cosas buenas que había hecho Shasha. Decirle que era más inteligente que toda la sección de no ficción de la librería, que también sabía dibujar ratones de biblioteca y encontrar un hogar a perros que eran gatos, que era capaz de actuar en fábricas de tabaco y correr dentro de las mansiones tan rápido que nadie podía alcanzarla.

Pero no llegó a hacerlo.

El padre de Shasha lo empujó con ambos brazos, lo empujó con todas sus fuerzas contra el pecho.

Aquel empujón fue diferente. Trastocó todo su mundo: el cielo del atardecer ya no estaba arriba, el suelo ya no estaba abajo. Sintió los adoquines chocar contra su espalda como bolas de hierro. La última le golpeó en la nuca y apagó la escasa luz del callejón.

Viaje al fin de la noche

EN ALGUNOS PASEOS, sobre todo en verano, cuando el calor hacía brillar los adoquines y uno tenía sed con solo respirar, Carl solía chupar pequeñas piedras. Tenían que ser redondas para que resultaran agradables para la lengua. Y lo suficientemente grandes como para no tragárselas sin querer. El mismo tipo de piedras que también eran perfectas para saltar sobre el agua de un lago por lo menos ocho veces. Las encontraba en algunos jardines delanteros de las casas y las enjuagaba a fondo en la única fuente de agua potable de la ciudad antes de usarlas. Y cada vez se maravillaba de lo diferentes que eran sus sabores. Al fin y al cabo, solo eran piedras. Aunque es cierto que cada marca de agua mineral tenía un gusto distinto.

La piedra que Carl había sentido en la boca hacía un momento era amarga; notaba el paladar entumecido. Intentó moverla con la lengua, pero no la encontró, había desaparecido. ¿Se la habría tragado? ¿Tal vez al tropezarse?

Pero no le parecía estar caminando.

¿Y por qué pitaba un camión dando marcha atrás? ¿Debía quitarse de en medio?

Carl abrió los ojos. Vio dos paredes de la habitación pintadas en un tono amarillo pastel. El resto era blanco, todo con pintura fácil de limpiar. A su lado, una máquina pitaba con una regularidad tranquilizadora. La otra cama de la habitación estaba vacía, con una especie de *film* plástico extendido sobre ella. Como los bocadillos de un *catering*. Sin embargo, allí nada tenía aire de fiesta.

Cuando trató de incorporarse, se dio cuenta de que tenía el brazo derecho escayolado, al igual que la pierna izquierda. La cabeza le palpitaba, como si le costara procesar todo aquello.

Una puerta parecía llevar al pasillo, otra al baño. En un rincón colgaba un televisor apagado y oscuro. Contempló todo aquello durante un buen rato. Luego buscó a tientas en la cómoda con ruedas situada a un lado de la cama y

consiguió abrir el cajón, donde encontró el mando a distancia y una Biblia traducida por Lutero.

Había intentado entregarle un libro a alguien...

El recuerdo regresó. Seguramente el padre de Shasha aparecería pronto para disculparse. Y la niña le llevaría un libro, que con un poco suerte no estaría traducido por Lutero.

Entonces se abrió la puerta del pasillo y entró una enfermera vestida de verde. Cuando vio que Carl tenía los ojos abiertos, sonrió.

—Me alegro de encontrarlo despierto, señor Kollhoff. Soy la enfermera Tania.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Está en su documento de identidad, dentro de su cartera. —Señaló la chaqueta verde oliva que estaba colgada en el perchero—. Además, lo conozco de la librería. Usted me descubrió *Harry Potter*.

Y, gracias a su entusiasmo por el niño mago, había conocido a su primer novio, siguió contando la chica. Por desgracia, el novio había resultado ser un idiota. Sin embargo, Harry Potter no había dejado de acompañarla nunca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carl.

—Sufrió una caída desafortunada y tiene una fractura menor en el brazo y, por desgracia, una un poco más complicada en la pierna. También sufrió una conmoción cerebral que le mantuvo fuera de combate durante unas horas. No se sienta mal, a su edad es normal tener algún tropiezo.

—Pero yo no... —empezó Carl, pero luego no habló más. Si contaba lo que realmente había sucedido, el padre de Shasha sería el responsable y quizá perdería su trabajo por ello.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Es una historia extraña. —La enfermera sonrió—. Bueno, lo raro no es que la ambulancia lo trajera a este hospital, sino cómo lo encontraron.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Levante la cabeza. —La joven ablandó la almohada con las manos—. Un residente del callejón Guillermo Tell oyó que un perro ladraba sin parar y salió a la calle para ver cuál era la causa. Y ahí estaba usted, pero a su lado no había ningún perro.

—Sino un gato —dijo Carl al borde de las lágrimas. Al parecer, cuando uno recordaba cómo llorar, ya no se podía parar.

—¿Cómo lo sabe?

—Me ha recordado a un buen amigo —respondió—, al que le caigo bien no solo por mi comida.

La enfermera meneó la cabeza y achacó la respuesta a la conmoción cerebral del paciente.

Carl envió un saludo silencioso a través de la ventana a *Perro*, cuya maravillosa esquizofrenia probablemente le había salvado la vida.

Entonces, sus párpados se volvieron pesados y le cubrieron los ojos de nuevo.

CUANDO DESPERTÓ, TODO seguía igual, pero la noche había dado paso a la mañana. Carl sintió que sus piernas estaban locas por moverse. No eran caballos de carreras impacientes por salir disparados del cajón, pero estaban deseando hacer sus rondas, pues era a lo que se habían acostumbrado a lo largo de los años. Miró a su alrededor en busca de sus viejos zapatos desgastados, con los que sentía cada irregularidad del terreno. Gracias a ellos siempre sabía en qué lugar de la ciudad se encontraba, incluso con los ojos cerrados.

Los divisó en la otra punta de la habitación, metidos en una bolsa de plástico. Solo necesitaría un poco de ayuda para ponérselos. En cuanto los tuviera en los pies, todo vendría rodado.

Carl hizo la ronda en su imaginación. Todos le preguntaban dónde había estado y él respondía que no le había ocurrido nada grave, solo una caída sin importancia. Cuando la puerta se abrió, se sobresaltó. Otra enfermera, con el mismo color verde.

—Buenos días, señor Kollhoff, soy Ravenna.

Carl se incorporó en la cama.

—¿Puede ayudarme a ponerme los zapatos? Así podrá librarse de mí.

Ella se rio.

—Tania ya me ha contado que es usted muy gracioso. La verdad es que tenemos que retenerle aquí un poco más.

Carl trató de sacar él mismo la pierna escayolada de la cama. De repente, un dolor lo atravesó como si hubiera tocado un cable de alta tensión. Soltó un quejido.

—No se mueva, lo que tiene que hacer es descansar y ponerse bien. Arriba esa cabeza.

Le colocó bien la almohada.

—Entonces tiene que comunicarle a la librería lo que me ha pasado, para que puedan informar a quien pregunte por mí.

—Eso ya lo hizo Tania ayer. Les dijo que usted estaba ingresado aquí y que no había pasado nada grave, para que no se preocuparan.

Seguramente sus clientes ya habrían preguntado en la librería e irían a visitarlo pronto.

—¿Tiene algún libro? Lo que sea. —Cuando la enfermera señaló el cajón y estaba a punto de decir algo, Carl se le adelantó—: Algo que no sea tan pesado, tengo que levantarlo con la mano izquierda.

—Por desgracia, no, aquí no tenemos una biblioteca para los pacientes. Si quiere, puedo traerle alguna revista del quiosco.

—¿Tendrán *La isla del tesoro*, de Stevenson? ¿O algo de Karl May? —Lo que era bueno para Gustav sería bueno para él.

—Creo que solo hay unas novelas de John Sinclair, ese detective que lucha contra zombis y esas cosas. Es lo que compra siempre nuestro jefe. Y tebeos del Pato Donald.

—Me vale —dijo Carl.

Entonces recordó que no tenía dinero.

—No, mejor déjelo.

Pronto llegaría Shasha. Y tendría un libro para él. O un calendario con cachorros. Y si le llevaba otro dibujo de ratón de biblioteca, seguro que le permitirían colgarlo allí.

Pero Shasha no fue. Ni ninguna otra persona. Ni aquel día ni los siguientes.

Solo enfermeras, sanitarios y médicos. Era como si estuviera en un teatro en el que los mismos papeles eran interpretados cada vez por actores distintos. Las representaciones tenían lugar siempre a la misma hora, solo se modificaba ligeramente el texto. Le ayudaban a comer y a cambiarse, a lavarse y a orinar con movimientos rápidos, rutinarios y a veces desmañados.

No venían a verlo, sino a trabajar en él.

Nadie quería visitarlo.

Por las noches, Carl oía a veces ladridos procedentes de la ciudad. Y se decía a sí mismo que era *Perro*, que lo echaba de menos.

¿Acaso nadie se preguntaba por qué ya no tocaba el timbre de su puerta? ¿Tan poco les importaba a las personas a quienes había visto más que a nadie en los últimos años?

Llegó el día del alta sin haber recibido una sola visita.

Carl esperaba que todos estuvieran esperándolo en la puerta, aunque sabía que no sería así. Pero pintó la escena con los lápices de colores que usaba Shasha. Dibujó cada detalle e hizo que todos sonrieran con alegría.

Sin embargo, cuando se encontró fuera del hospital, solo y con muletas, no reconoció nada de lo que vio. Aquello no formaba parte de su mundo.

No tenía dinero para un taxi y era demasiado orgulloso para pedirlo en el hospital. En lugar de eso, preguntó a un transeúnte por la catedral y se echó a andar en la dirección que le indicaron. Recorrió más de tres kilómetros con muletas, con muchos descansos, con dolor en las axilas, con tres pequeñas caídas y algunos raspones.

Nada más cerrar la puerta de su buhardilla tras de sí, se dejó resbalar hasta el suelo y se quedó dormido.

EL CORDEL DE tender la ropa recorría las paredes como la cuerda de seguridad de un alpinista. Carl también lo había extendido entre los estantes y armarios, lo había anudado a los picaportes de las ventanas y a los radiadores.

Su siguiente tarea fueron las estanterías, cuyo vacío ya no podía soportar. Con un rotulador dibujó los lomos de los libros en las paredes del fondo. Sabía exactamente qué lugar había ocupado cada uno de sus favoritos. Y, si en alguna ocasión no recordaba el título de alguno, escribía en su lugar el de alguna novela importante que debería haber leído hace tiempo. En su dormitorio hizo aparecer obras del Marqués de Sade y de Giacomo Casanova, pero solo para confrontar a aquellos artistas del lenguaje erótico con la triste realidad de su alcoba.

Los títulos de tantos libros maravillosos no hicieron más que acrecentar la conciencia de los tesoros que había perdido.

La acústica de las habitaciones también se había alterado. Su voz resonaba como si estuviera en una cripta, por lo que dejó de hablar en voz alta. No volvió a atravesar la puerta de su piso. En la despensa había conservas de pepinillos, mandarinas y peras (ligeramente azucaradas) y chucrut suave. No comía mucho, apenas tenía hambre. Y cada día comía un poco menos: había decidido acelerar su desaparición. Hasta que su cuerpo decidiera que ya no valía la pena despertarse por la mañana.

No le tenía miedo a la muerte, nunca se lo había tenido. Había nacido y crecido en un pueblo a las afueras de la ciudad que suministraba flores para los cementerios, sobre todo pensamientos multicolores. Así, la muerte había sido su compañera desde una edad temprana de aquella forma tan colorida.

Al tercer día, Carl bajó todas las persianas, porque ya no podía soportar la visión de la ciudad que había sido suya. Ahora le parecía extraña y peligrosa. Ya no era aquella por la que había paseado durante décadas, cuyos adoquines

habían sido desgastados por las suelas de sus zapatos, donde sus habitantes habían sido amables con él. Sino una ciudad en la que la gente lo tiraba al suelo y se olvidaba de él.

Casi se alegraba de los momentos en que el dolor de la cabeza, del brazo y de la pierna regresaban, porque era lo único que lo distraía de la tristeza que sentía.

Pronto dejó de contar los días; al principio se limitó a apretarse más el cinturón y después a hacer agujeros nuevos con el abrelatas. Ya no sabía cuándo era de día y cuándo de noche, pasaba el tiempo tumbado en la cama mirando al techo, alternando entre un estado de duermevela y sombrías cavilaciones.

«Un paseador de libros sin libros y sin paseo —pensó—, no es nada». Por eso, era de esperar que ya nadie se acordara de él. Porque en realidad ya se había ido.

Siempre había soñado con morir leyendo. Con un libro tan cautivador en las manos que ni siquiera notara el paso de la vida a la muerte. Sin embargo, una guía telefónica anticuada era lo único que no había podido convertir en dinero.

Aunque no la leía de verdad, era reconfortante dejar que las yemas de los dedos se deslizaran sobre el papel y fueran pasando las páginas en silencio.

TRAS ENFRENTARSE A Carl en el callejón, el padre de Shasha había lanzado todos los libros de su hija de nueve años por la ventana que daba al patio interior del bloque de apartamentos. La niña gritó y se aferró a su pierna para evitarlo, pero, uno tras otro, todos salieron volando por la ventana. Se abrieron en el aire y revolotearon como palomas blancas antes de aterrizar con un golpe seco. Allí quedaron estrellados, algunos con sus plumas esparcidas a lo largo y ancho del suelo de cemento.

Shasha solo podía ver el mundo borroso, de tanto como lloraba. Cuando su padre salió de la habitación dando gritos, ella no paró de llorar.

Solo lo hizo cuando se dio cuenta de que él estaba viendo las noticias.

Entonces salió del piso sin que él la oyera, bajó las escaleras en completo silencio, recogió sus tesoros del patio y volvió a ordenar todas las páginas. De vuelta en su habitación, los metió en cajas y los escondió bajo la cama. Y colocó frente a ellos a un batallón de animales de peluche para que los defendieran.

A partir de ese día, quedó castigada sin salir. Todas las tardes se asomaba a la plaza con la ventana abierta de par en par, al menos para saludar al paseador de libros. Pero Carl no apareció.

Eso no era propio de él en absoluto.

Y luego tuvo un sueño muy extraño, que hubiera preferido olvidar porque le hizo temer mucho por su amigo.

Así que llamó a la librería, donde solo le dijeron que Carl ya no trabajaba para ellos y que estaban muy ocupados en ese momento. No, no podían darle su dirección, después de todo, no eran un servicio de información telefónica. Shasha percibió lo molesta que estaba Sabine Gruber, pero no sabía que era debido a la increíble cantidad de gente que preguntaba por su amigo. Parecían ser más cada día, incluso los que nunca habían comprado un libro, pero para los que el hombre vestido de verde con sombrero de pescador que empezaba su ronda cada tarde a las siete formaba parte de la ciudad como la catedral misma.

Shasha decidió encontrar a Carl y para ello estudió la literatura especializada pertinente: sus novelas policíacas. Pronto resultó que los Tres investigadores y los Cinco estaban completamente de acuerdo: había que colarse en el lugar donde ocurrían cosas extrañas. Aprendió de los libros que las entradas traseras sin vigilancia eran, afortunadamente, la norma. A veces, empleados de dudoso aspecto fumaban delante de ellas sin que los jefes se dieran cuenta. Por lo tanto, guardó en la mochila su placa de detective, el reloj de investigadora con compartimento secreto, su catalejo para mirar a la vuelta de la esquina, la pistola automática y el bolígrafo con tinta invisible. ¡Todo aquel material había estado esperando una oportunidad como aquella para entrar en acción!

Al día siguiente, después de las clases, corrió a la librería. A las puertas que, por desgracia, no tenía salida trasera ni personal dudoso ni fumador al que sobornar o amenazar con una pistola de detective. La verdad es que tampoco tenía mucho dinero para sobornar a nadie, pero habría bastado para un gran helado de pingüino en Pino, ¡lo que no estaba nada mal!

Así que tuvo que colarse por la entrada principal.

Se caló hasta la frente su gorra con las falsas gafas de piloto y se levantó el cuello del abrigo amarillo para no ser reconocida. Una vez dentro, se dirigió al rincón más apartado de la librería y tomó un libro de una estantería para que no la descubrieran.

Nada más abrirlo, alguien se puso a su lado.

—¿Y tú qué haces en la sección de literatura erótica? —se rio Leon.

—¡Ayyy no! —exclamó Shasha, que dejó caer el ejemplar de *Pasión ardiente* sobre la pila de libros y se limpió las manos en un gesto instintivo antes de apartarse unos pasos. Los besos en televisión ya le resultaban lo bastante embarazosos.

—¿Buscas algo en particular?

Aquella era la pregunta que se esperaba de él. Sin embargo, no sabía dónde estaba cada cosa en particular, más allá de una vaga idea de la distribución de las secciones.

—¿Conoces a Carl? ¿El paseador de libros?

—Ya no trabaja aquí, la jefa lo echó.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Un tipo vino a protestar a grito pelado diciendo que Carl hacía que su hija lo acompañara en sus paseos. Y que no tenía derecho, que él era el padre, cosas así. Aunque no podría imaginarme a nadie que cuidase mejor a una niña pequeña. Carl es un buen tío.

Niña pequeña, venga ya. ¡Aquel chico no tenía ni idea!

—Tengo que llevarle algo que se le perdió en la calle. Una llave. Pero no sé dónde encontrarlo.

—Puedo darte la dirección, aún está colgada en la oficina. Ven conmigo.

Leon la condujo al almacén trasero sin ventanas. En un papel de la pared estaban el nombre, la dirección y el número de teléfono de todo el personal. Shasha se apuntó los datos de Carl en el dorso de la mano con un rotulador. ¡Su primera misión como detective y era un éxito total!

De repente, Sabine Gruber apareció detrás de ella y le sonrió.

—Leon, ¿qué estás haciendo con esta chica aquí? ¿No es demasiado joven para ser tu novia?

—¡Tengo nueve años! —replicó Shasha indignada—. En realidad, más bien diez. Y las chicas van dos años por delante de los chicos, algunas incluso tres.

Su tono no dejaba ninguna duda, ella pertenecía a ese último grupo. El chico respondió con docilidad, porque no quería perder el trabajo temporal que Sabine le había dado cuando terminaron sus semanas de prácticas.

—Nos conocemos de la escuela. Pasaba por aquí y ha entrado a saludarme.

—Pero ¿qué hacéis aquí atrás? Esta sala no es para los clientes, ya lo sabes. ¿Qué va a pensar la gente de nosotros cuando vea este desastre?

—Quiere hacer unas prácticas aquí —explicó Leon—. Por eso estoy enseñándoselo y explicándole todo. A ella tampoco le parece tan mal este

caos.

—Claro que no. Mi cuarto está más desordenado aún. A veces, por lo menos. No muchas veces, pero ocurre.

—No puedo decir que eso me tranquilice en el caso de una posible becaria. Ahora fuera de aquí, los dos —dijo. Luego se volvió hacia Shasha—. De todas maneras, eres demasiado joven para hacer prácticas. ¿Te gusta leer?

—No —respondió desafiante, porque no quería hablar con ella sobre la lectura y los libros. Eso solo se puede hacer con la gente que te cae bien. Y aquella mujer había despedido a Carl.

—Entonces me temo que no nos serás de ninguna utilidad. —Se interrumpió—. ¿Qué pone ahí, en tu mano? ¿Es el nombre de Kollhoff? ¡Déjame verlo!

¡Maldición! ¿Por qué no había utilizado la tinta invisible? La respuesta era: porque solo se hacía visible de nuevo al aplicarle calor y le daba miedo tener que calentar la mano demasiado.

Sabine trató de agarrarle la muñeca, pero ella echó a correr. Para alguien que jugaba tanto a la rayuela y corría constantemente alrededor de Carl, el eslalon alrededor de las mesas y puestos de la librería era un juego de niños.

No para Sabine Gruber.

Cuando Shasha consiguió escabullirse, no se detuvo en la puerta, sino que corrió la corta distancia hasta la dirección que se había apuntado en la mano. De vez en cuando lanzaba miradas a su alrededor, pero nadie la seguía. Al llegar al edificio, no perdió un segundo y pulsó enseguida el timbre de Carl, si es que era el suyo. Decía E. T. A. Kollhoff, pero como no había nadie más con ese apellido, tenía que ser él. Sin embargo, no sonó ninguna voz en el intercomunicador, ni tampoco el zumbido de la puerta. Shasha llamó entonces a todos los timbres, y cuando alguien preguntaba quién era, se limitaba a decir «correo». Eso era lo que ocurría en su edificio de apartamentos.

Por fin oyó un zumbido y consiguió abrir la puerta. Corrió escaleras arriba, mirando en todos los timbres para descubrir dónde vivía su amigo. Cuando encontró su nombre, tocó el timbre tres veces seguidas. Pero Carl no abrió.

No quería recibir ninguna carta. Lo único que llegaban eran facturas y estúpidos folletos publicitarios.

Cuando ella llamó a la puerta, se encerró en el baño y puso la radio a todo volumen. Por eso no la oyó cuando lo llamó por su nombre. Ni tampoco cuando se puso a llorar a gritos.

AL LLEGAR A casa, Shasha vio la chaqueta de su padre colgada en el perchero. No era normal a aquella hora.

En el salón se oía la televisión.

—¿Papá?

Esperaba que nadie respondiera. Contuvo la respiración para no perderse ningún sonido y contó en silencio. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... No hubo respuesta. No estaba en casa, después de todo.

—Hola, pequeña. Ven aquí, por favor.

Shasha dio un pisotón con rabia y luego entró nerviosa en el salón.

Todos sus libros estaban sobre la mesa. Su padre los había encontrado debajo de la cama y los había llevado hasta allí. La línea de defensa de los peluches no había resistido el ataque.

—Siéntate, Charlotte. Tenemos que hablar.

—¡No he hecho nada malo! Tuve que recoger los libros, de lo contrario los vecinos se habrían quejado, especialmente la señora Kaczynski, del segundo piso. ¡Y no he salido con el paseador de libros! Palabra de honor.

—Siéntate. Por favor.

—¡Jolines, de verdad! —Shasha se tiró con rabia en el sofá y se abrazó las rodillas para protegerse—. Di el castigo lo primero.

Su padre frunció el ceño.

—¿El castigo? Todavía no lo he pensado. Pero tiene que haberlo.

—Entonces piensa ahora mismo. Quiero saberlo ya. Es una estupidez tener que esperar para saber eso.

—¿Hago eso a veces? —No habló con tanta fuerza como de costumbre—. ¿Te hago esperar el castigo?

—No lo sé. Sí, a veces. Tú eres un adulto, así hacéis las cosas vosotros. ¡Ahora dime el castigo de una vez!

Su padre apiló los libros en orden, unos encima de otros.

—No sé si es un castigo real.

—¿Cómo puedes no saberlo? Yo siempre lo sé de inmediato, porque los castigos son estúpidos.

Su padre empujó la pila de libros en su dirección. Antes de hablar, la miró durante un largo espacio de tiempo.

—El castigo es que tengo que dejarte ser como eres. Libre y salvaje.

Shasha se sentó con la espalda recta e inclinó la cabeza. ¿De qué hablaba su padre?

—Papá, ¿qué dices?

—Y necesito pasar más tiempo contigo. Porque no te conozco tan bien como ese viejo librero. —Tomó asiento junto a ella—. Sabes, el caso es que lo... —Respiró hondo—. Estaba enfadado con él, contigo, pero realmente conmigo mismo. Ahora no lo entiendes, ya te lo explicaré cuando seas mayor. —Shasha lo entendía muy bien, por supuesto. Pero estaba acostumbrada a que los adultos pensarán que no entendía las cosas—. Fui a buscarlo, a tu Carl, y hablé con él. Bueno, más bien le hice algunos reproches bastante fuertes. —Bajó la cabeza—. En realidad, le grité y lo empujé tan fuerte que tropezó y se cayó.

Shasha estaba ahora de pie en el sofá.

—¿Lo ayudaste a levantarse de nuevo?

—No, lo dejé allí... en el suelo.

—¡Eres malo! ¡Eres un hombre malo! No quiero que sigas siendo mi papá.

Salió corriendo a su habitación y cerró la puerta con llave.

Su padre no la obligó a abrir. Se sentó en el suelo delante de la puerta y se puso a hablar. Incluso lo prefería así, para no tener que ver el desprecio en su rostro. Ella era toda su vida. Cada día sentía que no era lo bastante bueno para ella; no era lo bastante cariñoso, ni lo bastante atento, ni lo bastante inteligente. Lo peor de todo era la sensación de no pasar suficiente tiempo con ella y, cuando estaban juntos, no aprovecharlo bien. Le daba la impresión de que ella se iba alejando cada día más, y él la veía cada vez más pequeña, hasta que empezaban a borrarse los detalles. Tal vez fuera algo normal, pero quería volver a sentir el corazón de su hija y saber qué lo hacía latir.

Por eso se había puesto a leer.

—Me has dicho muchas veces que leyera libros. Que sería genial. Pero por la noche siempre estoy muy cansado, y a los libros hay que dedicarles mucho tiempo. Así que ni siquiera empezaba. Pero tu Carl me dio un libro. Dijo que era maravilloso y que era la novela adecuada para mí. Estaba envuelto en... papel de regalo infantil, con dinosaurios y lagartos voladores. ¿Qué tipo de libro podría haber ahí que tuviera sentido para mí? La única razón por la que no lo tiré en el acto fue porque quería marcharme rápidamente de aquel lugar. No quería que nadie viera que había tirado al viejo al suelo.

—¡Pero lo hiciste! —rugió su hija desde la habitación.

—Sí, es verdad. Pero no quería que nadie lo supiera. Al llegar a casa, desenvolví el libro y lo guardé de inmediato en un cajón. Solo para hacerlo desaparecer. Para no tener que volver a verlo.

—¿Por qué no lo leíste? Carl sabe qué libros ayudan.

—Era un libro infantil. Ni siquiera los leía de niño. —Puso una mano contra la hoja de la puerta—. Pero entonces te vi recoger los libros que yo te había tirado por la ventana. Tenía todo el derecho, no me malinterpretes; me mentiste durante semanas enteras. ¡Así que haciendo los deberes! Te ibas de paseo con el librero. Incluso después de que te lo prohibiera. De todos modos, esa no es la cuestión. Vi lo importantes que son tus libros para ti y me sentí mal por haberlos tirado.

—¡Con razón!

Su padre tuvo que sonreír.

—Para estar de nuevo un poco más cerca de ti, y de alguna manera también para disculparme, leí el libro de tu Carl. Al principio solo conseguía avanzar unas pocas páginas. Por las noches, cuando por fin te habías lavado los dientes y te habías acostado, estaba demasiado cansado. Pero en algún momento me enganché. Se llama *Ronja, la hija del bandolero*, y trata sobre ti, más o menos. Pero también sobre un padre estúpido. O sea, que no va sobre mí.

—¡Claro que sí!

El padre de Shasha había entendido que se trataba de una chica que tenía que seguir su propio camino. Y que, sin embargo, necesitaba a su padre, el jefe de los bandoleros. Por supuesto, también era un libro sobre un chico llamado Birk que estaba enamorado de la chica. Simon lo habría entendido. Él no se habría interesado en absoluto por Mattis, el padre de Ronja.

—Puedes volver a ver a tu paseador de libros —dijo el padre de Shasha—. Pero con la condición de que también nosotros dos hagamos cosas juntos. Lo que tú quieras. Menos leer, tampoco exageremos. ¿Qué dices?

Ella no dijo nada. ¿Era ese el momento adecuado para decirle a su padre la verdad sobre lo que había hecho ese mismo día? Después de todo, la puerta estaba cerrada y no podía entrar. Por supuesto, también podría aprovechar la situación para conseguir un aumento de la paga semanal.

Pero Carl era más importante. Mucho mucho más importante.

—Ahora tú me has contado algo muy idiota que hiciste y yo he sido muy amable, ¿verdad? Comprensiva y nada rencorosa.

—¿Por qué dices eso?

—¿Sí o no?

—Sí, pero...

—¡Bien, pues que no se te olvide! —Shasha se levantó y se puso de puntillas—. Llevaba varios días sin ver a Carl en la plaza. Y anoche soñé algo

muy raro. No divertido, sino extraño, y me asusté. Soñé que Carl estaba leyendo libros y todas las palabras que leía desaparecían. Las páginas se quedaban completamente en blanco. Y había un libro especial que no quería leer, porque entonces todas las palabras que contenía desaparecerían para siempre. Pero alguien lo obliga a leerlo, no sé quién, pero ayer sí que lo sabía. De todos modos, las palabras volvían a desaparecer, pero entonces él también desaparecía. Porque el libro era sobre él. Así que tuve que ir a buscarlo.

—¿Por eso has tardado tanto en llegar a casa después del colegio?

—Carl ya no trabaja en la librería y es culpa tuya. La jefa lo echó después de que fueras a verla.

Hubo una larga pausa.

—Lo... lo siento muchísimo.

Y era cierto. Pero en realidad era justo eso lo que había querido que sucediera en aquel momento. A veces era una maldición que los deseos se hicieran realidad.

—¡Tienes que solucionarlo!

—¿Crees que su jefa lo volverá a contratar si se lo explico todo?

—¡Estoy muy preocupada por Carl! Conseguí su dirección en la librería. Pero no me abrió la puerta.

—¿Tal vez no estaba en casa? Habría salido de compras o algo así.

—No lo creo. —Sacudió la cabeza—. Tengo la sensación de que algo va mal, papá. Estoy muy preocupada. ¿Me ayudas?

—Con una condición.

—¿Cuál? ¡No me vengas ahora con alguna tontería!

—Con la condición de que salgas de tu habitación. Porque vamos ahora mismo para allá.

CARL NO PUDO ignorar el aporreo del padre de Shasha ni siquiera encerrado en el baño. Tampoco sus vecinos, que se quejaban en voz alta asomados a la puerta de sus casas como los cucos a sus relojes. Carl también los oyó. La discusión se iba caldeando y con cada oleada de protestas él se sentía aún más débil. Lo único que quería era que volviera a reinar el silencio. Al final, no le quedó más remedio que salir a abrir y recibir el correo certificado.

—¡Ya voy! —gritó para que por fin cesaran los golpes—. Denme unos minutos.

Se vistió con pulcritud y se peinó el pelo con la mano. No había tiempo para afeitarse, pero tenía un aspecto presentable. Si tenía que salir a recibir facturas, que por lo menos fuera vestido con corrección. También adoptó una sonrisa falsa. Era la de Effi, que ya no la necesitaba.

Después de encontrar el equilibrio agarrándose a la cuerda con una mano, abrió la puerta con la otra.

—¡Pero qué pinta tienes! —Shasha se adelantó con ansiedad y le acarició suavemente la mejilla—. ¿Estás enfermo?

Carl vio a su padre y retrocedió.

—Dejadme en paz.

—¿Qué te pasa en la pierna? ¿Y tu brazo está rígido o solo lo parece?

La niña quiso tocarle el brazo, pero él lo apartó con un movimiento que dejó claro que ya no podía extenderlo del todo.

—¡Vete! No quiero ver a nadie.

El padre de Shasha se humedeció los labios con la lengua. No se le daba bien lo que estaba a punto de hacer, pues desde pequeño le habían inculcado que disculparse era una debilidad.

—Yo... siento mucho haberle empujado. Y me gustaría presentarle mis más sinceras disculpas. ¿Ha sido culpa mía que ahora esté usted...?

Carl cerró la puerta de un portazo.

Él ya no existía. Y quien no existía tampoco podía hablar con los demás. Había pasado día tras día esperando que algún alma se interesara por Carl Kollhoff como ser humano. Pero Carl Kollhoff ya no estaba interesado en los demás.

SHASHA NO DURMIÓ en toda la noche porque se la pasó entera ideando un plan. Había guardado todo su equipo de detective infantil, ¡aquello era muy serio! Después de que Carl les cerrara la puerta en las narices, ella y su padre habían ido a hablar con todos sus clientes. El paseador de libros tenía que volver a la calle, y haría falta toda una ciudad para conseguirlo.

Shasha escribió en forma de historia cómo debía ocurrir todo. Rellenó todas las páginas en blanco de su álbum de la amistad. Tachó y mejoró, y marcó con un asterisco los lugares donde había añadido algo. Tardó horas. Todo comenzaba con: «Carl abrió la puerta».

CARL ABRIÓ LA puerta. En el intercomunicador, las voces sonaban como si una ventisca ártica envolviera a sus respectivos dueños.

—Entrega de libros para Kollhoff —dijo Shasha—, de la librería A las puertas.

Había bajado mucho la voz, además murmuró y tosió entre medias.

Todavía le picaba la garganta cuando llegó a la puerta del piso de Carl. Estaba preparada para el caso de que abriera solo una rendija y tuviera que deslizarse en el interior rápidamente.

Shasha rio de alegría cuando su plan funcionó. Hacía mucho tiempo que Carl no oía el sonido de la risa, y mucho menos una risa tan bonita.

—Hola, habitante de libros —dijo ella asomándose con curiosidad a una de las habitaciones—. ¡Pero si no te queda ninguno! —Corrió a la siguiente habitación, en la que tampoco había ni un solo ejemplar, solo un somier con rejilla pero sin colchón—. ¿Dónde están?

Carl se acercó a ella, siempre agarrado con una mano a la cuerda.

—¿Que dónde están? —Se señaló la cabeza y el corazón—. Aquí y aquí.

—¡Ya sabes lo que quiero decir!

—Vendidos. No quiero hablar de eso.

Shasha vio enseguida que su amigo ya no era él mismo: su rostro demacrado, su postura encorvada, la chispa de sus ojos adormecida. Le recordaba a una flor en el reloj de sol de Darcy, con el cáliz cerrado e inclinado, antes de que los brillantes rayos del sol cayeran sobre ella.

Y aquella era su tarea. ¡Ella sería su sol!

—¿Listo? —le preguntó.

—¿Listo para qué? —él le devolvió la pregunta.

—Para trabajar, claro.

—Ay, Shasha. Ya no trabajo para la librería. Ese período de mi vida ha terminado. Podrías haberte ahorrado la molestia.

—No es molestia. Y ahora, baja las escaleras. Puedes apoyarte en mí. La semana pasada di otro estirón.

—Esto no tiene ningún sentido. Déjame aquí tranquilo.

—Me debes un favor y me lo quiero cobrar —dijo Shasha—. ¡Ahora mismo! —Sonrió. Carl la miró durante un largo rato.

—Lo has planeado al milímetro, ¿no?

—¡Por supuesto! ¡No tienes ninguna posibilidad de escapar!

Cuando llegaron abajo, Carl tuvo que recuperarse un momento antes de salir por el portal.

—Segunda parte —susurró la niña en voz tan baja que él no la oyó.

Su padre estaba junto a una especie de andador cuya cesta había modificado para el transporte de libros, incluso los atlas de gran formato. También había montado neumáticos y muelles más grandes para facilitar el paseo sobre los viejos adoquines de la ciudad.

—Yo elegí el color —explicó Shasha—. ¡Para que todo el mundo te vea a ti también!

Era un llamativo amarillo neón que con toda seguridad brillaba en la oscuridad.

—Pruébalo —le dijo su padre—. Puedo ajustar la altura que le venga mejor.

Tras unas cuantas modificaciones, todo quedó en su sitio y Carl empujó el vehículo unos metros.

—Por muy útil que sea este artilugio, el hecho es que la librería me ha despedido.

—Lo sabemos —dijo Shasha—. Ahora todos juntos. Tercera parte. Daos prisa.

La niña estaba impaciente por seguir con su plan. Qué bien que Carl fuese más rápido que nunca con el biomóvil. Antes de llegar a la Münsterplatz, se desvió por la calle anterior y se detuvo frente a la librería de anticuario Moses, donde los esperaba el doctor Fausto.

—Buenas tardes, señor Kollhoff, ¡qué extraordinariamente edificante me resulta verle!

—¿Puede decirme a qué estamos jugando aquí? Los otros no me quieren decir nada.

El doctor Fausto miró a Shasha, que asintió con la cabeza.

—Bueno, en un principio mis esfuerzos no obtuvieron el éxito que su joven compañera sin duda había imaginado. A pesar de mi elocuente argumentación, la señora Gruber se negó a readmitirle. «Caballo viejo no aprende trote nuevo», me dijo. Y eso de «caballo viejo» me dio la inspiración que necesitaba. Antes de conocerlo a usted y su servicio a domicilio, a veces acudía a la librería de viejo Moses. Pero digamos que los consejos, al menos del propietario, no eran en absoluto fiables. Me recomendó algunas obras de una mediocridad palmaria. En otras palabras: aquí podría ser usted tremendamente útil. Y ahora, permita que el propietario le cuente todo lo demás.

La puerta de la tienda de antigüedades no tenía campanilla, sino que chirriaba.

Hans Witton estaba subido a una escalera de mano y desempolvaba una de las viejas radios de válvulas que coronaban las estanterías. Desde que en una ocasión colocó la suya en el escaparate para decorarlo, los clientes habían empezado a regalarle sus tesoros pensando que los coleccionaba, y él no había tenido el valor de decir que no era así.

—¡Oh, Carl, ahí estás! Menuda locura, ¿no? —Se bajó y le tendió las dos manos—. Hace mucho tiempo que quería verte, pero en lugar de venir tú mismo me enviabas a ese chico con tus libros. Pensé que ya te pasarías en algún momento... Pero ahora estás aquí y me alegro mucho. El profesor me ha explicado la situación y también ha tenido la amabilidad de señalar algunas obras históricas muy desacertadas que se encuentran entre mi amplia oferta.

Carl bloqueó el freno de su andador.

—Hans, sinceramente, no entiendo qué estoy haciendo aquí.

—Trabajar, Carl, ¿qué va a ser? Sabes tan bien como yo que necesito a alguien como tú desde que mi mujer falleció. Tú conoces muchos libros y puedes ayudar a la gente a elegir el correcto. A mí se me da bien ordenar y quitar el polvo, y consigo por los pelos llevar la contabilidad, pero, desde que murió María, cada vez vienen menos clientes.

—Es muy amable de tu parte, pero entonces ya no sería el paseador de libros.

—Puedes seguir siéndolo por las tardes.

—Pero ¿quién encarga libros antiguos a domicilio? La gracia está en encontrarlos rebuscando, ¿no?

En ese momento se oyó un estornudo y apareció *mister* Darcy por uno de los pasillos.

—Hay una concentración altísima en el aire —dijo disculpándose—. No sé cómo el polen encuentra mi nariz entre todos los libros que hay aquí, pero tiene mucho éxito. Y eso que Effi me aconsejó un remedio, pero parece que el polen aún no le tiene miedo. —Se dirigió a Shasha, que estaba con el doctor Fausto y su padre—. Esta niña ha tenido una buena idea. Una de tantas, diría yo. La financiación corre de mi cuenta, Carl.

—¿Financiación? Pero ¿de qué?

Carl miró a su alrededor en busca de ayuda.

«Este es el momento crucial», pensó Shasha. Su plan solo funcionaría si su amigo decía que sí de inmediato. Dos letras, un gran efecto.

—A partir de ahora, regalarás libros a la gente que no pueda pagarlos —explicó la niña a toda velocidad—. Pueden registrarse aquí y luego lo paga el señor... —Señaló a Christian von Hohenesch, a quien todavía no le había

revelado su verdadero nombre—. Nuestra monja está escribiendo un comunicado de prensa sobre la iniciativa. Dice que lo sabe hacer porque ha tenido mucho contacto con los periódicos en los últimos años. Y la señora Calzaslargas ha prometido revisar las faltas de ortografía y demás. Ya está todo solucionado, solo falta que digas que sí. Es muy sencillo.

Carl se sentía viejo y débil. El hecho de que todas las miradas estuvieran puestas en él y esperaran que se sintiera con fuerzas para una nueva tarea le hizo notar su debilidad aún más.

—Habéis puesto mucho empeño en esto, especialmente tú, Shasha. Pero...

—Aquí están los libros que hay que entregar hoy mismo —le dijo Hans Witton mientras se acercaba a una pequeña pila—. Son para clientes habituales míos, todo ellos muy queridos. Sé lo mucho que les gusta leer, pero apenas tienen dinero para libros.

—El señor Witton no puede entregarlos —dijo Shasha con firmeza—. No tiene tiempo.

Entonces miró a los demás, a los que les había repartido unos papelitos con buenas razones que servirían para convencer a Carl.

—Además, el conocimiento del señor Witton sobre la ciudad es tan deficiente como sobre sus libros —añadió el doctor Fausto.

—Y el bibliomóvil tampoco le serviría. La altura ya no se puede reajustar —dijo el padre de Shasha. El doctor Fausto descifró otro papel.

—Y al señor Witton tampoco le gusta pasear de noche por la ciudad.

—Yo creo que todos esos argumentos le bastarían a cualquiera —afirmó *mister* Darcy—. Y ahora será mejor que entregue los libros enseguida. Si no, ya sabe... se marchitarán. —Sonrió.

Carl miró los rostros expectantes. Si la vida no era más que una obra de teatro, como había dicho Shakespeare en alguna parte, entonces seguramente el público estaba esperando un bis de su parte.

Y un viejo payaso con un mínimo de decencia no sería capaz de negárselo.

Carl empujó sin prisa su vehículo hacia la pila. Aún no se había acostumbrado del todo a manejarlo. Luego le entregaron papel de regalo, tijeras y cinta adhesiva para que envolviera los libros con la pulcritud habitual y, después de que Hans Witton le comunicara la dirección de los destinatarios, salió de la librería. Todos lo siguieron. Por el camino se les unieron Effi, Hércules, el Lector y la señora Calzaslargas.

Hasta *Perro* apareció y corrió alrededor de todos ladrando, como si fuera el *border collie* de un pastor. Había encontrado su propósito en la vida.

—¿Se ha mudado el gato con usted? —le preguntó Carl al doctor Fausto, que caminaba a su lado.

—Oh, nunca se queda conmigo más que unos pocos días. Pero siempre vuelve. Probablemente por las deliciosas galletitas.

—No —dijo Carl—, solo está fingiendo. Para un gato salvaje es una cuestión de honor. Tiene que guardar las apariencias con los otros gatos del callejón.

Fue agradable volver a caminar. Sentir la ciudad bajo las suelas, oírla y olerla. Carl echaba de menos el peso de los libros sobre sus hombros, que se iba reduciendo con cada visita, pero también era un placer verlos frente a él en la cesta, en la que había colocado una manta para proteger los cantos.

Durante un rato no dijo nada. Luego se inclinó hacia Shasha.

—Lo has organizado bien. Cuando no se trata de limones, lo haces fenomenal.

—¡Qué tonto eres! —se rio la niña—. Pero le diste a mi padre *Ronja*, la hija del bandolero. Ahí fuiste muy listo.

—Bueno, en realidad era para tu Simon. Tenemos que llevarle alguno también.

—¡No es mi Simon! —Hizo una mueca—. Pero cuando antes de ayer me puse a llorar porque me pusieron un suficiente en Educación Física, se acercó a mí y me dio un empujoncito. Pero de una manera muy agradable.

—¿Ves?

—Pero el libro se lo llevas tú. Tú solo.

—Está bien. Yo caminaré solo y tú caminarás sola a mi lado.

Carl había aprendido que no podía contradecir abiertamente a aquella niña. Cuando las niñas pequeñas querían algo, lo deseaban con todas sus fuerzas, y él era demasiado mayor para oponerse a sus deseos.

—He estado pensando en tu nombre —dijo Carl.

—Ya era hora.

—No ha sido fácil.

—Claro, es para mí. Yo soy tan rara como tú, y eso que solo tengo nueve años. Estoy segura de que algún día llegaré a ser más rara que tú.

A Carl le habría gustado acariciarle la cabeza para tranquilizarla, pero eso le habría hecho perder el equilibrio.

—Al principio pensé que eras como Bastián Baltasar Bux, el chico de *La historia interminable*.

—¡Pero soy una chica! —protestó Shasha.

—Bastián tiene mucha imaginación y mucha fuerza. Pero él no lo sabe, por eso no te pega su nombre. Tú sí sabes la fuerza que tienes.

—¡Un montonazo! —Shasha tensó sus pequeños músculos.

—Entonces pensé que te había encontrado con Ronja, la hija del bandolero. Pero Ronja es una criatura del bosque y tú eres de ciudad. Necesitas tu helado de pingüino y a mucha gente alrededor. En fin, que no hay ningún libro con un personaje como tú.

—¡Pero dijiste que habías encontrado uno!

—No, he dicho que lo he estado pensado.

Shasha pateó una piedra.

—Pero justo se me acaba de ocurrir la solución.

—¿Y me lo dices ahora?

—Quería hacerlo un poco más emocionante.

—¡Eres un viejo malvado! —Ella sonrió—. ¿Me lo vas a decir o me tengo que poner a llorar primero?

—No, no más llanto. Te lo diré: voy a escribir un libro, como el Lector. Y en él habrá una chica como tú a la que llamaré Shasha. Entonces, el nombre de tu personaje será tu verdadero nombre.

—¿El libro será sobre nosotros?

—Todo buen libro trata de personas reales.

—Quiero decir, ¿crees que van a salir Darcy y Effi y los demás? —Hizo una pausa y se mordió el labio superior—. ¿Y mi papá? Pero mi papá simpático. El otro no; el otro se ha ido.

Carl asintió.

—Escribiré el libro como si no fuera una historia real, sino inventada. Para que *mister* Darcy, Effi y los demás se conviertan en lo que han sido para mí todos estos años: personajes de una novela. E incluso cuando el libro se cierre, seguirán viviendo allí. También Shasha.

—Eso me gusta.

—A mí también. Mucho.

Al acercarse al callejón oscuro, Carl redujo la velocidad. Le parecía aún más sombrío que antes. De repente, sintió una mano en su hombro; una mano temblorosa. Se giró para ver a quién pertenecía. Era el padre de Shasha.

Las manos de los demás se le unieron también.

Carl tomó aire.

—A partir de ahora tendréis que venir todas las tardes, eso lo sabéis, ¿verdad?

Se oyeron risas, pero eran de anticipación, porque parte del plan de Shasha era que cada tarde un adulto lo acompañara en su ronda.

Entonces, todos juntos, los paseadores de libros se adentraron en el callejón oscuro.

Porque los libros necesitaban a alguien que les mostrara el camino correcto.

Agradecimientos

MI AGRADECIMIENTO A todos los que alguna vez me han regalado libros. Son regalos maravillosos, porque cuando se regala un libro que alguien ama de verdad, parte de ese amor se transfiere a la persona que lo recibe. Es un pequeño truco de magia con un gran efecto.

Le doy las gracias a Vanessa, a quien considero un truco de magia de la vida, porque permanece a mi lado también cuando escribo. Todas las parejas de escritores saben exactamente a qué me refiero...

Doy las gracias a mis maravillosos hijos Frederick y Charlotte (que se llamó a sí misma Shasha durante un tiempo y que también es una pequeña superheroína para mí).

Gracias a *Harry*, *Sally* y *Julchen* por hacerme compañía mientras escribía esta novela y hacerme saber con sus agradables ronroneos que puedo seguir escribiendo en paz, siempre que no deje de acariciarles al mismo tiempo.

Gracias a mis primeros lectores, Ralf Kramp, Dennis Witton y Gerd Henn, así como a Kerstin Wolff, por haber prendido la primera chispa de la novela. Como siempre, gracias a mi agente Lars Schultze-Kossack y, por primera vez, a Bruce Cockburn, cuyos álbumes acústicos de guitarra *Speechless* y *Crowing Ignites* fueron la banda sonora perfecta para escribir esta historia.

Gracias también a mi editora, la doctora Clarissa Czöppan, a mi directora de programa, la doctora Andrea Müller, a Felicitas von Lovenberg y a todo el equipo de Piper. Gracias por permitirme escribir esta novela, que era un gran deseo de mi corazón.

CARSTEN HENN



CARSTEN HENN (Colonia, Alemania, 1973).

Autor, dramaturgo y periodista alemán, desarrolla su carrera como periodista especializado en enología, trabajando también como crítico gastronómico. Se formó en la Universidad de Colonia y estudió Etnología y Viticultura en Australia.